

WILLIAM LAW

EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

Traducción, selección e introducción de
Antonio Medrano

YATAY

Versión digital: www.antoniomedrano.net

WILLIAM LAW, MÍSTICO DE LA IGLESIA DE INGLATERRA

Aunque es poco conocido en nuestro país, hay un ámbito de la cultura inglesa que resulta sumamente interesante y que brilla con inusitado esplendor: su mística, su más alta espiritualidad.

Muchos se asombrarán al oír hablar de “mística inglesa”. Es tal la imagen que tenemos de Inglaterra --o de la Gran Bretaña para ser más exactos--, que nos parece imposible que en ella haya podido florecer esa planta tan sublime, tan sensible y delicada, que es la mística. Nación poderosa y prepotente, reducto de piratas y corsarios, de conquistadores y mercaderes, obsesionada a lo largo de la historia por la afirmación y expansión de su poder, tanto político como económico, se la suele concebir como un mundo del que está ausente el soplo del espíritu, habiéndose convertido en hábito inveterado por estos pagos el presentarla como la antítesis de la mística y espiritual España.

¿Es posible, se preguntará más de uno, que en un pueblo tan pragmático y mercantilista, tan frío y calculador como el inglés, se haya sentido alguna vez inclinado a la profunda vivencia interior en que la mística consiste?

Ciertamente la Inglaterra de los últimos siglos, que se perfila como potencia imperialista, demo-burguesa, capitalista y mercantilista, avanzada del materialismo moderno, en cuyo suelo se han desarrollado no sólo las concepciones filosóficas más groseramente empiristas, sensualistas, racionalistas y escépticas (Bacon, Hume, Hobbes, Locke, Mill, Spencer, etc.), sino también las formas más inhumanas de la civilización industrial y urbana, está en los antípodas de la visión espiritual del mundo, del hombre y de la vida que configura la orientación mística. Patria del capitalismo manchesteriano y de hombres como Adam Smith o David Ricardo, máximos exponentes del liberalismo económico, responsable del endiosamiento de la economía y el dinero que se ha impuesto por doquier, la Gran Bretaña se nos aparece como un mundo cerrado a las efusiones del espíritu, como la negación misma de la espiritualidad.

Pero esto es tan sólo una cara de la moneda. Junto a esta faceta tan poco halagüeña --acentuada progresivamente a medida que ha ido avanzando la revolución social, técnica e ideológica de la era moderna--, la cultura inglesa presenta otras dimensiones, completamente diferentes e incluso opuestas, que han quedado relegadas o asfixiadas por esa vertiente materialista que se fue imponiendo desde siglos atrás.

Tras la fachada más visible y conocida de la Inglaterra de los negocios, de la banca y las finanzas, de la bolsa y el comercio, de los consorcios económicos y

del proletariado urbano, de las conquistas coloniales y la explotación inmisericorde de pueblos y naciones, de la rapiña y el expolio a gran escala, las masacres y los genocidios --todo lo cual le valió el poco honroso título de “la pérfida Albión”--, emerge otra Inglaterra desconocida, de gran hondura y asombrosa riqueza espiritual: la de sus místicos y sus más grandes poetas, a los que podríamos calificar de “poetas de la Verdad”, muchos de los cuales alzaron precisamente su voz insobornable contra la inclinación al materialismo y al individualismo que se iba adueñando de forma alarmante y progresiva de la nación británica.

Inglaterra cuenta, en efecto, con uno de los más ricos filones de la espiritualidad europea; con una veta mística, sapiencial y contemplativa que, enlazando en la vieja tradición platónica medieval, ha perdurado hasta tiempos muy recientes. Una larga lista de ilustres nombres, escritos con letras de oro en el libro de la Sabiduría Perenne, nos lo demuestra de forma fehaciente: Richard Rolle de Hampole, Walter Hilton, Juliana de Norwich, Margerie Kempe, Robert Fludd, Augustine Baker, Henry Vaughan, Jane Leade, John Pordage, John Smith, Benjamin Whichcote, Henry More, Ralph Cutworth, George Fox, Thomas Traherne y William Blake. Sin olvidar, por supuesto, textos anónimos como el célebre *The Cloud of Unknowing* (“La nube del No-saber”).

La vena mística, gnóstica y sapiencial, acusa también su presencia en el mismo Shakespeare, como bien ha sabido mostrarlo Martin Lings, o en un filósofo como Berkeley, haciéndose patente tal sensibilidad mística en su obra *Siris*. Y no puede dejar de mencionarse el aliento espiritual que aflora asimismo en poetas como Coleridge, Wordsworth o Browning. A estos dos últimos ha dedicado sendos capítulos William Ralph Inge en sus interesantes estudios sobre la mística inglesa (agrupados en un volumen que lleva el título *Studies of English Mystics*). Se ha dicho con acierto que la auténtica filosofía inglesa, la gran filosofía de esta gran nación, se halla más en sus poetas que en sus filósofos, cuyas teorías son más bien deplorables, salvo contadas excepciones.

Desde las bellas tierras de Albión nos llega un encendido canto espiritual que resuena ininterrumpido a lo largo de los siglos. En aquellas islas tan próximas y tan remotas, en las que según la leyenda encontró cobijo el Santo Grial, vemos surgir un elenco de voces que ha contribuido al grandioso coro de la Cristiandad con una voz rica y matizada.

Y entre esos hombres y mujeres de Dios, heraldos de la Sabiduría Perenne, destaca con singular fuerza y fulgor una figura especialmente relevante: la de William Law, el más grande de los místicos que haya producido la Iglesia anglicana.

* * *

La obra de William Law llama la atención por la profundidad y altura espiritual de su mensaje, por el rigor teológico y metafísico de sus formulaciones,

por la claridad y belleza de su lenguaje, por la riqueza de las imágenes y los símbolos que llenan las páginas de sus escritos espirituales.

Discípulo de Jakob Böhme, Law hereda el vigor poético y filosófico del “Filósofo teutónico”, añadiéndole un matiz muy inglés, que lo hace más accesible. Gracias a su diestra pluma, el mensaje del zapatero místico silesio, envuelto en la atmósfera barroca, brumosa y abigarrada con que éste lo expresara en su recia lengua alemana, cobra nuevos perfiles de claridad y precisión.

El Dr. Inge resume la personalidad de Law en los siguientes términos: “un hombre de gran poder intelectual, de desacostumbrada fuerza de carácter, y maestro de un sorprendente y atractivo estilo inglés”. Y añade: “es quizá el mas destacado de nuestros teólogos místicos”. Para el Deán de la Catedral de San Pablo, sería difícil encontrar en toda la literatura religiosa inglesa una obra comparable a la de William Law. En su opinión, los escritos de Law, junto a los del neoplatónico John Smith, constituyen “lo mejor que ha producido la teología anglicana”.

Un juicio similar expresa el francés Serge Hutin, buen conocedor de la espiritualidad inglesa, quien definiendo a Law como “el más grande admirador inglés de Jakob Böhme”, lo califica de “el único místico notable que haya engendrado el anglicanismo”. Arthur Hopkinson, en su libro *About William Law* --libro, por cierto, fuertemente crítico para el autor que nos ocupa--, llega a decir que es “uno de los más nobles líderes en la búsqueda de la santidad y de Dios”.

A juicio de Evelyn Underhill, William Law es “el único pensador espiritual de primera fila entre los místicos ingleses de la Iglesia post-reformista”. Señalando que los escritos de Law han influenciado a muchas almas durante los últimos siglos y continúan haciéndolo todavía en nuestros días, Underhill subraya el impacto que tuvieron en los líderes del *Evangelical Revival*. es decir, en la reanimación de la espiritualidad evangélica de los países anglosajones, y el “toque renovador” (*renewing touch*) que supusieron para el institucionalismo de la Iglesia anglicana en uno de sus peores momentos, cuando esta última se veía amenazada de muerte.

José Ramón de Amézola, uno de los pocos españoles en que se puede encontrar una somera referencia a la obra de Law, afirma que “sus visiones metafísicas y poéticas son de tal calidad, que merecen ser estudiadas, conocidas e incluso amadas como verdaderos descubrimientos”. En los textos del místico inglés, Amézola detecta, además de una vigorosa actividad intelectual, “grandeza humana”, “profundidad poética”, “calor sentimental”, “esfuerzo espiritual de abnegación”, todo ello unido a un elemento de verdadera inspiración: “Law, al soñar en su Dios, está inspirado por Dios”.

Al enorme interés que en sí tiene la obra de Law por su contenido puramente doctrinal, se añade un valor adicional que contribuye a acentuar la perenne actualidad de su mensaje: las circunstancias históricas en que se inserta

la vida y obra del gran místico inglés, circunstancias que tantos paralelismos presenta con las que tenemos que afrontar en nuestros días.

Law vivió, en efecto, en una época de aguda y grave crisis. Crisis en todos los órdenes de la vida: desde el social al ideológico, desde el político al moral y religioso. La sociedad de su tiempo es una sociedad desgarrada por terribles tensiones y sacudida por una subversión de valores sin precedentes. Son los suyos tiempos convulsos en que se cuestiona todo lo que hasta entonces se había considerado indiscutible y sagrado. La Inglaterra de los siglos XVII y XVIII sufre con especial intensidad el impacto de las corrientes destructivas y antitradicionales, como el deísmo, el ateísmo y el indiferentismo, que llegarán a ser dominantes en los siglos sucesivos. La crítica racionalista corroe los valores y principios cristianos, minando las creencias en que se había sustentado hasta entonces la vida del pueblo. Se anuncia por doquier la tremenda crisis de la civilización occidental en que hoy estamos sumidos de lleno.

William Law se mantendrá firme en medio de tan tremendas conmociones. En esa época de oportunismos, compromisos y deserciones, permanece en todo momento fiel a sus convicciones íntimas, a su vigorosa fe cristiana, a los principios éticos y espirituales que erigió en eje de su vida. Insensible a los cambios de la opinión pública y a las presiones externas del ambiente social, asume su misión personal de heraldo de la Verdad con una entereza ejemplar. Su figura adquiere así un perfil heroico, alzándose ante nosotros como ejemplo vivo de integridad y coherencia. Todo un modelo para el hombre de hoy, cercado por un pantano de tibieza y cobardía, acosado por una auténtica ofensiva contra todo lo personal y espiritual.

Como apunta Arthur Hopkinson, en la monografía antes citada, “no hay autor que en la presente encrucijada de crisis haya señalado el camino con más claridad que Law”. Mensajero espiritual para nuestra época, en él podemos encontrar, según el citado comentarista, “la voz afianzadora de la verdad” (*the steadying voice of truth*); una voz que nos ha de permitir inspirar y controlar esta era inestable, agitada y caótica que nos ha tocado vivir, en la cual las tendencias totalitarias y masificadoras amenazan con asfixiar los últimos resquicios de libertad y dignidad de la persona. Law, dice Hopkinson, “puede ser, y debería ser, el profeta en el que los hombres y mujeres de hoy, drogados por la prisa, encuentren orientación, advertencia y aliento”.

* * *

William Law nace en 1686 en King’s Cliffe, pequeña localidad del condado de Northamptonshire, en el seno de una familia de comerciantes de situación acomodada. Es el cuarto de ocho hermanos y en su hogar encuentra un ambiente hondamente religioso que dejará en él una huella indeleble. Se conocen pocos detalles de su vida externa, pues no prestó nunca el menor interés a su propia persona, lo que motivó no sólo que no dejara anotaciones o referencias de tipo biográfico sino incluso que disuadiera a otros de hacerlo, pero sabemos

que fue un hombre de excepcionales dotes intelectuales, de gran rigor ético e inquebrantable firmeza.

En 1705 ingresa en el Emmanuel College de Cambridge, donde desarrolla una brillante carrera universitaria, orientada sobre todo a los estudios teológicos y filosóficos, que le permitirá ganarse una posición de sólido prestigio. En 1711 es ordenado diácono de la Iglesia de Inglaterra, recibe la *fellowship* de su Colegio y se le concede un curato en Londres, puesto desde el que tendrá ocasión de desarrollar sus extraordinarias facultades oratorias.

Especialmente reveladoras de su carácter son las normas de vida que, con motivo de su marcha a Cambridge, siendo un joven de 19 años, redactó para sí mismo. Entre ellas merecen ser destacadas las siguientes. “recordar con frecuencia, e imprimir con fuerza en mi mente, que ninguna condición de esta vida, que ninguna condición de esta vida es para el disfrute, sino para la prueba, y que todo talento, habilidad o ventaja que poseamos significa otros tantos talentos de los que hemos de dar cuenta al Juez de todo el mundo”; “desperdiciar tan poco tiempo como me sea posible entre aquellas personas que no puedan recibir beneficio de mí ni yo de ellas”; “estar siempre temeroso de dejar pasar el tiempo sin fruto alguno”; “evitar toda ociosidad”; “traer a la mente la presencia de Dios cuando quiera que me encuentre en situación de pecar, y recurrir de inmediato a la oración”. ¡Quién no haría suyas normas semejantes, tan sabias y prudentes!

En 1714 tienen lugar importantes acontecimientos para la historia de Inglaterra. Muere la reina Ana y sube al trono Jorge I, elector de Hannover, inaugurando así una nueva distanía. Jacobo III, el legítimo heredero de la rama de los Estuardos es privado de sus derechos al trono por su condición de católico, con lo que queda confirmada la sucesión protestante en la monarquía inglesa. En realidad, la elección de Jorge I estaba motivada por una simple razón de conveniencia práctica: evitar la guerra civil. De ahí la docilidad con que fue aceptada por la generalidad del pueblo británico.

William Law, fiel súbdito de los Estuardo y convencido defensor de la realeza de “Derecho divino”, se niega, sin embargo, a reconocer al nuevo rey, al que considera rivado de cualquier título de legitimidad. Pasa así a engrosar las filas de los llamados *Non-jurors* o “no-juramentados”; es decir, aquellos sectores de la jerarquía anglicana que se negaron a prestar juramento a la nueva dinastía. Hopkinson ha definido a tales *Non-jurors* en los siguientes términos: “unos pocos hombres que colocaron los principios por encima de las conveniencias”, “hombres impulsados por la conciencia, que se auto-descalificaron para los puestos públicos y oficiales, contentándose con servir a Dios y a su prójimo en la oscuridad”. Si, como observa Sir Charles Petrie, eminente historiador inglés, el ascenso de la Casa de Hannover significó la pérdida del alma para la Iglesia de Inglaterra, los *Non-jurors* fueron ese alma perdida y en ellos recuperada. Así lo reconoce Hopkinson, quien los califica de *the lost soul of the Church of England* (“el alma perdida de la Iglesia de Inglaterra”).

A consecuencia de su firme actitud, Law pierde todos sus cargos, siendo apartado tanto de la Universidad como de la Iglesia anglicana oficial, lo que le deja sumido en una precaria situación. Todo ello viene a poner en evidencia hasta qué punto nuestro autor anteponía la rectitud y la virtud --en este caso, virtudes como la lealtad, la firmeza, la autenticidad, la ausencia de doblez y la defensa de lo que considera justo y legítimo-- a cualquier otra consideración.

Este apartamiento de la actividad eclesiástica será determinante para su futura dedicación a la contemplación mística y a la labor literaria. Aunque orador nato y con un acusado temperamento de predicador, al verse privado de la posibilidad de hablar desde el púlpito, Law se verá obligado a desarrollar por escrito sus ideas, a plasmar en libros y cartas tanto sus convicciones como sus visiones.

A partir de entonces, aunque se abstiene de cualquier intervención política, no ocurre lo mismo en el campo teológico y religioso, donde se entrega a un combate encarnizado contra las tendencias modernistas que por aquel entonces comienzan a infiltrarse, cada vez con mayor fuerza, no sólo entre los pensadores y filósofos ingleses, sino también entre las filas del clero anglicano. Una de las facetas de Law es precisamente su temperamento combativo, su agudo perfil de polemista, su habilidad para la discusión y la controversia, en las que sabe moverse con soltura, elegancia y fina ironía, y en las que esgrime argumentos de una contundencia irresistible. Cualidades que cobran especial importancia en el tiempo que le tocó vivir, pues no en vano el siglo XVIII ha sido llamado “el siglo de la controversia”.

En diversos escritos polémicos ataca y refuta con singular lucidez aquellos errores que considera más peligrosos: las teorías de los que se dan el nombre de “librepensadores” (*free-thinkers*); desde el relativismo moral de un Mandeville o el deísmo humanitarista y antropocéntrico de un Tindal, a la concepción racionalista, naturalista y secularizada que de la religión defienden algunos pastores mundanos, como el Dr. Trapp. Contra este último dirigirá varios opúsculos, en los que demuestra que la verdadera religión natural es aquella que hunde sus raíces en lo sobrenatural.

En 1717 publica sus célebres *Three letters to the Bishop of Bangor* (“Tres cartas al Obispo de Bangor”), en respuesta a las tesis radicalmente anticatólicas de Benjamin Hoadly, obispo anglicano de Bangor, En 1726 escribe un tratado de orientación más mística, *A Treatise upon Christian Perfection* (“Un tratado sobre la perfección cristiana”), al que sigue la que quizá sea la más popular y difundida de todas sus obras, aquella que alcanzó mayor éxito, aunque no es ni mucho menos la más profunda: *A serious call to a devout and holy life* (“Una seria llamada a una vida santa y devota”), obra devocional escrita en 1728.

Justo un año antes, en 1727, Law es ordenado sacerdote por el Obispo Gandy (también *Non-juror*, al igual que él) y Sir Edward Gibbon le nombra preceptor de su hijo Eduardo, padre del que más tarde sería famoso historiador. Se establece en la residencia de los Gibbon, en Putney, donde se erige en el

centro de un grupo de personas que se rigen por los mismos principios y entre las cuales figuran John Byrom, Thomas Langcake, George Ward, Francis Okely y los hermanos Charles y John Wesley (fundador este último de la rama evangélica que recibe el nombre de “metodista”, en la cual no dejará de notarse el impacto de la obra y la doctrina de Law).

Hacia 1737, tras la muerte de Mister Gibbon, Law se retira a su villa natal, donde vivirá hasta el fin de sus días, dedicado a la contemplación y la meditación, así como a la realización de múltiples obras de beneficencia: fundación de una biblioteca religiosa, atención a los pobres, construcción de varias escuelas y casas para los necesitados.

No abandona, sin embargo, su labor combativa y polémica. Desde su retiro, Law sigue luchando contra los errores y desviaciones de su época, tanto a través de cartas como de algunos opúsculos. La muerte le llega precisamente escribiendo uno de estos escritos polémicos.

En esta última fase de su vida, Law descubre la obra de Jakob Böhme, el iluminado y visionario zapatero de Görlitz, una de las figuras más prominentes del esoterismo cristiano de todos los tiempos, cuya doctrina ejercerá un impacto decisivo en su vida. Aprende el alemán para tener acceso directo a sus obras: “con el propósito de conocer las palabras originales” del filósofo-místico teutónico, según él mismo confiesa en una de sus cartas.

Law, que consideró desde entonces a Jakob Böhme como su principal guía y maestro, se refiere siempre a él llamándole *the blessed Behmen* (“el bendito Böhme”), *the heavenly illuminated and blessed* (“el santo y celestialmente iluminado”). La influencia de Böhme, aun siendo decisiva, no es, empero, la única que deja sentir su huella en la gestación de la doctrina lawiana. Sabemos que el vidente de King’s Cliffe fue un sincero admirador de otras grandes figuras de la mística cristiana como Dionisio Areopagita, San Agustín, Tauler, Suso, Ruysbroeck, Harphius, Fenelón, Madame Guyon, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz.

En el retiro de King’s Cliffe verán la luz los principales escritos místicos de Law: *The grounds and reasons of the Christian regeneration* (“Las bases y razones de la regeneración cristiana”), *An Appeal to all that doubt the Truths of the Gospels* (“Llamamiento a todos cuantos dudan de las verdades de los Evangelios”), *The Way of Divine Knowledge* (“El camino del Conocimiento divino”), *An Address to the Clergy* (“Discurso al clero”), *The Spirit of Prayer* (“El Espíritu de oración”) y *The Spirit of Love* (“El Espíritu de amor”).

Estos dos últimos libros, que figuran ya como dos clásicos en la historia de la literatura inglesa y de la espiritualidad cristiana, son su obra maestra. Dos libros que se complementan y que van estrechamente asociados, aun cuando entre uno y otro transcurren varios años. En ellos se halla expuesto lo más esencial de su doctrina; toda una visión del mensaje cristiano plena de frescor y

de poesía, de rigor y de profundidad, de fuerza y de originalidad (en la acepción etimológica de la palabra).

El gran místico inglés muere el 9 de abril de 1761, en su refugio de King's Cliffe, tras sufrir una enfermedad de los ojos. Muere con la mirada puesta en Cristo, en la Verdad divina que guió siempre sus pasos y a la que consagró por entero su vida y obra. “Murió —escribe Hopkinson— con el sello de su integridad mental y moral intacta, como un santo de Dios cuya memoria es una de las glorias de la Iglesia de Inglaterra”.

No se conserva ningún retrato de William Law. Al igual que Plotino, se negó siempre, consecuente con sus más íntimas convicciones, a que se plasmara su rostro en un lienzo o escultura, pues consideraba algo indigno el intento de perpetuar su simple apariencia externa, efímera y contingente. Pero más elocuente que cualquier retrato es la imagen que nos ofrecen sus escritos, en los que, aparte de haber quedado perfectamente reflejadas su nobleza de carácter y su honda vida interior, se contiene una enseñanza imperecedera, de perenne y vital actualidad.

Con razón Miss Gibbon, al pedírsele que escribiera una biografía de Law, a quien tan bien conocía, respondió escuetamente: “su vida está en sus libros”. El gran místico inglés habló muy poco de sí mismo, pero sus obras hablan por él y con una elocuencia difícil de ser superada.

* * *

Como elementos fundamentales o líneas maestras de la doctrina de William Law pueden destacarse los siguientes: la concepción de Dios como Luz y Amor (con el consiguiente repudio de la noción de una “cólera divina” o un “dios airado”); la presencia de Dios en el hombre (lo que Law llama *the inward Christ*, “el Cristo interior”, *the Light within*, “la Luz de dentro”, o *the Pearl of Eternity*, “la Perla de la Eternidad”); la identificación del ego con la raíz del mal, la rebeldía contra Dios y el Orden divino; la existencia de una doble naturaleza en el ser humano, una divina, celestial o angélica, y otra, diabólica, terrenal y corrupta; la visión del Cielo y del Infierno no como algo exterior, como lugares *a los que se va*, a consecuencia de una decisión divina de premio o castigo, sino como estados o condiciones *en los que se está*, según sea la propia forma de vida; la necesidad de la regeneración, renacimiento o salvación, entendida como una muerte del yo y un nacer de Cristo en el alma; el importante papel de la voluntad (*the will*), del que depende todo lo que un individuo sea y pueda llegar a ser, y al que califica de “líder de la vida creatural”; la definición de la religión como una vía interior, basada en el espíritu de amor y de oración, en la identificación con el Amor divino, y como algo que, por consiguiente, ha de ser auténticamente vivido.

Todas estas son las ideas que aparecen ampliamente desarrolladas, incluso de forma reiterativa, tanto en *The Spirit of Prayer* como en *The Spirit of Love*.

Aunque no tengan tanta importancia como los que acabamos de apuntar, hay otros muchos aspectos de la obra de Law que merecen ser resaltados, pues no sólo contribuyen a trazar de una forma más completa su perfil intelectual, sino que además son particularmente interesantes por lo desusado de algunos de sus planteamientos.

Así, por ejemplo, su rechazo de la idea, generalmente admitida en las formulaciones teológicas cristianas, de una Creación *ex nihilo*, “de la nada”, que considera no se ajusta al texto bíblico. No menos significativa es su abierta oposición al cartesianismo, y con él, al espíritu de la moderna filosofía racionalista, a la que tacha de superficial, parcial y fragmentaria. A esta postura anticartesiana se une su concepción de la vida como “voluntad activa” o “voluntad operante” (*working will*) y su insistencia en la estrecha ligazón existente entre conocimiento y vida, de donde se deduce que conocer una verdad significa vivirla. Por último, cabría mencionar su universalismo o ecumenismo, que ha llamado la atención de autores de las más diversas tendencias y que le lleva a postular la existencia del Cristianismo desde los orígenes, como religión intemporal predicada a todos los hombres en todos los rincones del mundo, y a considerar a los “grandes espíritus” de la Antigüedad como “hijos de la Sabiduría” y “hombres llenos de Dios”.

Con respecto al primer punto, Law, siguiendo a Böhme, argumenta que el universo no fue creado de la nada, pues “de la nada nada puede surgir”, sino de “la Naturaleza divina”, donde se contienen todas las posibilidades de manifestación o creación. Law califica la noción de la *creatio ex nihilo* de “el mayor de los absurdos”, ya que viene a insinuar que la Creación ha surgido de una materia informe y caótica, distinta e independiente de Dios; pues esa “nada” que se postula es, en definitiva, algo que está fuera de Dios, que es justamente el Todo, fuera del cual no puede haber nada. Semejante idea, escribe con argumento incisivo, “separa todo de Dios, no deja relación alguna entre Dios y la criatura, ni tampoco ninguna posibilidad de que haya en la criatura algún poder, virtud, cualidad o perfección de Dios”. Procediendo de tal modo, se “excluye toda posibilidad de dar cuenta del fundamento y razón de cualquier cosa, ya sea en la naturaleza del hombre o de la religión”.

Lo que normalmente llamamos “naturaleza”, esto es, el mundo o la naturaleza temporal y visible se presenta, por tanto, a Law como una manifestación de la Naturaleza divina y eterna: “todas las cosas que hay en la Naturaleza temporal han descendido de la Eterna, estando ante nosotros como generación de ella”. Dicha Naturaleza eterna es “el Reino de los Cielos”, la Manifestación o Nacimiento-hacia-fuera de la Divinidad (the Out-Birth of the deity), una “Apertura ilimitada (*boundless Opening*) de los poderes, riquezas y glorias de la Deidad oculta”. “Este mundo, con todas sus estrellas, elementos y criaturas, ha surgido del mundo invisible”, concluye Law, proporcionando así la base para una vivencia sacramental del cosmos y el mundo natural.

Es esta profunda convicción lo que da a la espiritualidad lawiana un tono peculiar, tiñéndola de una tonalidad cósmica que pocas veces se encuentra entre los autores místicos. Todo en ella se halla dominado por un afán de unidad y armonía, por una exquisita sensibilidad para las realidades naturales y por una mirada amorosa capaz de abrazar la totalidad de lo creado. A través de los ojos de William Law vemos la Creación envuelta en el halo de lo sagrado, impregnado de lo sobrenatural y divino.

De ahí que no sea extraño ver a Law definiendo al Cristianismo como una “religión natural”, ya que se basa en el orden que Dios ha establecido en la naturaleza. Como hace notar Stephen Hobhouse, esta clara defensa teórica de la imbricación de lo sobrenatural con lo natural, desde una perspectiva mística y católica, es algo insólito en el siglo XVIII y sitúa a Law en una categoría aparte en el mundo intelectual de su tiempo. Nos hallamos ante una auténtica expresión de aquel “naturismo tradicional” que tan sagazmente ha analizado Frithjof Schuon; naturismo sacro que nada tiene que ver con el naturalismo tosco y degradado, puramente horizontal, que se impone en las épocas de decadencia.

En este sentido, Konrad Minkner descubre en Law un “rasgo franciscano”, que le lleva a sentir la hermandad de todas las criaturas. El autor de *The Spirit of Prayer* era un hombre amante de los animales y las plantas, que no podía soportar la vista de un pájaro enjaulado y que miraba con cristiana ternura todo cuanto le rodeaba, desde el paisaje que tiene ante sus ojos a los utensilios usados en su labor diaria.

En opinión de Inge, la mística de Law supone una radical superación del dualismo en que a menudo quedó atrapado el pensamiento cristiano, conduciéndole a un distanciamiento de la realidad natural e incluso a una hostilidad hacia ella. Esa escisión dualista cede el paso a “una intensa y feliz conciencia de comunidad con todos los seres vivientes, como sujetos de una ley inalterable y que todo lo abarca: la ley del perfecto amor”. Llevado por esta visión integradora, Law “ve en la naturaleza el mismo Dios que ha encontrado en su propio corazón”.

Esta misma percepción de la unidad sagrada que engloba la entera realidad cósmica es la que motiva su rechazo del dualismo cartesiano. No hay que olvidar que Law, a diferencia de otros místicos y teósofos, es un hombre con una sólida formación filosófica, lo cual le permite afrontar con sagacidad las grandes cuestiones planteadas por la filosofía de su tiempo.

Frente a la visión escindida y desintegrada del ser humano aventurada por Descartes, con su rígida dicotomía alma-cuerpo y espíritu-materia, Law defiende una visión integral y unitaria en la cual la apariencia externa o forma física es contemplada como el reflejo, expresión o representación de una fuerza interior, siendo el cuerpo “la manifestación externa de la vida interior del alma”.

Por lo que se refiere a la universalidad de su visión religiosa, Law, que identifica la esencia de la doctrina cristiana con el reino de Dios en el alma, sostiene que el Cristianismo es tan antiguo como la creación del hombre y que es cristiano todo aquél que se rinde por completo a “la Luz interior” o “la Vida divina” que late radiante en el fondo de todo ser humano. Si el deseo de Dios despierta verdaderamente en el alma –escribe Law en uno de sus luminosos párrafos—“la Vida divina penetra en ella, y el nuevo nacimiento de Cristo toma forma en aquéllos que jamás oyeron su nombre”.

Refiriéndose a este aspecto de la doctrina lawiana, Sidney Spencer habla de “su creencia en la iluminación espiritual de los maestros no-cristianos”, idea que aparece ya en su *Serious Call*, donde ensalza a hombres como Platón, Pitágoras o Marco Aurelio, a los que expresamente califica de enviados de Dios, “espíritus que vinieron de Dios”. “Viendo la Vida divina en todo y en todos –escribe Spencer--, se regocijaba de ver la manifestación de dicha Vida, no sólo entre los cristianos, sino entre los videntes y santos no-cristianos”.

En este sentido, Law se nos aparece como un auténtico precursor de concepciones que hoy se abren paso con fuerza en el campo teológico y como abanderado de una visión ecuménica, genuinamente católica, en la significación etimológica de la palabra, capaz de comprender otras formas de espiritualidad, otros modos de expresión de la Verdad una y única.

* * *

Como rasgos más característicos de la obra de Law cabría resaltar su estilo directo, su sentido práctico y realista, la claridad de sus expresiones, su habilidad para ir al fondo de las cosas y poner el dedo en la llaga, su destreza a la hora de tratar las cuestiones candentes para todo ser humano.

Un “decidido y vívido realismo”, unido a “la exigencia de una auténtica vida y crecimiento orgánicos del espíritu, fundados en un cambio en la dirección de su voluntad y deseo”: he aquí lo que, según Evelyn Underhill, da a los escritos místicos de Law “su frescor y su fuerza estimulante”. Quizá lo más interesante y llamativo de ellos sea ese énfasis que Law pone de forma incesante en la necesidad de que las ideas o las creencias vayan unidas a la propia vida, de tal forma que echen raíces en ella y la renueven por entero. Toda la doctrina lawiana es una llamada a vivir con autenticidad y hondura la religión, a unir conocimiento y vida.

De ahí, su enorme potencial transformador. Como bien apuntara Inge, es posible que la lectura de las obras de Law no haga del lector un mejor protestante o un mejor católico, pero “no dejará de hacerle mejor cristiano y mejor hombre”.

La obra de William Law, escrita con la fuerza que mana la experiencia vivida, destaca no sólo por su altura doctrinal, sino también por su calidad

literaria. Law, al mismo tiempo que una gran figura espiritual, que descuella con luminosidad peculiar en el firmamento tradicional de Occidente, es un maestro en el arte de la pluma y de la palabra. La belleza de su prosa --de un estilo tan conciso como sugerente, de expresión precisa y rigurosa--, y la calidad poética de las imágenes que emplea le han granjeado un puesto de primer orden entre los escritores ingleses.

Caroline Spurgeon, en su historia de la literatura inglesa, sitúa a William Law entre los más grandes prosistas anglosajones, destacando como principales cualidades de su estilo una asombrosa síntesis de sinceridad, fuerza y lucidez, ligada a una deliciosa melodía de ritmo y don imaginativo, así como “una desacostumbrada combinación de razón y emoción, que cautiva a la vez el intelecto y el corazón del lector”. John Wesley, su coetáneo, decía de él: “hay pocos escritores de la época actual que puedan competir con Mr. Law en belleza y fuerza del lenguaje, en prontitud, vivacidad y riqueza de pensamiento, así como en precisión de sentimiento”.

Pero William Law es ante todo y sobre todo un hombre de Dios, que vive en la atmósfera de lo sacro, plenamente enraizado en la Realidad divina. Aquí está el secreto de la belleza de su verbo y la verdadera raíz del esplendor de su estilo. “Tenía --escribe Hopkinson-- un sentido de lo numinoso: sentía la fuerza impresionante e irresistible de lo Divino”. De ahí la impresión de firmeza y contundencia, de luminosidad y transparencia, de lograda totalidad, que despiertan su obra y su persona. “Pocos hombres --añade el autor antes citado-- han hecho gala de una integridad tan completa en sus vidas y en sus escritos”.

Law hizo del escribir su profesión, y se entregó de lleno a su tarea, viviéndola con auténtico sentido sacrificial, como misión al servicio de Dios, como ofrenda a la Verdad una y eterna. Supo vivir lo que escribía, fruto a su vez de una profunda e íntima visión capaz de penetrar en los misterios del mundo del Espíritu. La escritura en él se convierte en vida, y viceversa: va escribiendo a medida que su pulso vital late con fuerza renovada bajo el dictado de la Verdad. Este es el secreto de su maestría.

Una vez más se pone de manifiesto la exactitud de aquella formulación de la Sabiduría Perene, según la cual la belleza no es sino el resplandor de la Verdad y que la verdadera obra de arte el resultado que se obtiene cuando el ser humano deja que la propia expresión refleje de modo impersonal la luz de lo Eterno, para así, con absoluta transparencia, servir de instrumento y cauce libre de obstáculos al Principio creador del universo. La obra maestra se nutre de una Fuente suprahumana, participa de la claridad, belleza, unidad y perfección de la Verdad suprema. Tal es el caso de la vida y obra de William Law.

INTRODUCCIÓN

Presentamos al público de lengua española *The Spirit of Prayer*, el que quizá sea el más importante de los libros de William Law, autor prácticamente desconocido en España y del que hasta ahora no se había traducido ninguna obra a nuestro idioma. No hay mejor manera de entrar en contacto con la obra del místico inglés y descubrir los tesoros que oculta, que sumergirse en las páginas de esta obra tan rica y profunda.

El presente volumen recoge una selección de los principales fragmentos de dicha obra, agrupados en diez capítulos, cuyos títulos obedecen a los principales conceptos de la doctrina lawiana y que están organizados siguiendo un criterio sistemático. Aunque no tenga en sus manos el texto completo de *The Spirit of Prayer*, el lector puede tener la seguridad de que en estas páginas está contenida la esencia del mensaje que Law nos transmite en su libro. No hay que perder de vista, entre otras cosas, que, por la forma y el estilo en que fue escrito, abundan en él las repeticiones y reiteraciones, las cuales quedan reducidas al mínimo indispensable al seleccionar los textos.

En la versión original, *The Spirit of Prayer* se articula en dos partes: una primera, escrita en forma de exposición teórica, y una segunda, estructurada en forma de diálogo, en la cual cuatro personajes (Humanus, Rusticus, Academicus y Theopphilus), que encarnan las distintas posturas o actitudes desde las cuales se debaten las cuestiones tratadas en la primera parte.

Aquí no se ha respetado esta estructura original de la obra, ni tampoco el orden consecutivo de los textos. Dado que se trata de una versión reducida, antológica y selectiva, y que su propósito es facilitar una primera aproximación a la obra de Law, hemos juzgado más conveniente presentar la obra de una manera distinta, ordenando los fragmentos seleccionados por temas o materias, pues de este modo el conjunto resultará más asequible para el lector y de más fácil manejo.

EL CRISTIANISMO Y LA VERDADERA RELIGIÓN

La mayor parte de la humanidad —mejor dicho, de los cristianos— se puede decir que está dormida, pudiendo la forma particular de vida que abarca la mente, los pensamientos y acciones de cada hombre, ser llamada “sus sueños particulares”. Semejante nivel de vanidad es visible por igual en cualquier forma y orden de la vida. Todos, el erudito y el ignorante, el rico y el pobre, se encuentran en el mismo estado de somnolencia y sopor, con la única diferencia de que cada cual deja pasar su corta vida en un tipo distinto de sueño.

Pero, ¿por qué ocurre así? Porque el hombre tiene una eternidad dentro de sí: ha nacido en este mundo, no con el fin de vivir aquí ni para nada que este mundo pueda darle, sino tan sólo para tener tiempo y lugar de convertirse, bien en partícipe de una vida divina con Dios, bien en un condenado infernal entre los ángeles caídos.

Por consiguiente, toda persona que no tenga sus ojos, su corazón y sus manos continuamente guiadas por esta doble manifestación de la eternidad puede ser considerada como un ser que duerme profundamente —alguien que no ha despertado a la sensibilidad de sí mismo—. Y una vida entregada a los intereses y placeres de este mundo, gastada y desperdiciada en la esclavitud de los deseos terrenales, puede ser calificada de sueño; con esta única diferencia: que cuando un sueño termina, nada se ha perdido sino fantasías y ficciones; pero cuando termina el sueño de la vida, con la muerte, se ha perdido toda aquella Eternidad para la cual nacimos.

Ahora bien, no hay miseria en este mundo, nada que llene de desgracia la vida o muerte del hombre, sino esta ceguera e insensibilidad para con su estado, ceguera en la que se sumerge de forma tan decidida, e incluso obstinada. De aquí arranca todo cuanto contiene dentro de sí la naturaleza del mal y de la desgracia.

Supongamos por un momento que un hombre se conoce a sí mismo, que sabe que viene al mundo con no otro recado que el de elevarse por encima de la vanidad del tiempo hacia las riquezas de la Eternidad. Supongamos que rige y regula tanto sus pensamientos interiores como sus acciones externas por esta visión que tiene de sí mismo. Para él cada día que l toque vivir habrá perdido todo su mal; para él ya no hay diferencia entre la prosperidad y la adversidad, porque las recibe a la una y a la otra con el mismo ánimo; dará la bienvenida por igual a la vida y a la muerte, por ser ambas ingredientes o jalones de su camino hacia la Eternidad.

Pues por pobre y miserable que sea esta vida, todos nosotros tenemos libre acceso a todo lo que es grande, bueno y feliz, y portamos dentro de nosotros una llave que abre todos los tesoros que haya de otorgarnos el Cielo.

Perecemos de hambre en medio de la abundancia, gemimos bajo toda clase de achaques y enfermedades teniendo el remedio en nuestras manos. Vivimos y morimos sin saber ni sentir nada del Bien uno y único, siendo así que está a

nuestro alcance el conocerlo y disfrutarlo de una forma tan real como conocemos y sentimos el poder de este mundo sobre nosotros: pues el Cielo está tan cerca de nuestras almas como lo está esta tierra de nuestros cuerpos; y hemos sido creados y redimidos para que tengamos en él nuestra morada.

Dios, el único bien de todas las naturalezas inteligentes, no es un Dios ausente o distante, sino que está más presente en y a nuestras almas que nuestro propio cuerpo. Somos extraños para el Cielo, y estamos sin Dios en el mundo, por esta única razón: porque nos hemos vaciado de aquel Espíritu de Oración que es lo único que puede abrir el Cielo y el Reino de Dios dentro de nosotros, lo único que nos puede unir al Bien uno y único, no fracasando jamás en esa labor unitiva.

Una raíz plantada en el mejor suelo, gozando del mejor clima, y bendecida con todo lo que el sol, el aire y la lluvia pueden hacer por ella, no estará tan segura de su crecimiento hacia la perfección como podrá estarlo toda persona cuyo espíritu aspire a todo aquello que Dios está dispuesto a darle y desea darle con un anhelo infinito. Pues el sol no sale al encuentro del capullo, que al brotar se extiende hacia él, con la mitad de certeza con la que Dios, la Fuente de todo bien, se comunica al alma que anhela nutrirse de Él. [pp. 18-19]

Todos nosotros somos, por nacimiento, la descendencia de Dios, más íntimamente relacionados con Él de lo que lo estamos mutuamente entre nosotros; pues en Él vivimos, nos movemos y tenemos todo nuestro ser.

Al primer hombre que recibió la vida de Dios le fue insuflado el aliento y espíritu del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y así llegó a ser un espíritu viviente. De este modo nació de Dios nuestro primer padre, descendiendo de Él y estando en el Paraíso como imagen y semejanza de Dios.

Era la imagen y semejanza de Dios no en consideración a su forma o figura exterior, pues no hay forma que sea semejante a Dios; pero se constituía en imagen y semejanza de Dios porque la Santísima Trinidad había inhalado su propio Espíritu y Naturaleza en él. Y como la Divinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, están siempre en el Cielo, y hacen que el Cielo esté en todas partes, este Espíritu, que inhalaron en el hombre, trajo consigo el Cielo dentro del hombre; y, de esta suerte, el hombre se encontraba en el Cielo, al mismo tiempo que en la Tierra, esto es, en el Paraíso, el cual significa un estado celestial o nacimiento de la Vida. [p. 19, 2]

Preguntas ¿qué es Dios? Su nombre es Amor; es el Bien, la Perfección, la Paz, la Alegría, la Gloria y Bendición de toda vida.

Preguntas ¿qué es Cristo? Es el remedio universal para todos los males que han irrumpido en la naturaleza y la criatura. Es la destrucción de la miseria, del pecado, de la oscuridad, de la muerte y del infierno. Es la Resurrección y la Vida de toda naturaleza caída. Es la incansable Compasión, la Piedad que sufre con largueza, la inagotable e incesante Misericordia de Dios hacia toda necesidad o fragilidad de la naturaleza humana.

Cristo es la inspiración o el aliento del Corazón, la Vida y el Espíritu de Dios, que penetran de nuevo en la muerta raza de Adán. Es el Buscador, el Encontrador, el Restaurador de todo cuanto se perdió y murió para la Vida de

Dios. Es el Amor que, desde Caín hasta el fin de los tiempos, ruega por todos los que le asesinan; el Amor que voluntariamente sufre y muere entre ladrones, para que éstos puedan tener vida con él en el Paraíso; el Amor que visita a los publicanos, rameras y pecadores, y que quiere y busca perdonar allí donde hay más que perdonar. [p. 124, 4 – 125, 1]

El Dios universal es Amor universal. Todo es amor, excepto aquello que es terrenal e infernal. La religión entera es Espíritu de amor; todos sus dones y gracias son los dones y gracias del amor; no tiene otro aliento y vida sino el aliento y vida del amor.

Nada eleva, nada purifica, salvo el fuego del amor. Nada transforma la muerte en vida, la tierra en Cielo y los hombres en ángeles, sino el amor. El amor respira, alienta e infunde el Espíritu de Dios; sus obras y sus palabras son inspiración de Dios. No habla de sí mismo, sino que es la Palabra, el Verbo eterno de Dios, quien habla en él; pues todo lo que habla el amor lo habla Dios, porque el Amor es Dios. El amor es el Cielo revelado en el alma; es la luz y la verdad; es infalible, no comete errores, ya que todos los errores suponen una carencia de amor.

El amor no tiene más de orgullo de lo que tiene de oscuridad la luz. Se alza y tiene todos sus frutos partiendo de una raíz y hondura de humildad. Te será más fácil encerrar la luz o el aire del mundo en un sitio, que confinar el amor a una secta o un partido. El amor no es secta ni partido; no crea ni admite ataduras. Vive en la libertad, la universalidad y la imparcialidad del Cielo. Cree en un único, santo y católico Dios, el Dios de todos los espíritus. Nos une y funde con el Espíritu católico del Dios Uno, que se une con todo lo que es bueno, y que es dócil, paciente, sufrido, amistoso y movido por los mejores deseos en relación con todo cuanto de malo y perverso hay en la naturaleza y la criatura.

El amor, al igual que el Espíritu de Dios, cabalga y flota sobre las alas del viento; y está en unión y comunión con todos los santos que existen tanto en el Cielo como en la Tierra. El amor es totalmente puro; no tiene fines turbios; no busca lo suyo; no tiene más que una voluntad, a saber: darse en todo y vencer todo el mal con el bien.

Por último, el amor es el Cristo de Dios; desciende del Cielo, regenera el alma desde lo alto y borra todas las transgresiones; arrebatada a la muerte su aguijón, al diablo su poder y a la serpiente su veneno. Sana todas las flaquezas de nuestro nacimiento terreno: da ojos al ciego, oídos al sordo y hace que el mudo hable; limpia de la lepra, expulsa a los demonios y coloca al hombre en el Paraíso antes de que muera. Vive por entero en función de la Voluntad de Aquél de quien ha nacido; su bebida y alimento es hacer la Voluntad de Dios. Es la resurrección y la vida de todas las virtudes divinas, una fecunda madre de la auténtica humildad, de la benevolencia ilimitada, de la paciencia incansable, y las entrañas mismas de la compasión. [p. 125]

El Hijo de Dios, la segunda Persona de la Trinidad, se hizo hombre Él mismo para hacer posible que el hombre, naciendo de Él o por medio de un nacimiento desde Él, entrara de nuevo en el Reino de Dios.

Dios se hizo hombre, tomó sobre sí un nacimiento a partir de la naturaleza caída. Pero ¿por qué se hizo tal cosa? ¿Dónde radica la profundidad de este misterio? ¿Cómo manifiesta todo esto la Infinitud del Amor divino hacia el hombre?

Se hizo así porque nada que fuera inferior a esta misteriosa Encarnación (asombro de los ángeles) podía abrir un camino, o iniciar una posibilidad, para que el hombre caído naciera otra vez de lo alto, y volviera a hacerse de nuevo partícipe de la Naturaleza divina. Se hizo así, porque el hombre estaba tan muerto al Reino de los Cielos, que no había nada en toda la naturaleza que pudiera socorrerle. Ningún poder, ninguna habilidad del más elevado orden de criaturas, podía encender la más leve chispa de vida en él o ayudarle a vislumbrar el menor atisbo de aquella Luz celestial que había perdido.

Entonces, cuando toda la naturaleza y todas las criaturas se encontraban en torno a Adán, tan incapaces de ayudarlo como él lo era de ayudarse a sí mismo, el Hijo, el Verbo de Dios, entró por medio de un nacimiento en esta naturaleza caída, para que gracias a esta misteriosa Encarnación toda la naturaleza caída pudiera nacer de nuevo de Él según el Espíritu, de la misma forma que habían nacido de Adán según la carne. [p. 35, p-f]

Has de tener en cuenta dos grandes verdades, infalibles y fundamentales, que serán como una roca sobre la que apoyarte.

Primera: que en toda la naturaleza y en todo cuanto existe, nada puede hacer o ser un bien real para tu alma sino la Acción de Dios sobre ella. Segunda: que todos los designios de Dios para la humanidad, desde la caída de Adán hasta la predicación del Evangelio, tendían a este único fin: ajustar, preparar y disponer el alma par la acción del Espíritu de Dios sobre ella.

Estas dos grandes verdades, aprehendidas bien y a fondo, ponen al alma en su justo y correcto estado, en una continua dependencia de Dios, en una buena disposición para recibir todo bien de Él, y serán por tanto una fuente continua de luz en tu mente. Ellas te mantendrán a salvo de cualquier error, así como del falso celo en las cosas, las formas y las formalidades de la religión, teniéndote alejado tanto del ánimo sectario como del fanatismo y de la superstición. Te enseñarán la diferencia entre el fin y los medios de la religión; y el respeto que muestres a la cáscara o corteza dependerá tan sólo del meollo que puedas encontrar dentro de ella.

El hombre, por su caída, se desvinculó de su verdadero Centro, su correcto y adecuado lugar en Dios, y por consiguiente la Vida y Acción de Dios ya no estaban en él. Cayó de una vida en Dios a una vida del yo o ego, a una vida de amor propio, de estima egolátrica y búsqueda de sí mismo en los pobres goces perecederos de este mundo.¹ Este era el estado natural del hombre en el momento de la caída.

Fue un apóstata de Dios y su vida entera era idolatría, siendo el yo el gran ídolo adorado en lugar de Dios. Aquí puedes ver, en pocas palabras, toda la

¹ Las expresiones inglesas utilizadas por Law para referirse a lo que considera las tres principales manifestaciones del egocentrismo o culto al ego son: *self-love* (amor del yo o amor de sí mismo), *self-esteem* (estima del yo o auto-aprecio) y *self-seeking* (búsqueda de sí, procura de la propia satisfacción y del propio interés).

verdad. Todo lo que es el pecado, la muerte, la condenación y el infierno no son otra cosa que este reino del yo, o las diversas operaciones del amor propio o amor al yo, de la autoestima egótica y de la búsqueda de sí mismo, que separan al alma de Dios y terminan en el infierno y la muerte eterna.

Por el contrario, todo lo que significa gracia, redención, salvación, santificación, vida espiritual y nuevo nacimiento no es otra cosa sino el resultado de haber vuelto a encontrar en el alma la Vida y Acción de Dios. Es el hombre que ha retornado de nuevo a su centro y lugar en Dios, de donde se había apartado.

El volver a empezar de la Vida de Dios en el alma tuvo lugar por primera vez cuando la Misericordia de Dios infundió en Adán una semilla de Vida divina cuya misión era aplastar la cabeza de la serpiente que se había introducido en la naturaleza humana. Aquí el Reino de Dios estaba de nuevo dentro de nosotros, aunque sólo como una semilla, la cual no obstante ser minúscula, era empero un grado de la Vida divina que, rectamente cultivada, estaba llamada a vencer todo el mal que había en nosotros, haciendo de cada hombre caído un hijo neo-nato o re-nacido de Dios. [pp. 53, 2 – 54, 2]

La primera obra o inicio del Amor redentor de Dios está en aquel Emanuel, o Dios con nosotros, preservado o guardado como un tesoro en el primer Adán, como la Simiente de la Mujer, que en él, así como en toda su descendencia, estaba llamada a aplastar la cabeza y vencer la vida de la serpiente en nuestra naturaleza caída. Amor es esto ciertamente, porque es universal, abarcando todas las ramas del árbol humano, que brota a partir de dicho Amor, desde el primer hombre hasta el último.

Por más que la humanidad se halle miserablemente dividida, estando todos en guerra unos con otros, cada uno apropiándose de Dios para sí, se impone empero la evidencia de que todos los hombres tienen un único Dios, que es el Espíritu de todos, la Vida de todos y el Amante de todos. Los hombres pueden dividirse entre ellos para tener a Dios como si fuera algo suyo, pueden odiarse y perseguirse en el nombre de Dios, pero es una bendita verdad que ni el odiado ni el odiador pueden ser divididos ni separados del Dios uno, santo y católico que con inalterable dulzura, clemencia, paciencia y buena voluntad hacia todos, a todos los espera, a todos los llama, a todos los redime y a todos los abraza en los brazos abiertos de su católico Amor.

No preguntes, por tanto, cómo entraremos en esta religión del amor y la salvación, pues ella misma ha entrado en nosotros, ha tomado posesión de nuestro ser desde el principio. Es Emanuel en todas y cada una de las almas humanas. Está ahí oculto como un tesoro del Cielo y de la Eternidad en nosotros. No puede ser separado de nosotros por ningún poder humano; nosotros mismos no podemos perderlo; nunca nos dejará ni nos abandonará, hasta que, con nuestro último aliento, muramos negándole.

Esta es la puerta abierta de nuestra redención; no tenemos que ir lejos a buscarla. Este es el tesoro de todo ser humano: es una raíz celestial, una semilla divina, plantada en nuestra alma por la Palabra de Dios. Una semilla que, al igual que un pequeño grano de mostaza, tiene el poder de crecer hasta convertirse en un árbol de vida.

Ahora puedes observar y anotar, amigo mío, cuál es y dónde está la auténtica naturaleza de la religión; pues aquí queda puesto en evidencia que su lugar está dentro; su acción y efecto se desarrollan dentro; su gloria, su vida y su perfección están todas dentro. Se trata pura y simplemente de despertar una nueva vida, un nuevo amor y un nuevo nacimiento, en el Espíritu interior de nuestros corazones.

La religión (que consiste únicamente en devolver al hombre a su primer y recto estado en Dios) tuvo su inicio y su primer poder de la Simiente de la Mujer, el Aplastador de la cabeza de la serpiente; y, por lo tanto, desde sus comienzos hasta que haya consumado su última obra, no es ni puede ser otra que el poder y la victoria crecientes de la Simiente de la Mujer sobre todo el mal que la serpiente introdujo en la naturaleza humana. Pues la Simiente de la Mujer es el Espíritu, el Poder y la Vida de Dios, devuelto o insuflado de nuevo en el hombre para que fuera el excitador y redentor de aquella primera vida que perdió.

Esta era la naturaleza espiritual de la religión en su primer comienzo, y esta es y será únicamente su entera naturaleza hasta el fin de los tiempos. No es otra cosa que el Poder, la Vida y el Espíritu de Dios, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, entrando en acción, creando y reviviendo la vida en el alma caída, y expulsando de ella todo el mal que contiene dentro de sí. Esta es la verdadera roca sobre la que se funda la Iglesia de Cristo; esta es la Iglesia una y única fuera de la cual no hay salvación y contra la cual las puertas del Infierno no prevalecerán. [p. 126, 3 - 127, 1]

La religión cristiana es la única verdadera religión de la naturaleza, profunda y necesariamente fundada en la naturaleza de las cosas; pues sus doctrinas no están fundadas en una decisión arbitraria de Dios, sino que tienen su razón necesaria y natural de por qué no pueden ser de otro modo, como hemos mostrado al tratar de la regeneración, en la que consiste la totalidad de la salvación del ser humano y que es lo único que pretende toda Revelación, desde la caída del hombre hasta el fin del mundo.¹

Ahora bien, el verdadero fundamento de la única religión de la naturaleza sólo puede conocerse, o ser vista con una mirada intuitiva y penetrante, remontándose al origen de las cosas y mostrando cómo éstas han llegado al estado presente. Tenemos que descubrir *por qué* y *cómo* se hizo necesaria la religión, y *en qué* se basa su necesidad. Pero no podemos hacer nada de esto, a no ser que descubramos lo que son en sí mismos el pecado, el mal, la muerte y las tinieblas, y cómo penetraron en la naturaleza y la criatura. Pues únicamente esto puede hacernos ver qué religión es verdadera, natural, necesaria y suficiente por sí sola para eliminar por completo de la Creación el mal, el pecado y el desorden. [pp. 82-83]

¹ William Law trata de rebatir aquí el absurdo intento de los deístas, que pretendían sustituir la religión cristiana por una supuesta "religión natural", basada en la razón y libre de influencias sobrenaturales. Contra esta corriente naturalista y pseudo-religiosa, que hoy sigue haciendo estragos, alzó también su voz ese otro gran místico cristiano que fue William Blake, quien escribió todo un tratado al respecto, el que lleva por título *There is no natural religion* ("No hay una religión natural"), y que dedicó a la cuestión amplios pasajes de su obra cumbre *Jerusalem*.

La religión podrá tener muchos moldes y figuras, formas o reformas, pero no será un auténtico servicio divino ni una adecuada y correcta adoración de Dios, no tendrá bien alguno dentro de sí, no podrá hacer ningún bien al hombre, no podrá eliminar el mal de su vida ni despertar en él la Vida divina, sino en la medida en que sirve, adora, se conforma y entrega de lleno a esta Acción del Dios tri-uno y santo que vive dentro del alma y tiene en ella su morada.

Mantente siempre cerca de esta idea de la religión como una vida interior y espiritual en el alma; observa lo que obra dentro de ti, la vida y la muerte que ahí se encierran; no busques ningún bien ni consuelo sino en el despertar interior de todo lo que es santo y celestial en tu corazón. Y entonces verás que tienes tanto más de salvación real cuanto más tengas de religión interior.

Pues la salvación es tan sólo una victoria sobre la naturaleza: en la medida en que renuncies a tu naturaleza vana, egoísta y terrena, en la medida en que venzas todos tus humores naturales del hombre viejo, en esa misma medida Dios entrará en ti, vivirá y actuará en ti, será en ti la Luz, la Vida y el Espíritu de tu alma; y tú serás en Él esa nueva criatura que lo adora en espíritu y en verdad. Pues el servicio, oficio o culto divino únicamente es y puede ser realizado por quien ha hecho su mente semejante a la de Cristo: nada adora o rinde culto a Dios sino el Espíritu de Cristo, su Hijo bienamado, en quien encuentra todas sus complacencias. [p. 127, 2]

Dios es Paciencia incansable, una Mansedumbre que no puede ser provocada. Es una Misericordia sempiterna y capaz de soportarlo todo; es Bondad sin mezcla, Amor imparcial y universal. Su deleite consiste en la comunicación de Sí mismo, de su propia Felicidad, a todo, según la capacidad de cada cosa. Hace todo lo que es bueno, justo y amable. Es el Bien del que no viene nada sino bien, y resiste todo el mal sólo con la Bondad.

He aquí la Naturaleza y Espíritu de Dios, y en ello podrás encontrar la prueba infalible para saber si estás movido y dirigido por el Espíritu de Dios. Es ésta una prueba que no te fallará, que siempre tienes a tu alcance y que no se presta a error o engaño. Si el ardiente deseo y anhelo de tu corazón es ser misericordioso como Él lo es, estar lleno de su inagotable Paciencia, morar en su inalterable Mansedumbre; si anhelas ser como Él en amor imparcial y universal; si deseas comunicar todo bien de que seas capaz a todas las criaturas; si amas y practicas todo lo que es bueno, justo y amable, por sí mismo, porque es bueno, justo y amable; y si no resistes al mal más que con la bondad; entonces puedes tener la completa certeza de que el Espíritu de Dios te gobierna, vive y mora en ti. [p. 156]

Si quieres conocer lo sublime, exaltado y angélico de la vida cristiana, escucha lo que ha dicho el Hijo de Dios: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y al prójimo como a ti mismo. En estas dos cosas se basan la Ley y los Profetas”. Y sin estas dos cosas, no habrá nunca ninguna buena luz que pueda brotar de tu alma o entrar en ella.

Aprende todas las ciencias, brilla en todas las realizaciones del mundo culto, todo ello no hará más que llevarte de una vana pasión a otra. Todo lo que salga

de tus adentros será egoísta, malo y nocivo; todo lo que recibas de fuera será recibido con un mal espíritu, mientras los dos humores celestiales antes mencionados no hayan vencido a la perversión natural de tu naturaleza caída. Hasta entonces nada puro podrá surgir de dentro, ni tampoco podrá recibirse con pureza desde fuera.

Considérate, por tanto, inepto e incapaz de juzgar con rectitud o de obrar con virtud, en tanto los dos mencionados humores no tengan el gobierno de tu corazón. Entonces todas las verdades saldrán a tu encuentro; no habrá error dañino que pueda tener acceso a tu corazón; ni engañarás ni serás engañado, ni defraudarás ni serás defraudado; pero tendrás un conocimiento de todos los asuntos divinos mejor que el que puedas conseguir por medio de todos los estudios y saberes humanos del mundo.

Cuando ames con toda tu alma y todo tu corazón la Naturaleza y Espíritu de Dios, anhelando con la misma intensidad el poseer esa Realidad divina, el estar completamente unido a ella, el ser poseído y gobernado por ella, entonces amarás realmente a Dios con toda tu alma y todo tu corazón.

Sólo entonces serás capaz de amarte a ti mismo y amar a tu prójimo rectamente, como es debido. Puesto que cuanto más tengas en ti de la Naturaleza y Espíritu divinos, más poder y capacidad tendrás para amarte a ti mismo y amar a tu prójimo de forma correcta; esto es, serás capaz de amar única e igualmente en ti y en tu prójimo aquello que la Deidad ama única e igualmente, tanto en ti como en él. [p. 158]

II

EL CRISTO INTERIOR

Este es el mensaje de las Escrituras: que *Cristo en nosotros* es nuestra esperanza y gloria; que nuestra única salvación está en el Cristo formado dentro de nosotros –viviendo, creciendo y suscitando Su propia Vida y Espíritu en nuestro interior--. Y ciertamente, todo esto se desprende de forma evidente de la naturaleza de las cosas, pues, dado que la serpiente, el pecado, la muerte y el infierno están todos ellos esencialmente en nosotros –siendo el crecimiento mismo de nuestra naturaleza--¿no deberá nuestra redención ser igualmente interior, una muerte interna y esencial a este estado de nuestra alma, y un crecimiento interior de una vida contraria dentro de nosotros?

Si Adán fue únicamente una persona exterior, si su entera naturaleza no era nuestra naturaleza, nacida en nosotros, y derivada de él hasta llegar bien dentro de nosotros, sería un absurdo decir que su caída fue nuestra caída. Del mismo modo, si Cristo, nuestro Segundo Adán, fue tan sólo una persona exterior, si no entró tan profundamente en nuestra naturaleza como lo hizo el primer Adán, si no recibimos de Él un nuevo hombre interior, espiritual, como recibimos una carne y sangre exterior proveniente de Adán, ¿qué motivo habría para decir que nuestra rectitud proviene de Él, así como nuestro pecado proviene de Adán?

Que nadie piense en lanzar sobre mí la acusación de que pretendo relegar al Santo Jesús, nacido de la Virgen María, o que trato de oponer un Salvador interior al Cristo exterior cuya historia se nos recuerda en el Evangelio. No: con la mayor certeza y plenitud de fe, atribuyo la totalidad de nuestra redención a la bendita y misteriosa Persona que nació entonces de la Virgen María, y no defenderé ninguna redención interna sino la que es efectuada por ese Redentor dador de vida, muerto en la Cruz por nuestra redención, y que proviene por entero de Él.

Si dijera que una planta o vegetal tiene que tener al sol dentro de sí, que tiene que incorporarse la vida, la luz y las virtudes del sol, y que no recibirá beneficio alguno del sol, hasta que el sol no haya empezado a formar, generar, vivificar y hacer surgir la vida de las virtudes solares dentro de ella, ¿querría esto decir que propugno un sol interior, en oposición al sol exterior? ¿Podría haber acusación más ridícula? Pues bien, lo que aquí digo sobre el sol interior de la planta, ¿no va referido también al poder y virtud derivados del sol que luce en el firmamento?

De la misma forma, todo cuanto se diga sobre un Cristo interior, internamente formado y engendrado en la raíz del alma, ha de ser entendido tan sólo en relación con una vida interior generada por el poder y la eficacia de aquel Cristo bendito que nació de la Virgen María. [p. 37, 2 –38]

Nadie dejará de beneficiarse de la salvación de Cristo, a no ser por su falta de disposición para recibirla; no la recibirá quien tenga el mismo espíritu y los mismos humores que llevaron a los judíos a mostrarse reacios a recibirla. Pero si quieres saber cómo esta gran obra, el nacimiento de Cristo, se ha de efectuar

dentro de ti, déjame decirte una regocijante verdad: que dicha gran obra ha comenzado ya en cada uno de nosotros. Pues el Santo Jesús que ha de formarse en ti, que ha de ser el Salvador y la nueva Vida de tu alma, que ha de sacarte de la oscuridad de la muerte para conducirte a la Luz de la Vida y darte el poder para convertirte en hijo de Dios, está ya dentro de ti, viviendo, removiéndose, llamando, golpeando a la puerta de tu corazón, y no deseando otra cosa sino tu fe y tu buena voluntad, para tener en ti un nacimiento y una forma tan reales como los tuvo de la Virgen María.

Pues el Verbo eterno o Hijo de Dios no empezó a ser el Salvador del mundo tan sólo al nacer en Belén de Judea; el Verbo que se hizo carne en la Virgen María entró en el primer padre de la humanidad como Palabra de Vida, como Semilla de salvación, desde el comienzo del mundo, bajo el nombre y el carácter de Aplastador de la cabeza de la serpiente.

Por eso dijo Cristo a sus discípulos: “el Reino de Dios está dentro de vosotros”; es decir, la Naturaleza divina está dentro de vosotros, dada a vuestro primer padre, en la luz de su vida, y alzándose, a partir de él, en la vida de todos los hijos de Adán. Por eso también se dice que Cristo es “la Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo”. No tal y como nació en Belén, no como cuando tenía forma humana sobre la tierra --en este sentido no podría haber sido designado como “la Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo”--, sino en cuanto que era esa Palabra eterna por la que fueron creadas todas las cosas y que volvió a entrar, como un segundo Creador, en el hombre caído, en calidad de Hollador de la serpiente.

En este sentido nuestro Señor fue realmente la Luz que ilumina a todos los hombres. Pues fue real y verdaderamente todo esto, de la misma forma que fue el Emmanuel, el Dios con nosotros, dado a Adán, y con él a toda su descendencia. Aquí puedes ver el comienzo y la gloriosa amplitud de la Iglesia católica de Cristo. La cual abarca el mundo entero.

Es la Misericordia ilimitada y universal de Dios hacia toda la humanidad; y toda criatura humana, de forma tan segura como que es hija de Adán, tiene dentro de sí un nacimiento del Aplastador de la serpiente y, por lo tanto, está infaliblemente en alianza con Dios a través de Jesucristo. Y por ello también Cristo es nombrado Juez del mundo entero, porque la humanidad entera, todas las naciones y lenguas han sido, en Él y por medio de Él, puestas en alianza con Dios y hechas capaces de resistir el mal de sus naturalezas caídas. [p. 42, 3 – 43, 1]

Este Santo Jesús, el don de Dios, dado primero a Adán, y en él a todos los que de él descienden, es el obsequio que Dios te hace a ti, de forma tan segura como que has nacido de Adán. Aunque no lo hayas poseído nunca, aunque te hayas alejado de Él, tan lejos como el hijo pródigo de la casa de su padre, Él sigue estando todavía contigo, es el regalo que Dios te hace, y si te vuelves a Él y se lo pides, tiene agua de vida para ti.

¡Pobre pecador! Considera el tesoro que tienes dentro de ti: el Salvador del mundo, la Palabra eterna de Dios está oculta en tu ser, como una chispa de la naturaleza divina que acabará venciendo al pecado, la muerte y el infierno dentro de ti, para volver a engendrar en tu alma la Vida del Cielo.

Vuelve tu mirada hacia tu corazón, y tu corazón encontrará a su Salvador, su Dios, en su propio interior. No ves, oyes ni sientes nada de Dios, porque lo buscas fuera con tus ojos externos; lo buscas en libros, en controversias, en el templo y en ejercicios exteriores, pero ahí no lo encontrarás, en tanto no lo hayas encontrado en tu corazón. Búscale en tu corazón, y nunca buscarás en vano, pues ahí mora, ahí está la sede de su Luz y de su Espíritu. [p. 43, 2 – 44, 1]

Este volverte a la Luz y Espíritu de Dios dentro de ti es la única forma de dirigirte hacia Él; no hay otra forma de encontrarle, sino en aquel lugar donde mora en ti. Porque aunque Dios esté presente en todas partes, para ti únicamente está presente en la parte más central y profunda de tu alma. Tus sentidos naturales no pueden poseer a Dios ni unirte a Él; más aún, tus facultades interiores de inteligencia, memoria y voluntad, sólo pueden ir a la búsqueda de Dios, pero no pueden ser el lugar de su habitación y morada en ti. Pero hay una raíz o profundidad en ti de la que surgen todas estas facultades como líneas que parten de un mismo centro o como ramas que brotan del tronco del árbol.

Esta profundidad es la unidad, la eternidad, iba casi a decir la infinitud de tu alma; pues ella es tan infinita que nada puede satisfacerla o apaciguarla sino la Infinitud de Dios. Esta profundidad es llamada el centro, fondo, base o fundamento del alma.¹ En esta profundidad del alma la Santísima Trinidad engendró su propia imagen viviente en el primer hombre, el cual portaba dentro de sí mismo una representación viviente del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; en esto consistía su morar en Dios y el morar de Dios en él. Este era el Reino de Dios dentro de su ser, y era también lo que formaba el Paraíso fuera de él, en su entorno.

Pero el día que Adán comió del prohibido árbol terrenal, en ese mismo día murió al Reino de Dios dentro de él. Habiendo perdido a Dios este su fondo o centro del alma, quedó sumido en la muerte y las tinieblas, y se convirtió en un prisionero dentro de un animal terreno, que únicamente aventajaba a sus congéneres, las bestias, en su forma erguida y en su sutileza serpentina. Así concluyó la caída del hombre.

Pero desde el momento en que el Dios de la Misericordia insufló en Adán al Aplastador de la serpiente, desde ese mismo momento todos los tesoros y riquezas de la Naturaleza divina volvieron al hombre como una semilla de salvación sembrada en el centro del alma, y sólo oculta allí en cada uno de los seres humanos, hasta que despierte en él el deseo de levantarse de su estado caído y nacer de nuevo desde arriba.

Despierta, pues, tú que duermes, y Cristo, que desde toda la Eternidad ha estado casado o esposado con tu alma, te dará luz. Ahonda en tu propio campo en busca de esta Perla de la Eternidad que yace oculta en él. No te costará demasiado esta Perla, ni podrás comprarla demasiado cara, pues ella es el Todo, y cuando la hayas encontrado, sabrás que todo lo que has vendido o de lo que te has desprendido para adquirirla, es simplemente una nada, una pompa sobre el agua. [p. 44, 2 – 3]

¹ Law emplea las expresiones inglesas *Centre*, *Fund* y *Bottom* para expresar esta idea que los místicos alemanes, como Eckhart, Böhme, Tauler o Weigel, llaman *der Grund*, “el fundamento”, la esencia o núcleo del alma. Es “el hondón” de los místicos españoles.

Pero si te apartas de esta Perla, o si la pisoteas, con el propósito de ser rico o grande, ya sea en la Iglesia o en el Estado, y la muerte te encontrara en semejante éxito, no podrás decir que, aunque la Perla se haya perdido, algo se ha ganado en su lugar. Pues en ese momento definitivo, las cosas y los ruidos de este mundo serán todos exactamente lo mismo: haber poseído unas propiedades o haber simplemente oído hablar de ellas, haber vivido en el Palacio de Lambeth veinte años o haber pasado veinte veces ante él, para ti será todo el mismo patrimonio o la misma nada. [p. 45, 1]

No tienes, pues, necesidad de ir corriendo de un lado para otro diciendo ¿dónde está Cristo? ¿Quién ascenderá al Cielo para hacer que Cristo descienda de lo alto? O ¿quién descenderá hasta las profundidades para hacer que Cristo retorne de entre lo muertos?

Advierte que el Verbo, la Palabra, que es la Sabiduría de Dios, está dentro de tu corazón; se encuentra ahí como Aplastador de la serpiente, como Luz que desciende sobre tus pies y Antorcha que orienta tus pasos. Está ahí como Santo Óleo, para suavizar y vencer las propiedades ardientes y airadas de tu naturaleza, y para cambiarlas en la humilde mansedumbre de la luz y el amor.

Está ahí como Palabra de Dios que habla en tu alma; y tan pronto como estés dispuesto a escuchar, esta eterna Palabra hablante te hablará para introducir en tus órganos internos el Amor y la Sabiduría, y para engendrar en ti el nacimiento de Cristo, con todo su espíritu, naturaleza, temple y disposición santos.

A esto se debe (es decir, a este Principio del Cielo o Cristo presente en el alma) que tantos espíritus eminentes, partícipes de la Vida divina, aparecieran en tantas partes del mundo paganos; nombres gloriosos, hijos de la Sabiduría, que brillaron como luces sostenidas por dios en medio de la oscuridad idólatra. Eran los apóstoles de un Cristo de dentro, despertados por el Aplastador interno de la serpiente, que les encomendó la misión de apartar a la humanidad de la ciega búsqueda de la carne y la sangre, enseñando a los demás hombres a conocerse a sí mismos y conocer la dignidad de su naturaleza, la inmortalidad de sus almas y la necesidad de la virtud para evitar la miseria y vergüenza eternas.

Estos apóstoles, aunque no tuvieron la Ley o un Evangelio escrito con el que atraer a sus oyentes, por haberse orientado hacia Dios, encontraron y predicaron el Evangelio, que estaba escrito en sus corazones. De ahí que uno de ellos pudiera expresar esta divina verdad: que únicamente son sacerdotes y profetas aquellos que tienen a Dios dentro de sí.

Esto explica asimismo que, en la Iglesia cristiana, haya habido en todas las épocas, entre los más iletrados, tanto hombres como mujeres que han alcanzado una profunda comprensión de los misterios de la Sabiduría y el Amor de Dios en Jesucristo. Cosa que no es de extrañar, pues lo que puede dar la verdadera comprensión de las cosas de Dios no es el arte o la ciencia, ni la destreza en la lógica o la gramática, sino la apertura de la Vida divina dentro del alma. [p. 48, f – 49]

La Vida de Dios en el alma, que por su pequeñez inicial y su capacidad para un mayor crecimiento, es comparada con el grano de una semilla de mostaza,

puede quedar y de hecho general queda sometida y anulada, ya sea por las preocupaciones y placeres mundanos, por la ambición, la sensualidad o una vana cultura.

Y mientras esto ocurra, cualquiera que sea la religión o confesión que un individuo diga profesar, será un mero hombre *natural, no regenerado, no iluminado* por el Espíritu de Dios, ya que tiene sofocada dicha Semilla del Cielo y no permite que crezca en él.

Por ello, su religión no es más del Cielo que su buena clase, su refinada educación y crianza; sus preocupaciones no tienen más bondad de la que tengan sus placeres; su amor no vale más que su odio; y su celo a favor o en contra de una u otra forma de religión tiene únicamente la naturaleza de cualquier otra disputa mundana. Así es y así tiene que ser en cualquier hombre meramente natural, sean cuales sean las apariencias de las que se revista. Quizá le complazca saber que es el esclavo y la máquina de su propio temperamento corrupto, de sus disposiciones e inclinaciones viciadas, ya que se halla inspirado, movido y animado por el amor propio, la estima y la búsqueda egoístas de sí mismo, que constituyen la única vida y espíritu del hombre natural, ya sea pagano, judío o cristiano. [p. 50, 1]

Has de concebir al Santo Jesús, al Verbo o Palabra de Dios, como un tesoro oculto de todas y cada una de las almas humanas, nacido como semilla del de la Palabra en el parto del alma, emparedado bajo la carne y sangre, hasta que, como una estrella de la mañana, se alce en nuestros corazones, cambiando al terrenal hijo de Adán en un Hijo de Dios.

Este misterio de una Vida interior oculta en el hombre como su máspreciado tesoro, como el fundamento de todo lo que es grande o bueno en él, oculto tan sólo desde la Caída, y que no puede ser abierto, descubierto y parido en su gloria primera más que por Aquél a quien se ha dado todo poder en el Cielo y sobre la Tierra, es una verdad de la que dan pleno testimonio casi todas las cosas de la naturaleza.

Mira adónde quieras. Verás que nada aparece o actúa externamente en ninguna criatura, ni en ningún efecto de la naturaleza, sino aquello que se hace enteramente a partir de su propio espíritu interior e invisible. Lo que actúa no un espíritu que se introduzca en ella o en ello, sino su propio espíritu interior, que es un misterio interno, invisible hasta que se haya dado a conocer o haya emergido en virtud de las apariencias externas.

El sol en el firmamento da crecimiento a todas las cosas que crecen en la Tierra y vida a todas las cosas que viven sobre ella, lo cual hace no dándoles o impartiendoles una vida que venga desde fuera, sino tan sólo estimulando en cada cosa su propio crecimiento y su propia vida, los cuales yacen ocultos como una semilla o estado de muerte, hasta que les ayuda a salir y manifestarse el sol, el cual, como un emblema o símbolo del Redentor del mundo espiritual, ayuda a todas y cada una de las cosas terrenas a salir de su propia muerte para ascender a su más alto nivel de vida. [p. 211, f]

No preguntes qué es lo que tienes que hacer para tener el Espíritu de Dios, para vivir en Él y ser guiado por Él. Pues tu capacidad para tenerlo y tu medida

para recibirlo dependen únicamente de la fe y seriedad con la que deseas ser guiado por Él.

El hambriento espíritu de oración es esa fe para la cual son posibles todas las cosas, a la cual tiene que obedecer y someterse la naturaleza entera, hasta las más altas montañas y las más duras rocas. Cura todas las enfermedades, rompe las ataduras de la muerte y hace resucitar a los muertos.

Mira las pequeñas semillas de las plantas, envueltas en sus propias cáscaras muertas y cubiertas por una espesa capa de tierra. Observa cómo crecen. ¿Qué es lo que hacen? Están hambrientas y sedientas de la luz y el aire de este mundo. Su hambre come aquello de lo que están hambrientas, y en esto consiste su vegetación. Si la planta deja de sentir hambre, se marchita y muere, aun estando rodeada del aire y la luz de este mundo.

Esta es la verdadera naturaleza de la vida espiritual; es realmente un crecimiento o una vegetación, como la de las plantas. Y nada sino su propio hambre puede ayudarle a conseguir el verdadero alimento de su vida. Si cesa este hambre del alma, ésta se marchita y muere, aun encontrándose en medio de la abundancia divina. Nuestro Señor, para mostrarnos que el nuevo nacimiento es realmente un estado de vegetación espiritual, lo compara a un pequeño grano de mostaza, del que brota una gran planta.

Pues bien, toda semilla lleva dentro de sí una vida o, de lo contrario, no podría crecer. ¿Qué es esta vida? No es otra cosa que un hambre de la luz y el aire de este mundo latente dentro de la semilla; un hambre que, al encontrarse con la luz y el aire de la naturaleza, transforma la semilla en una planta viviente.

De la misma forma ocurre con la semilla del Cielo oculta dentro del alma. Tiene una vida en sí misma, pues, de lo contrario, no habría vida que pudiera brotar de ella. ¿Qué es esta vida? No es otra cosa que la fe, o un hambre de Dios y del Cielo, que tan pronto como se mueve y excita, o se deja mover y excitar, salen a su encuentro la Luz y el Espíritu de Dios y del Cielo, que la abrazan y vivifican.

Supongamos por un momento que la semilla de una planta tuviera sentido, juicio y razón, y que, en vez de tener continuamente hambre de la virtud de la luz y del aire de nuestra naturaleza exterior, y en vez de procurar atraerse tal virtud, se divirtiese razonando sobre la naturaleza del hambre y sobre los diferentes poderes y virtudes del aire y la luz, y su hambre se contentara con este juego racional, ¿no tendrá por fuerza que marchitarse semejante semilla, sin llegar a ser nunca una planta viva?

Pues bien, he aquí un símil muy certero de la semilla de la vida en el hombre: el hombre tiene el poder de atraer hacia sí toda la Virtud del Cielo, porque la Semilla del Cielo es el don que Dios ha hecho a su alma, la cual necesita la Luz y el Espíritu de Dios para hacerla nacer, de la misma forma que la semilla de la planta necesita la luz y el aire de este mundo. [p. 133]

El hombre tiene que crecer en Dios, como las plantas crecen en este mundo, gracias a y partiendo de un poder que no es suyo, de forma semejante a como estas últimas crecen apoyándose en los poderes de la naturaleza externa. Pero se diferencia por completo de las plantas en lo siguiente: que una voluntad

incontrolable, la suya propia, debe ser la dirigente e iniciadora de tal crecimiento, ya sea en Dios o en la naturaleza. [p. 133-134]

Es estrictamente verdad que la entera salvación del hombre depende de su voluntad; y es no menos estrictamente verdad que toda la obra de su salvación es única y exclusivamente la obra de Dios en su alma.

Toda su salvación depende de él mismo, porque su voluntad-espíritu [o voluntad-ánimo, *will-spirit*] posee en sí mismo su poder de movimiento. Como voluntad, únicamente puede recibir lo que quiere; cualquier otra cosa quedará fuera y verá negada la entrada en ella. Pues es una ley inalterable de la voluntad, que no hay nada que pueda penetrar en ella, salvo lo que ella quiere. Su querer es su único poder y capacidad para recibir. Y, por consiguiente, no hay entrada posible en el alma para Dios o el Cielo, en tanto la voluntad-espíritu del alma no lo desee. De ahí que la salvación del hombre dependa por entero de él mismo.

Por otra parte, nada puede crear, efectuar o llevar a cabo un nacimiento o crecimiento de la Vida divina en el alma, sino la Luz y Espíritu de Dios, que genera la Vida divina en el Cielo y en todos los seres celestiales. Por ello, la obra de nuestra salvación es única y enteramente obra de la Luz y el Espíritu de Dios, al morar y actuar en nosotros. [p. 134, p]

Así pues, puedes ver que Dios lo es todo; que no hay nada que pueda ser nuestra salvación sino su Vida y Poder actuante en nosotros. Ahora bien, no hay nada que pueda darnos semejante Vida y Poder, o que pueda acceder a ella, sino el espíritu de oración.

Y por lo tanto, ni tú, ni ninguna otra alma humana, pueden estar sin la acción de la Luz y Espíritu de Dios en ella, a no ser porque su voluntad-espíritu o espíritu de oración está dirigido hacia cualquier otra cosa; pues estamos en todo momento unidos a aquello con lo que está unido nuestra voluntad. [p. 134, m]

III

LA PERLA DE LA ETERNIDAD

Te explicaré ahora más detalladamente lo que es esta Perla de la Eternidad de la que te he hablado. Es, en primer lugar, La Luz y el Espíritu de Dios dentro de ti, que hasta ahora te ha sido de escaso provecho, ya que todos los deseos de tu corazón iban tras la luz y el espíritu de este mundo. Tu razón y tus sentidos, tu corazón y tus pasiones han dirigido toda su atención a las miserables preocupaciones de esta vida y por eso eres un extraño a este principio del Cielo, a estas riquezas de la Eternidad dentro de ti. Pues de la misma forma que Dios no es ni puede ser encontrado por ningún adorador sino por aquellos que Lo adoran en Espíritu y en Verdad, esta Luz y este Espíritu, aunque siempre están dentro de nosotros, no son ni pueden ser descubiertos, sentidos o disfrutados sino por aquellos cuyo espíritu se encuentra por entero dirigido hacia ellos.

Cuando el hombre vino por primera vez al ser y se encontraba ante Dios como su propia imagen y su semejante, esta Luz y Espíritu de Dios eran tan naturales en él, en cuanto auténtica Luz de su naturaleza, como la luz y el aire de este mundo son naturales para las criaturas que tienen su nacimiento en él. Pero cuando el hombre, no contento con el alimento de la Eternidad, comió del árbol terrenal, esta Luz y Espíritu del Cielo dejaron de ser naturales para él, dejaron de crecer en él como un nacimiento de su naturaleza y, en lugar de eso, quedó abandonado a la luz y espíritu de este mundo. Y esta es la muerte de la cual Dios advirtió a Adán que moriría con certeza el día que comiera del árbol prohibido.

Pero la Bondad de Dios no podía dejar al hombre en semejante condición. Inmediatamente le garantizó una redención de la misma y el Aplastador de la serpiente volvió a traer de nuevo la Luz y el Espíritu del Cielo a la naturaleza humana, no como estaba en el primer estado, cuando el hombre estaba en el Paraíso, sino como un tesoro oculto en el centro de nuestras almas, que se abriría y daría a conocer de forma gradual, en la medida y proporción en que la fe y los deseos de nuestros corazones estuvieran dirigidos hacia él.

Esta Luz y Espíritu de Dios libremente restaurados en el alma del modo que ha quedado dicho, y enterrados en ella como una fuente secreta del Cielo, reciben el nombre de Gracia, Gracia libre, Don sobrenatural o Poder de Dios en el alma, porque son algo que las potencias o poderes naturales del alma ya no podían conseguir. [p. 45, 2 - f] (seguido)

Es por ello porque, en la mayor verdad y en la más alta realidad, cualquier conmoción del alma, cualquier tendencia del corazón hacia Dios y hacia la Bondad, ha de ser atribuida de manera justa y necesaria al Espíritu Santo o a la Gracia de Dios. La razón de ello es que esta primera Simiente o Semilla de vida, plantada en el alma como Don o Gracia de Dios al hombre caído, es en sí misma la Luz o Espíritu de Dios, y por ello todo moverse o abrirse de esta Semilla de vida, todo pensamiento o deseo despierto que brote de ella ha de ser considerado como un moverse o un revivir del Espíritu de Dios. Y por lo tanto, en el hombre nuevo que aflora de semejante conmoción no puede verse sino el resultado de la acción y obra divinas. [p. 46, 1-]

La Semilla de vida, o Aplastador de la serpiente, es común a todos los hombres, y tiene en todos los hombres un cierto grado o nivel de vida. Nivel que depende de cuánto tenga cada alma de la Inspiración, el Espíritu, la Vida y la Luz divinas, y que es su poder o capacidad para volver a nacer nuevamente de Dios.

A esto se debe que todos los hombres sean exhortados a no asfixiar, resistir o agraviar al Espíritu, o sea, esta Semilla de la Luz y Espíritu de Dios que está en todos los hombres como único manantial del bien. Pero la carne arde lascivamente contra el Espíritu, al igual que el Espíritu contra la carne. Por la carne y su lascivia ha de entenderse la mera naturaleza humana, o el hombre natural, tal como es a causa de la caída. Por el Espíritu ha de entenderse el Aplastador de la serpiente, la Semilla de la Luz y el Espíritu de Dios que está contenido como un tesoro oculto en el alma, para dar a luz a la vida que se perdió en Adán.

Ahora bien, de la misma forma que la carne recibe su vida, sus vicios y pasiones de allí de donde se puede decir en verdad que son inspirados, alentados y excitados los males de todo tipo, asimismo el Espíritu, siendo un principio viviente dentro de nosotros, tiene su propia inspiración, su propio aliento, su propio movimiento y su propia vitalidad, pudiendo únicamente a partir de ahí nacer en nosotros la Vida divina, o el Ángel que murió en Adán.

Cuando esta Semilla del Espíritu, común a todos los hombres, no encuentra resistencia, no es agraviada ni sofocada, antes al contrario, dejamos que sus inspiraciones y motivaciones crezcan en nosotros, para unirnos con Dios y conseguir poder sobre todas las pasiones de la carne, entonces renecemos, nacemos de nuevo: la naturaleza, el espíritu, el temple y la disposición de Jesucristo se abren en nuestras almas; llega a nosotros y se abre dentro de nuestro ser el Reino de Dios.

Por el contrario, cuando la carne o el hombre natural opone resistencia a este Espíritu o Simiente de Vida y lo apaga o asfixia, las obras de la carne, adulterio, fornicación, crímenes, mentiras, odio, envidia, ira, soberbia, demencia, sabiduría mundana, prudencia carnal, falsa religión, santidad hipócrita y sutilidad serpentina, instauran su reino dentro de nosotros.

Aquí puedes ver, en pocas palabras, el estado del hombre redimido. Posee una chispa de la Luz y el Espíritu de Dios, como un don sobrenatural de Dios dado en el nacimiento de su alma, para que genere poco a poco un nuevo nacimiento de la Vida que se perdió en el Paraíso. [p. 47, p]

La Divinidad, considerada en sí misma, y como algo exterior al alma humana, tiene una infinita e inalterable tendencia de amor y deseo hacia el alma del hombre, una tendencia a unirse con ella y comunicarle sus propias glorias y riquezas. Exactamente igual que el espíritu del aire fuera del hombre se une con el espíritu del aire que está dentro de éste para comunicarle sus riquezas y virtudes.

Este amor o deseo de Dios hacia el alma del hombre es tan grande, que permitió a su Hijo unigénito, el esplendor de su gloria, tomar sobre sí la humana naturaleza, en su estado caído, para que por medio de esta misteriosa unión de Dios y hombre, pudieran ser vencidos todos los enemigos del alma del hombre,

y toda criatura humana pudiera tener poder para volver a nacer de acuerdo con la Imagen de Dios en la que fue creado.

El Evangelio es la historia de este amor de Dios al hombre. Interiormente este último tiene una Semilla de la Vida divina introducida en el nacimiento de su alma. Una Semilla que contiene en su interior todas las riquezas de la Eternidad y que está siempre deseando nacer o germinar en él para vivir en Dios. Externamente tiene a Jesucristo, quien, cual Sol de Rectitud, está continuamente proyectando sus rayos vivificantes sobre esta Semilla interior para encender en ella su fuerza de vida y llamarla para que salga a la luz, haciendo sobre esta Semilla del Cielo en el hombre lo que el sol en el firmamento hace en todo instante sobre las semillas vegetales que se encuentran bajo tierra.

Considera este asunto a la luz de la siguiente similitud. Un grano de trigo contiene dentro el aire y la luz de este mundo, o los lleva incorporados en su ser. Este es el misterio de su vida, este es su poder de crecimiento; gracias a ello posee una fuerte y continua tendencia a volver a unirse con el océano de aire y luz del que proviene, lo cual contribuye a encender su vida vegetal.

Por otro lado, puesto que ese gran océano de aire y luz tiene a su propia descendencia oculta en el corazón del grano, siente una tendencia perpetua a unirse y comunicarse de nuevo con él. De este deseo de unión que se siente en ambos lados brota la vida vegetal, así como todas las potencias y virtudes contenidas en ella.

Pero aquí conviene observar que este deseo de ambos lados no puede producir su efecto en tanto que la cáscara o la parte grosera del grano no haya caído en un estado de corrupción y muerte. Mientras esto no ocurra, no podrá manifestarse el misterio de la vida oculto en su interior. La aplicación de tales ideas habrá de hacerla el lector. Por mi parte, me limitaré a observar que aquí podemos ver el verdadero fundamento y la absoluta necesidad de ese morir a nosotros mismos y al mundo al que nuestro Señor bendito continuamente llama a todos sus seguidores.

Una auto-negación universal, una perpetua mortificación de la concupiscencia de la carne, la lujuria de los ojos y la soberbia de la vida no es algo que nos venga impuesto por la mera Voluntad de Dios, no viene tampoco exigida como un castigo, ni es una invención de espíritus perezosos y monacales, sino que tiene su fundamento y razón en la naturaleza de las cosas, siendo absolutamente necesaria para dar paso al nuevo nacimiento, al igual que la muerte de la cáscara y parte gruesa del grano es necesaria para dar paso a su vida vegetal. [p. 48, 2]

En segundo lugar, esta Perla de la Eternidad es la Sabiduría y el Amor de Dios dentro de ti. En esta Perla de tu Aplastador de la serpiente se hallan contenidas como una semilla en el centro de tu alma la entera naturaleza, el espíritu, la disposición y el temple de Cristo, y la divina Sabiduría y el Amor celestial crecerán en ti sólo con que prestes verdadera atención a Dios presente en tu alma.

Por otro lado, está oculta también en lo profundo de tu naturaleza la raíz o posibilidad de toda la naturaleza, el espíritu y los humores infernales de los ángeles caídos. Pues el Cielo y el Infierno tienen cada uno su fundamento en

nosotros; no nos vienen de afuera, sino que brotan en nosotros según que nuestra voluntad y nuestro corazón estén orientados a la Luz de Dios o al reino de las tinieblas. Pero cuando esta vida, que está en medio de estas dos eternidades, llegue a su fin, resultará que en nosotros habrá nacido un ángel o un demonio. [p. 48, -f]

En tercer lugar, esta Perla de la eternidad es la iglesia o templo de Dios dentro de ti, el lugar consagrado para la adoración divina, donde sólo tú puedes adorar a Dios en espíritu y en verdad. En espíritu, porque tu Espíritu es lo único en ti que puede unirse y adherirse a Dios, así como recibir sobre él las obras o acciones de su divino Espíritu. En verdad, porque esta adoración en espíritu es aquella verdad y realidad de la cual todas las formas y ritos externos, aunque hayan sido instituidos por Dios, son tan sólo la figura para un tiempo determinado, pero esta adoración es eterna.

Acostúmbrate al sagrado culto de este templo interior. En medio de él mana la Fuente de aguas vivas, de la cual puedes beber para vivir eternamente. Ahí se celebran los misterios de tu redención, o, para decirlo mejor, ahí se abren en vida y poder. Ahí se guarda y conserva la cena del Cordero, *el pan que bajó del Cielo y que da vida al mundo*, el cual es tu verdadero alimento. Y todo ello se conoce y se efectúa en la experiencia real, en una sensibilidad viviente de la acción de Dios en el alma.

Ahí el nacimiento, la vida, los sufrimientos, la muerte, la resurrección y ascensión de Cristo no son meramente recordados, sino interiormente descubiertos y gozados como estados reales de tu alma, que ha seguido a Cristo en la regeneración. Una vez que te hayas asentado bien en este culto interior, habrás aprendido a vivir para Dios más allá de todo tiempo y de todo lugar.

Todos los días serán Domingo para ti, y dondequiera que vayas tendrás contigo un sacerdote, una iglesia y un altar. Pues cuando Dios tiene todo lo que ha de tener de tu corazón, cuando renunciando a la voluntad, el juicio, el temple y las inclinaciones del hombre viejo, vives entregado por completo a la obediencia de la Luz y el Espíritu de Dios dentro de ti, para querer sólo en su Voluntad, para amar sólo en su Amor, para ser sabio sólo en su Sabiduría, entonces todo lo que hagas será un canto de alabanza, y la empresa de tu vida consistirá en conformarse a la Voluntad de Dios como los ángeles lo hacen en el Cielo. [p. 51]

En cuarto y último lugar, esta Perla de la Eternidad es la Paz y Alegría de Dios dentro de ti, pero únicamente puede ser encontrada por la manifestación en tu alma de la Vida y el Poder de Cristo. Pero Cristo no puede ser tu poder y tu vida, hasta que, en obediencia a su llamada, *te niegues a ti mismo, tomes tu cruz diaria y le sigas* en la regeneración. Esto es decisivo, no admite reserva o evasión, siendo el único camino hacia Cristo y la Vida eterna.

Estés donde estés, aquí o en Roma o en Ginebra, si no has negado tu yo, si vives para tu propia voluntad, por los placeres de tu lascivia, pasiones, apetitos y sentidos naturales, y conformándote a las vanas costumbres y al espíritu de este mundo, estás muerto mientras vives, la simiente de la Mujer está crucificada dentro de ti, Cristo no te puede ser de ningún provecho, eres un extraño a todo

lo que es sagrado y celestial dentro de ti, y completamente incapaz de encontrar la Paz y la Alegría de Dios en tu alma. Y por lo tanto eres pobre y ciego, estás desnudo y vacío, vives una vida miserable en la vanidad del tiempo, mientras están dentro de ti todas las riquezas de la Eternidad, la Luz y el Espíritu, la Sabiduría y el Amor, la Paz y la Alegría de Dios.

Y así será siempre para ti. No hay remedio: puedes ir donde quieras, hacer lo que se te antoje, todo estará cerrado, no habrá puerta abierta para la salvación, ni despertar del sueño del pecado, ni liberación del poder de la naturaleza corrupta, ni victoria sobre el mundo, ni revelación de Jesucristo, ni alegría del nuevo nacimiento desde arriba, hasta que, muriendo al yo y al mundo, te hayas vuelto a la Luz, al Espíritu y al Poder de Dios en tu alma. Todo es estéril e insignificante, todos los medios de tu redención quedarán paralizados, todas las formas externas no serán más que una formalidad, hasta que no hayas descubierto esta Fuente de Agua viva dentro de ti. [p. 51, f – 52, 1]

Mi fe en el Evangelio se apoya ahora en el más sólido y firme fundamento, cuando considero, primero: que Cristo mi Redentor es “la primera Simiente de la Mujer” o “Poder de salvación preservado en el Adán caído”; el Emanuel, el Dios dentro de cada ser humano; “la Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo”. Segundo: que el Santo espíritu de Dios, el Aliento de la Eternidad, tiene también su simiente de vida en mi alma; pues allí donde está la Palabra o el Verbo, el Hijo de Dios, allí está el Espíritu de Dios en el mismo estado. Si uno es sólo una semilla de vida, una chispa del Cielo, el otro lo es también; y los dos, considerados de este modo, son la Perla de la Eternidad, oculta en el alma de todos y cada uno de los seres humanos, y de la que tanto hemos hablado con anterioridad.

Podemos comprender, por tanto, cómo la totalidad de nuestra redención, tanto interna como externamente, es (según el lenguaje sencillo y directo de la Escritura) única y exclusivamente obra de la Luz y el Espíritu de Dios, un Reino de Dios tanto dentro como fuera de nosotros, y para el cual no vivimos, ni podemos vivir, sino en la medida en que estamos inspirados, movidos y dirigidos por el Espíritu de Dios.

Rezar, por tanto, con toda seriedad para estar continuamente inspirado y animado por el Santo Espíritu de Dios, y esperarlo humildemente y con fe, no supone mayor vanidad, fanatismo o ferocidad entusiasta, que el esperar y rezar para actuar en todo desde, por y con un buen Espíritu. Pues tan cierto como que los labios de la Verdad nos dijeron que “sólo hay Uno que sea bueno”, es que no puede haber una chispa de bondad, ni el menor aliento de piedad en ninguna criatura, ni en el Cielo ni en la Tierra, sino por ese Espíritu divino que es el Aliento de Dios, alentado o inspirado en la criatura desde Él mismo.²

No se trata de apariencias de bondad, formas de virtud, normas de la religión o de una piedad prudencial, acomodada al tiempo, el lugar y el carácter; todas estas cosas son grados o niveles de bondad con los cuales nuestro hombre viejo puede fácilmente comerciar, como con cualquier otro asunto o materia de

² Law emplea aquí el verbo inglés *to breathe*, que significa tanto “respirar” como “inspirar”, “exhalar”, “insuflar” o “sugerir”. El sustantivo *breath* significa aliento, hálito o respiración. El texto original de Law reza como sigue: *that Divine Spirit, which is the Breath of God, breathed from himself into the creature.*

este mundo. Pero tanto como tengamos de bondad divina y celestial, o de bondad que pertenece al Cielo, poseyendo en sí la naturaleza del Cielo, tanto tendremos que tener de inspiración divina en nosotros.

Pues, así como nada puede caer a tierra, si no porque posee la naturaleza de la tierra, no es una verdad menos evidente que nada puede ascender al Cielo, o tener el menor poder para unirse con él, sino ese mismo Espíritu que ha venido del Cielo y posee la naturaleza del Cielo. [p. 155]

IV

LA REGENERACIÓN CRISTIANA O NACIMIENTO DE CRISTO DENTRO DE NOSOTROS

Dondequiera que dicha semilla del Cielo llegue a echar raíces, cobrando vida y aliento, ya sea en un hombre o una mujer, en un joven o en un anciano, se dice con toda justicia que este hombre interior renacido o nacido de nuevo está inspirado, iluminado y movido por el Espíritu de Dios, ya que todo su nacimiento y vida es un nacimiento desde lo alto, de la Luz y el Espíritu de Dios; y por lo tanto todo lo que hay en él tiene la naturaleza, el espíritu, el temple y disposición del Cielo.

Cuando esta vida regenerada brota en cualquier persona, crece en ella un verdadero y real conocimiento de todo el misterio de la Divinidad. Todo cuanto el Evangelio enseña acerca del pecado y la gracia, de la vida y la muerte, del hombre viejo y el hombre nuevo, de la Luz y Espíritu de Dios, no son cosas aprendidas de oídas, sino internamente conocidas, sentidas y experimentadas en el crecimiento de su propia vida nacida de nuevo.

Tiene entonces una unción de lo alto que le enseña todas las cosas, un Espíritu que sabe lo que debe pedir, un Espíritu que reza sin cesar, que ha resucitado con Cristo de entre los muertos y que mantiene toda su conversación en el Cielo; un Espíritu que tiene gemidos y suspiros que no pueden ser expresados, que gime y suspira con la totalidad de la Creación, pidiendo ser liberado de la vanidad, y que encuentra su gloriosa libertad en ese Dios del que ha surgido. [p. 50, 2]

Este nuevo nacimiento en Jesucristo no es una parte de nuestra salvación, sino la totalidad de ella. Todo cuanto se refiere a la religión, desde el inicio hasta el fin de los tiempos, tiene en él su razón de ser. No hay nada que nos beneficie, sino en la medida en que favorece nuestra regeneración, o en la medida en que es fruto o efecto de la misma.

Todas las alegres nuevas del Evangelio, todos los beneficios de nuestro Salvador, por muy diversas que sean las formas en que las Escrituras las expresen y formulen, giran en su totalidad en torno a este punto: que Él se ha convertido en nuestra Luz, nuestra Vida, nuestra Resurrección, nuestra Santidad y Salvación; que nosotros somos en Él criaturas nuevas, creadas de nuevo en la rectitud, nacidas otra vez de Él, de lo alto, del Espíritu de Dios. Todo en el Evangelio tiene como motivo y finalidad esta nueva criatura, este Hombre nuevo en Jesucristo, y no hay nada en la enseñanza evangélica que se contemple fuera de tal ser renovado. [p. 36, 2-3]

Cristo dice: “Yo soy la vid, vosotros sois las ramas”. Cristo, nuestro segundo Adán, usa este símil para enseñarnos que el nuevo nacimiento que hemos de recibir de Él es real, en el sentido más estricto y literal de la palabra, y que entre Él y sus verdaderos discípulos hay la misma proximidad de relación

que entre la vid y sus ramas; que hace por nosotros, y en nosotros, todo aquello que la vid hace a sus ramas.

Ahora bien, la vida de la vid tiene que fluir de manera real y efectiva hacia las ramas; éstas no podrán ser ramas hasta que el nacimiento de la vid no haya tenido lugar en ellas. De la misma forma, tenemos nosotros que nacer de nuevo de nuestro Segundo Adán. A menos que la vida del Santo Jesús esté en nosotros por medio de un nacimiento desde Él, estaremos muertos para Él y para el Reino de Dios, al igual que está muerto para la vida la rama que haya sido arrancada de ella. [p. 36, f]

Nuestro bendito Salvador dice también: “Sin mí nada podéis hacer”. Pero surge una pregunta: ¿cuándo o cómo se puede decir que alguien está sin Cristo? Considera una vez más el ejemplo de la vid y sus ramas: sólo se podrá decir que una rama está sin su vid, cuando la vida vegetal de la vida ya no late en ella. Este es el único sentido en que se puede decir que alguien está “sin Cristo”. Cuando Él ya no está en nosotros como Principio de Vida celestial, estamos sin Él y no podemos hacer nada, es decir, nada que sea bueno o santo.

Un Cristo que no está en nosotros, es lo mismo que un Cristo que no es nuestro. Si sólo estamos con Cristo en cuanto que recibimos y nos apropiamos de la historia sobre su nacimiento, su persona y su carácter, si esto es todo lo que tenemos de Él, estamos tan sin Él, tan abandonados a nosotros mismos y sin poder ser auxiliados por Él, como aquellos malvados que exclamaban “Te conocemos, sabemos quién eres, el Santo de Dios”. [p. 37, 1]

Nuestra salvación consiste en la manifestación de la Naturaleza, Vida y Espíritu de Cristo en nuestro Hombre nuevo interior. Sólo esto es la redención cristiana, sólo esto libera de la culpa y el poder del pecado, sólo esto redime, renueva y rescata la primera Vida de Dios en el alma del hombre. Todo cuanto se aparte de esto no es sino ego, ficción, propiedad, voluntad propia, y cualquiera que sea el color con el que se revista, no es más que tu hombre viejo, con todos sus hechos y obras.

Penetra, por tanto, con todo tu corazón en esta verdad, deja que tus ojos descansen siempre sobre ella, haz todo teniéndola a la vista y en función de ella, prueba todas las cosas por la razón y verdad que ella encierra, no ames nada sino en la medida en que te acerque a ella. Adondequiera que vayas, hagas lo que hagas, en tu casa o fuera, en el campo o en la iglesia, hazlo todo con un deseo de unión con Cristo, en imitación de su temple y sus inclinaciones, y considera todas las cosas como si no fueran nada, si no sirven para ejercitar y aumentar en ti el Espíritu y la Vida de Cristo.

Desde la mañana a la noche, conserva a Cristo en tu corazón, no anheles nada, no desees nada, no esperes nada, sino que todo cuanto que tienes dentro de ti se transforme en el espíritu y temple del Buen Jesús. Que este sea tu Cristianismo, tu Iglesia, tu Religión. Pues este nuevo nacimiento en Cristo, firmemente creído y continuamente deseado de esta guisa, hará todo cuanto tú quieres que se haga en ti: secará todas las fuentes del vicio, detendrá todas las obras del mal en tu naturaleza, traerá a ti todo lo que es bueno, abrirá el Evangelio dentro de ti y sabrás lo que significa ser enseñado por Dios. [p. 39-40]

He aquí, pues, lo que puede servir como piedra de toque para que cada cual pueda comprobar su verdadero estado y situación: si el hombre viejo sigue siendo un mercader dentro de ti, comerciando con toda clase de honores, prebendas y saberes, si la sabiduría de este mundo no es locura y necesidad para ti, si los placeres sensuales y los intereses terrenales son todavía el deseo de tu corazón, cubiertos tan sólo bajo alguna forma de piedad, bajo una capa o costra de credos, observancias e instituciones religiosas, puedes estar seguro de que todavía no has encontrado “la Perla de inestimable valor”.

Pues allí donde ha nacido Cristo, o cuando su Espíritu se alza en el alma, todo yo queda negado y se ve obligado a salir fuera; allí se renuncia con energía a toda sabiduría carnal y a todas las artes de prosperar en esta vida, con la gloria y el orgullo que las acompañan, como si fueran ídolos paganos, y la persona en quien tiene lugar tal proceso no sólo está contenta de ello, sino que se alegra de proclamar que “su reino no es de este mundo”. [p. 40, m]

Pero dirás: ¿no desean todos los cristianos que sea Cristo su Salvador? Sí, pero aquí está el engaño: todos querrían tener a Cristo como Salvador en el otro mundo y que les ayude al morir con Su poder y méritos ante Dios. Pero esto no es querer que Cristo sea tu Salvador; pues Su salvación, si hemos de alcanzarla, tiene que ser conseguida en este mundo; si Él te salva, esto tiene que hacerse en esta vida, cambiando y alterando todo lo que hay dentro de ti, ayudándote a tener un nuevo corazón, de la misma forma que ayudó a ver a los ciegos, caminar a los cojos y hablar a los mudos.

Pues el recibir de Cristo la salvación no significa otra cosa que hacerse semejante a Él: es tener Su humildad y dulzura, Su mortificación y auto-negación, Su renuncia al espíritu, sabiduría y honores de este mundo, Su amor de Dios, Su deseo de hacer la voluntad de Dios y buscar sólo Su honra. Tener engendrados y formados en tu corazón estos humores es recibir la salvación de Cristo; pero si no quieres que estos humores crezcan en ti, si tu fe y deseo no buscan a Cristo ni se los piden, de forma semejante a como el cojo pedía andar y el ciego ver, se puede decir que no quieres que Cristo sea tu Salvador. [p. 41, 2]

¿Hay algo que esté más plenamente fundado en la letra lisa y llana de las Escrituras que la doctrina de la regeneración, un nuevo nacimiento de la Palabra, del Hijo y del Espíritu Santo de Dios, engendrados realmente en el alma? Y, sin embargo, esta letra lisa y llana de las Escrituras, referida a la cuestión más importante de todas, no sólo es pasada por alto por la generalidad de los hombres de serio y sobrio saber, sino que éstos se oponen abiertamente a ella.

Pero esta cuestión no sólo tiene a su favor la letra lisa y llana de las Escrituras, sino que lo que la letra asevera viene absolutamente exigido por todo el espíritu del Nuevo Testamento. Todas las epístolas de los apóstoles arrancan de la certeza de esta gran cuestión.

Un Hijo de Dios, nacido en nuestra naturaleza y unido a ella, de tal modo que su naturaleza sea un nacimiento en nosotros; un Espíritu Santo, respirando en el nacimiento y vida de nuestras almas; animando la muerta vida del Adán

caído, es la letra y el espíritu de los escritos apostólicos, fundados en la letra lisa y llana de las propias palabras de nuestro Señor: que a menos que nazcamos de nuevo desde lo alto, del Hijo, de la Palabra, del Agua y del Espíritu de Dios, no podremos ver el Reino de los Cielos ni entrar en él. [p. 85, 3]

El amor es el gran *Fiat* creador que engendró todas las cosas que son distintas de Dios y es el único principio actuante que mueve a las cosas y que efectúa todo cuanto se hace en la naturaleza y la criatura. El amor es el principio de la generación desde la más alta criatura hasta la más baja; es el primer comienzo de toda semilla de vida. Todas las cosas reciben de él su forma; todo lo nacido nace a semejanza, y con la fecundidad, de ese mismo amor que lo genera y sostiene. Y esta es su propia semilla de amor que cada ser porta dentro de sí y que constituye su poder de fecundar dentro de su especie.

El amor es el poder mágico, santo y celestial de la Deidad, el primer *Fiat* de Dios, siendo los ángeles y seres eternos sus primeros partos o nacimientos. La Deidad se regocija contemplando las imágenes ideales que brotan y aparecen en el espejo de su eterna Sabiduría. Este gozo se torna deseo amoroso de tener criaturas vivientes con la forma de tales ideas; y semejante deseo amoroso es el Padre celestial procreador del que nacen los ángeles y todos los seres eternos.

Todo nacimiento que se produzca en la naturaleza es consecuencia de este primer y prolífico amor de la Deidad y engendra y procrea a partir de aquello que se inició con el primer nacimiento. Es esto lo que permite afirmar que, a través de toda la escala de los seres, desde la cima a la base de la naturaleza, el amor es el principio uno y único de la generación de toda vida: cada cosa engendra a partir del mismo principio y por el mismo poder por los que fue engendrada. [p. 103, 2– 104, p]

No te asombre, por tanto, amigo mío, que Adán, permaneciendo en el poder de su primer nacimiento, tuviera un poder divino de engendrar seres semejantes a él. Todo el Evangelio da testimonio del nacimiento celestial que deberíamos haber recibido de Adán. Este nacimiento a partir de Adán es todavía el único propósito de Dios y tiene que ser el único camino para todos aquellos que aspiran a elevarse, con Cristo, a la igualdad con los ángeles de Dios.

Todos tienen que ser hijos de Adán; pues todos los que han nacido de hombre y mujer deberán dejar a un lado este nacimiento contaminado y nacer de nuevo de un segundo Adán, en la misma perfección de aquella naturaleza angélica que habrían recibido del primer Adán antes de que su Eva se separara de él.

Es una innegable verdad del Evangelio que estamos llamados a este nuevo nacimiento, de naturaleza enteramente diferente del que hemos recibido de hombre y mujer, o de lo contrario no habrá salvación. De la lectura del Evangelio resulta cierto que el nacimiento que recibimos de Adán, dividido en macho y hembra, no es el nacimiento que tendríamos que haber recibido, siendo ésta la razón de que necesitemos nacer de nuevo de un segundo Adán, que habrá de engendrnos otra vez en aquella pureza y potencia divinas en la cual y por

medio de la cual tendríamos que haber nacido del primer Adán angélico.³
[p. 104]

Cristo es llamado el segundo Adán por la sencilla razón de que ocupa el puesto del primero, siendo su misión hacer aquello que éste debería haber hecho. De Él hemos de recibir una nueva carne y sangre celestiales, que se alzarán en nosotros gracias a un poder espiritual superior al modo ordinario de nacimiento en este mundo.

Todo lo que recibimos del segundo Adán es una prueba de lo que deberíamos haber recibido del Adán primero. En el primer Adán, un amor divino tenía que haber engendrado una santa y sagrada descendencia. Una fe divina ocupa ahora su lugar, en el segundo nacimiento, y habrá de generar un nuevo parto del segundo Adán, comiendo su carne y bebiendo su sangre. Y todo ello gracias al mismo poder divino por medio del cual deberíamos haber recibido un nacimiento de la carne y sangre angélicas de nuestro primer padre. [p. 105, p]

El nacimiento que hemos recibido de Adán, escindido en macho y hembra, es considerado a lo largo de todas las Escrituras como un nacimiento de miseria, de vergüenza, de polución, de carne y sangre pecaminosas, siendo esta la razón y fundamento de por qué tenemos que nacer de nuevo de otra carne y sangre antes de poder entrar en el Reino de los Cielos.

Por lo tanto, esta verdad –que teníamos que haber recibido de Adán un nacimiento celestial— no se desprende de este o aquel texto particular de las Escrituras, sino que es afirmado por la entera naturaleza de nuestra redención, y por todo el espíritu íntegro de las Escrituras, en las cuales nuestro nacimiento en y desde este mundo se nos presenta como vergonzoso, al igual que el del potro de un asno salvaje, y se nos llama a un nuevo nacimiento de lo alto, como algo absolutamente necesario si el hombre ha de ocupar un lugar entre los ángeles de Dios.

De la doctrina transmitida por las Escrituras, se puede afirmar que Cristo se convirtió en nuestro segundo Adán para ayudarnos a tal nacimiento, afirmación que resulta tan cierta como que deberíamos haber tenido ese mismo nacimiento de nuestro primer padre, el cual, si no hubiera caído, no habría necesitado de ningún redentor para su descendencia, y, por lo tanto, habría sido capaz de dar a luz ese mismo parto o nacimiento que recibimos de Cristo, pero que no nos podría venir del nacimiento de hombre y mujer.

Citaré un pasaje que viene muy a propósito, extraído de la segunda epístola de San Clemente, obispo de Roma que vivió en la época misma de los Apóstoles. Refiere que, al ser Cristo preguntado sobre cuándo vendría su Reino, dio esta respuesta: “Cuando dos cosas se hagan una, y lo que es exterior sea como lo que es interior, el macho con la hembra, ni hombre ni mujer”.

³ En estos párrafos Law hace una clara alusión a la idea de la perfección andrógina en que, según el mito judeo-cristiano, fue creado Adán, el primer hombre, y que de nuevo aparece en Cristo, en su calidad de “Segundo Adán”. Punto éste en el que las tradiciones hebrea y cristiana coinciden con la doctrina platónica y otras enseñanzas sapienciales de Oriente y Occidente.

No serán aquí necesarios comentarios sobre esta cita. Me limitaré a apuntar que el significado de las palabras *Cuando lo que es exterior sea como lo que es interior*, parece ser lisa y llanamente el siguiente: cuando la vida o nacimiento exterior llegue a ser como es la vida angélica interior; entonces el nacimiento será uno, macho y hembra en uno, y habrá llegado el Reino de Dios.

Palabras casi idénticas son recogidas por Clemente de Alejandría, con una ligera alteración, cuando pone en boca de nuestro Señor la siguiente respuesta a la misma pregunta formulada por Salomé: “Cuando os hayáis quitado la vestimenta de la vergüenza y la ignominia, y cuando de dos resulte uno, macho y hembra unidos, ni hombre ni mujer”. La vestimenta de la vergüenza y la ignominia es sencillamente esa ropa de carne y sangre a la vista de la cual Adán y Eva se sintieron avergonzados. [p. 105 – 106, 1]

No hay aquí ninguna condena del matrimonio como ilegítimo, como tampoco la hay de Dios por haber mantenido el estado y vida de este mundo. La continuación del mundo, aunque caído, es un ejemplo y prueba gloriosa de la Bondad de Dios, que ha hecho posible que una raza semejante de ángeles renacidos pueda ser engendrada en él. Es, pues, una ventura que dispongamos de un mundo como este para nacer en él, ya que nacemos únicamente para nacer de nuevo a la Vida del Cielo.

Ahora bien, el matrimonio tiene la naturaleza de este mundo caído; pero es el medio designado por Dios para elevar la simiente de Adán a su plenitud. Honorable es, por tanto, el matrimonio en nuestro estado caído, y es un hecho feliz para el hombre que su vida provenga de él, ya que le ayuda a conseguir el poder de convertirse eternamente en un Hijo de Dios. [p. 106, f – 107, f]

Nuestro corazón está siempre lejos de Dios, a menos que el Espíritu de Cristo viva en él. Pero nadie posee el Espíritu vivo de Cristo, sino quien en su entera forma de vivir camine como Él caminó.⁴ Reflexiona sobre estas palabras del Apóstol: “mi pequeños discípulos, en cuyo parto y nacimiento me afano, hasta que Cristo se haya formado en vosotros”. He aquí la suma integral de todo; si esto falta, todo falta.

“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, aunque tuviera el don de profecía y aunque tuviera tanta fe que pudiera mover montañas, de nada me serviría si no tengo caridad”, dice San Pablo, Y por caridad el Apóstol entiende aquí, ni más ni menos, la misma cosa que en otros lugares llama “la nueva criatura”, “Cristo formado en nosotros”, y el dejarnos guiar por el Espíritu de Cristo. Según el Apóstol nada nos sirve ni beneficia sino la nueva criatura, el Espíritu de caridad que aquí ha quedado descrito. Esta caridad y este nueva criatura son dos expresiones diferentes para designar la una única y misma cosa: el nacimiento y la formación de Cristo dentro de nosotros. [p. 128, m]

Buscar la salvación en otra cosa que no sea la Luz de Dios dentro de nosotros, el Espíritu de Dios operando en nosotros, el nacimiento de Cristo

⁴ Para referirse a la manera de vivir, Law usa aquí, al igual que en otros párrafos de su obra, la palabra *conversation*, usada antiguamente para designar el modo de vida o los hábitos que configuran la conducta de una persona, término éste hoy en desuso que podría interpretarse como una alusión a la conversación o diálogo itinerante, conversación con Dios y con el prójimo, que es la vida.

realmente generado en nosotros, significa poseer una mente carnal, tan ignorante de Dios, del hombre y de la salvación como lo estaban los judíos cuando tenían sus corazones puestos en la gloria del servicio de su Templo y en un salvador temporal que lo defendiera con su poder asimismo temporal. Pues todo aquello que no sea la Luz y Espíritu de Dios dando a luz a Cristo en el alma, sea lo que sea, no contiene ni puede contener más salvación que un salvador temporal.
[p. 130, 3]

Toda religión no es sino obra muerta, en tanto no sea obra del Espíritu de Dios. Sacramentos, oraciones, cantos y sermones son tan sólo otras tantas maneras de mantenernos fervientes en el Espíritu y abandonarnos cada vez más al Espíritu de la acción interna, iluminadora, vivificante y santificante del Espíritu de Dios dentro de nosotros. Y todo ello con este único fin: que se aparte de nosotros la maldición de la caída, que la muerte sea devorada por la victoria, y se forme en nosotros una naturaleza verdadera y realmente semejante a la de Cristo, por obra del mismo Espíritu por el que fue formado en la Santa Virgen María.
[p.129, m]

CIELO E INFIERNO: LA DOBLE NATURALEZA DEL HOMBRE

He aquí la doble naturaleza del hombre. Cada ser humano lleva dentro de sí un poder redentor, la mansedumbre y suave docilidad de la Vida celestial, a lo que se da el nombre de “Cordero de Dios”. Pero esta semilla está rodeada, envuelta o cercada, por la bestia de los apetitos carnales, por el dragón de la ira ardiente y por la serpiente de la astucia, el engaño y la malicia. En esto consiste la gran prueba o el gran combate de la vida humana: decidir si una persona quiere vivir para las pasiones de la bestia, la fullería de la serpiente, la soberbia y la cólera del dragón, o, por el contrario, entregarse a la mansedumbre, la paciencia, la dulzura, la sencillez y la humildad del Cordero de Dios.

Aquí radica todo el meollo de la relación entre Dios y la criatura. Por un lado, fuego y cólera, despertadas primero por los ángeles rebeldes; y por otro lado, la docilidad del Cordero de Dios, la paciencia del Amor divino que descende del Cielo, para detener y vencer al fuego y la cólera que han irrumpido en la naturaleza y la criatura.

Tu padre Adán te ha introducido en el fuego y la cólera de los ángeles caídos, en un mundo en el que ha desaparecido el Paraíso. Tu carne y sangre están encendidas en este pecado, que en un primer momento engendró al Caín asesino. Pero no pierdas la serenidad, mi querida alma, pues la Mansedumbre, el Amor, el Corazón, el Cordero de Dios se ha hecho hombre, se ha introducido en el nacimiento de tu propia vida, para que en Él y con Él, y naciendo de Él, el Cielo y el Paraíso se puedan abrir dentro y fuera de ti, no durante un tiempo, sino para toda la Eternidad. [p. 73]

Todo hombre en este mundo se encuentra esencialmente en el Cielo y en el Infierno, tanto por lo que se refiere a aquello que está dentro de él como a aquello que está fuera de él; pues los dos, el hombre y el mundo, están ambos en el mismo estado caído.

La maldición de la tierra es para la naturaleza exterior lo mismo que supuso la pérdida de la Vida divina para el alma de Adán. El mundo entero, en toda su naturaleza, no es sino una mezcla real de Cielo e Infierno. El sol y el agua de este mundo son las fuerzas que vencen y mantienen sojuzgados al fuego, la cólera y las tinieblas del Infierno, sosteniendo la vida animal y vegetal que hay en él. La luz del sol bendice todas las actividades de los elementos, al tiempo que la fresca y suavizante esencia del agua mantiene a raya el fuego y la cólera de la naturaleza.

En todas las criaturas animales, el nacimiento de la luz en su propia vida y el agua de su propia sangre, producidos ambos por la luz del sol y por el agua de la naturaleza externa, dan a luz un orden de las criaturas terrenas, que puede disfrutar del bien que hay en este mundo, a pesar de la cólera del Infierno y de la malicia de los diablos.

Pero el hombre tiene más que todo esto; pues, habiendo sido creado inicialmente como un ángel, y pretendiendo la Misericordia de dios que volviera

a ser un ángel de nuevo, tiene la Luz del Cielo y el Agua de la Vida eterna, entregados ambos a Adán en aquella Simiente de la Mujer que habría de aplastar la cabeza de la serpiente, o sea, vencer la maldición, el fuego y la cólera, o el infierno, que se habían despertado en el alma caída. De tal modo, que el hombre no tiene sólo, en común con los demás animales, la luz y el agua de la naturaleza exterior para apagar la ira de su propia vida en este mundo mezclado, sino que tiene la mansedumbre, la luz, el amor y la humildad del Sagrado Jesús, como una semilla de vida que nace en su alma para dar a luz a aquella primera imagen de Dios en la que Adán fue creado.

He aquí, amigo mío, el verdadero fundamento de toda auténtica religión: no significa nada ni pretende nada, sino vencer la vida terrenal que venció a Adán en la caída, haciéndole prisionero del Infierno y esclavo del corrupto funcionamiento de la carne y la sangre terrenales. [p. 73, 3 - 74]

Antes de que el caos entrara en el nuevo orden [que es la Creación, y en el primer día de la misma], Dios dijo: “Hágase la luz, y la luz se hizo”. Esta luz, amigo mío, no era la luz de este mundo, que ahora es gobernado por la alternancia de día y noche; pues el sol, la luna y las estrellas no fueron creados hasta el cuarto día. La luz que Dios emitió con su palabra era, un grado o nivel del Cielo, enviado con la orden de lanzar un destello en las hondas tinieblas que llenaban toda la profundidad del caos, penetrando a través de todos los resquicios y entremezclándose por todas partes. No convirtiendo la totalidad en una región de luz, sino únicamente ajustando, disponiendo y preparando cada parte, con su virtud vivificante, para adoptar el cambio que habría de introducir cada día sucesivo de la Creación, dentro y fuera de esta tenebrosa hondura.

Pues la oscuridad es muerte, y la luz es vida. Esta fue la naturaleza y obra de esa primera luz que Dios sacó el primer día: era Dios bautizando el caos muerto con el espíritu de vida, para que pudiera ser apto para la resurrección en una nueva Creación.

Aquí puedes ver la uniformidad del proceder divino con respecto tanto a la naturaleza como a la criatura caídas. Al caer la criatura (el hombre), su redención comenzó en el acto por medio del cual Dios habló o sembró mediante la palabra en el nacimiento de su vida una semilla de luz, llamada “la simiente de la mujer”. Esto era lo único que podía facultarle para la nueva Creación en Jesucristo. Cuando la naturaleza cayó, su restauración comenzó del mismo modo: se ordenó a la luz que penetrara en ella, o más bien que se levantara en ella. En esto consistía su poder o posibilidad de salir de su estado caído.

No te asombres de que haya llamado a esta primera luz del primer día un grado del Cielo; pues la luz es natural y esencial al Cielo, inseparable de él; pertenece únicamente al Cielo; y cuando está en otro lugar, dondequiera que sea, está allí tan sólo como un don del Cielo. Y, por lo tanto, en este mundo habrá tanto más del Cielo, cuanto más haya en él de luz.

Las tinieblas son naturales y esenciales al Infierno, inseparables de él; y no pueden estar en ninguna parte, sino donde el Infierno puede abrirse y manifestarse en un grado mayor o menor. Y allí donde las tinieblas se manifiestan, y en la medida en que lo hagan; en ese mismo lugar, y en la misma medida, se podrá conocer y sentir la naturaleza del Infierno.

Este mundo está hecho de luz y oscuridad, no sólo porque se divida en el día y la noche, sino porque toda cosa creada es en sí misma una mezcla de luz y oscuridad. La oscuridad es el mal, y la luz es el bien que hay en todo. [p. 79, f – 80, 2]

El mal no es otra cosa que la ira, el fuego y la oscuridad separada de Dios. El castigo, el dolor o el infierno del pecado no es una pena preparada o impuesta de forma arbitraria por Dios, sino el estado natural y necesario de la criatura que abandona a Dios o se aparta de Él. La voluntad de la criatura es la única fuerza abridora de todo el mal o el bien que pueda haber en ella. La voluntad se halla entre Dios y la naturaleza, y en todas sus operaciones tiene que unirse bien con Dios, bien con la naturaleza. La voluntad totalmente resignada y entregada a Dios es un espíritu con Dios y Dios mora en ella; la voluntad que se ha apartado de Dios queda prisionera de la ira, el fuego y la oscuridad de la naturaleza.⁵

Aquí vemos cómo y por qué una criatura puede perder toda su felicidad y perfección, muriendo a ellas, y convertirse de hermoso ángel en feo y deforme diablo. Esto se debe a que la naturaleza no tiene en sí belleza, felicidad ni perfección, sino únicamente a partir de la manifestación o nacimiento en ella de la Santa Trinidad. Dios manifestado en la naturaleza es la única bendición, felicidad y perfección de esta última. Por consiguiente, la criatura que al hacer entrar en acción su voluntad se separa de Dios tiene que sufrir un cambio tan enorme como es el de convertir el Cielo en Infierno, forzada a vivir, pero sin poder tener otra vida que la de su propio corrosivo gusano abandonado a sus propias tendencias malsanas.

He aquí, pues, el hondo fundamento y la absoluta necesidad de la redención cristiana, que ha de tener lugar por un nacimiento desde lo alto de la Luz y el Espíritu de Dios. Y ello se debe a que la naturaleza no es en sí nada más que un fuego vital airado y hambriento, una oscuridad atormentadora, en tanto la Luz y el Espíritu de Dios no la hayan encendido haciendo de ella un Reino de los Cielos. Y por lo tanto, el alma caída no puede encontrar ningún alivio ni redención; tendrá que ser para toda la eternidad un espíritu vital hambriento, oscuro, furioso y torturador, a no ser que la Luz, o el Hijo y Espíritu de Dios, nazca de nuevo en ella. [p. 81, 3-4]

No hay ni puede haber más que una sola felicidad y una sola miseria. La única miseria es la naturaleza y la criatura abandonadas a sí mismas; la única felicidad es la Vida, la Luz y el Espíritu de Dios manifestados en la naturaleza y la criatura. Este es el verdadero significado de las palabras del Señor cuando dice: “No hay nadie bueno sino Dios” (“Solamente hay uno que sea bueno, y ese es Dios”). [p. 81, f; 82, 1]

Mientras el hombre permaneció en su primera perfección, sin apartarse de Dios, el mundo estaba bajo sus pies, el Paraíso era el elemento en que vivía, el Espíritu de Dios era su vida, el Hijo de Dios era su luz; estaba en el mundo, pero tan por encima de él y distinguiéndose tanto de él, sin que pudiera herirle, como un ángel, que sólo viene al mundo con una misión divina. El mundo entero era

⁵ Law utiliza aquí el término “naturaleza” en el sentido de realidad creada que pretende afirmarse al margen del Orden divino, ignorando a Dios o colocándose frente a Él.

un regalo puesto en sus manos; a él fue confiado su mantenimiento o su caída; según como obraran su mente y su voluntad terminaría triunfando el Paraíso o una tierra maldita.

Con esta nueva Creación Dios alteró de tal modo el estado colérico del reino caído de Lucifer, que el mal que irrumpió con él, quedó oculto y vencido por el bien. El hombre fue así creado y puesto en este nuevo estado con este único fin: que un ángel humano mantuviera vivo el Paraíso y engendrara un ejército paradisiaco de ángeles en el mismo lugar donde los ángeles caídos habían engendrado y difundido su maldad.

Pero estas grandes cosas dependían de que Adán se conformara a los designios de Dios y viviera sobre este mundo en el estado en el que Dios le había creado. No podía conformarse a los designios de Dios de otra forma que por medio de la rectitud de su voluntad, queriendo lo que Dios quiso, tanto en su creación como en la del mundo. [p. 109]

Así como la rectitud celestial de su voluntad mantuvo en la Tierra los poderes celestiales del Paraíso, en el momento en que su voluntad comenzó a volverse terrenal, abrió una brecha para el mal natural que se ocultaba en la Tierra, de tal modo que le hizo producir un árbol a su propia semejanza. La Tierra tenía entonces, como ahora, poder para producir un árbol de su propia naturaleza, es decir, bueno y malo, pero el Paraíso era el poder celestial que le impedía generar tales productos. Pero cuando el guardián del Paraíso apartó de Dios y del Paraíso uno de sus deseos, dirigiéndolo hacia un mal conocimiento, el Paraíso perdió algo de su poder, y la maldición o maldad, oculta en la Tierra, pudo generar un árbol malo.

Pero mira ahora la bondad y compasión de Dios hacia su criatura equivocada: tan pronto como Adán, abusando de su poder y libertad, dio lugar al nacimiento de este árbol del mal, el Dios del Amor le informa de su terrible y nefasta naturaleza, le ordena que no coma de él, asegurándole que es la muerte lo que en él se oculta, y que encontraría la muerte a su vida angélica en el momento en que comiera de su fruto. [p. 109, f – 110, p]

La verdadera historia de la caída de Adán es, por tanto, la de un declive gradual, o una progresiva tendencia de su voluntad, desde la vida del Paraíso hacia la vida de este mundo, hasta que acabó por completo caído en él y engullido por él. El primer comienzo de su apetito o lascivia hacia este mundo fue el primer comienzo de su caída, de su abandono de la vida del Cielo y del Paraíso; y su acción de comer del árbol terrenal fue el último paso en el camino que le llevaría a caer bajo el poder absoluto de este mundo. Esta fue la verdadera naturaleza de su caída.

Por el contrario, todo lo que vemos en el lado divino es una ayuda gradual, administrada por Dios a esta criatura que va cayendo; una ayuda adecuada a cada nivel de su caída, hasta que al final, en la consumación de su caída, le fue dado un Redentor universal de él y de su posteridad por medio de un Segundo Adán, para que regenerara la simiente íntegra del Adán primero. [p. 110, 3]

De la visión del hombre que nos ofrecen las Sagradas Escrituras, adquirimos la certeza de que en él hay una triple naturaleza: 1. Es el hijo de un ángel caído; 2. Es hijo de un varón y una hembra en este mundo bestial; 3. Es hijo del Cordero de Dios y tiene de nuevo un linaje y nacimiento del Cielo en su alma.

De ello se deduce que todo cuanto tenemos que temer, odiar y renunciar, así como todo cuanto tenemos que amar, desear y pedir por medio de la oración, está por entero dentro de nosotros. Nadie puede ser miserable, sino cayendo como víctima propicia de sus pasiones, inclinaciones y humores interiores; al igual que nadie puede ser feliz, sino vencándose a sí mismo.

¡Qué ridículo sería a tus ojos un individuo que se atormentara y torturara porque en América el campo no está bien cultivado! Pues bien, cualquier cosa que no esté dentro de ti, que no tenga el nacimiento y crecimiento en tu propia vida, se halla a la misma distancia de ti, es tan extraño a tu felicidad o miseria, como una historia americana. Tu vida es todo lo que tienes; y nada forma parte de ella o produce una alteración en ella, sino el bien o el mal que haya en las obras, acciones y operaciones de tu propia vida. [p. 111, f – 112, p]

¡Pobres mortales! ¿Cuál es el único deseo y anhelo de vuestros corazones? ¿Qué es eso que llamáis felicidad y objeto de regocijo? ¿No usáis tales expresiones cuando todo lo que tenéis alrededor os ayuda a situaros en una posición más elevada, alimenta de lleno vuestro auto-aprecio y gratifica todo orgullo y soberbia de la vida? Y, sin embargo, la vida misma significa la pérdida de todo, a no ser que vencamos el orgullo y la soberbia.

Deteneos por un instante en la contemplación de esta gran verdad. Es una verdad tan inalterable como Dios; está escrita y pronunciada a través de la naturaleza entera; Cielo y Tierra, las ángeles caídos y los hombres redimidos, todos dan testimonio de ella.

La verdad es esta: la soberbia tiene que morir en ti, o de lo contrario no podrá vivir en ti nada del Cielo. Bajo la bandera de tal verdad, entrégate al humilde y manso Espíritu del Santo Jesús, el vencedor de todo fuego, toda soberbia y toda cólera. He aquí la Verdad una y única, el único Camino y la única Vida. No hay ninguna otra puerta abierta que conduzca al redil de Dios. Todo lo demás es obra del diablo en la naturaleza caída del hombre. La humildad tiene que sembrar su semilla, o de lo contrario no habrá cosecha en el Cielo. No mires a la soberbia sólo como un humor impropio, ni a la humildad como a una virtud decente; pues la una es toda ella infierno, y la otra es Cielo por entero.

Cuanto más tengas de soberbia, tanto más tendrás vivo en ti de los ángeles caídos; cuanto más tengas de verdadera humildad, tanto más tendrás del Cordero de Dios dentro de ti. [p. 89, f – 90, 2]

En el momento en que no estás movido, vivificado e inspirado por Dios, estás infaliblemente movido y dirigido por el espíritu de Satanás, o del mundo, o de ambos a la vez. Y la razón de ello es que el alma del hombre es un espíritu, y una vida, que en la totalidad de su ser no es sino un nacimiento tanto de Dios como de la naturaleza. Y, por ello, en cada momento de su vida tiene que vivir en unión y conjunción, bien con el Espíritu de Dios que gobierna la naturaleza,

bien con el espíritu de la naturaleza caída y separada de Dios. Como criaturas nos encontramos, por tanto, en la necesidad de estar bajo el impulso, guía e inspiración de algún espíritu, que es más y mayor que el nuestro. Lo único que está en nuestro poder es la elección de nuestro líder; pero por fuerza tenemos que ser movidos y dirigidos. Y lo seremos por aquel espíritu al que nos entregamos, ya sea el Espíritu de Dios o el espíritu de la naturaleza caída.

El buscar estar siempre bajo la guía e inspiración del Santo Espíritu de Dios, y actuar por un inmediato poder que de Él dimana, no es entusiasmo orgulloso y soberbio, sino pensamiento sobrio y humilde, tan conveniente para nuestro estado como el renunciar al mundo y al demonio. Pues no renunciamos ni podremos renunciar a ellos jamás sino en la medida en que el Espíritu de Dios viva, aliente y se mueva en nosotros. Y esto por una sencilla razón: porque nada es contrario al espíritu de Satanás y del mundo, nada obra ni puede obrar contra dicho espíritu perverso sino el Espíritu del Cielo. [p. 129, f- 130, p]

¿Qué es el Infierno? Es la naturaleza privada de la Luz y el Espíritu de Dios y llena tan sólo de su propia oscuridad; ninguna otra cosa puede hacer de ella el Infierno.

¿Qué es el Cielo? Es la naturaleza vivificada, iluminada, bendecida y glorificada por la Luz y el Espíritu de Dios que moran en ella.

¿Qué otra posibilidad puede haber, por tanto, de separarnos del Infierno, o de apartarnos de todo lo que es infernal en nosotros, sino conseguir que la Vida, la Luz y el Espíritu de Dios vivan y actúen en nosotros?

Y aquí podéis ver una vez más, amigos míos, con la mayor claridad, por qué la salvación no es otra cosa que el nuevo nacimiento de una naturaleza semejante a la de Cristo: porque cualquier otra cosa que no sea este nacimiento y vida del Espíritu es únicamente el espíritu de Satanás o el espíritu de este mundo. [p. 130, 2]

EL REINO DEL EGO

Supón que hubieras visto un ángel descendiendo del Cielo, el cual te hubiera hecho vislumbrar algo de su interno resplandor y de esa gloriosa unión en la que vive junto a Dios, abriéndose así a la visión interior de tu mente más de lo que tú mismo pudieras olvidar o relatar. Supón que te hubiera contado con una palabra penetrante y con una muy viva impresión, que todo su resplandor angélico y celestial se hallan ocultos en ti mismo, velados a tu mirada por una cobertura bestial de carne y sangre; que esta carne y sangre se ha hecho dueña y señora de dicho resplandor, impidiéndole lucir, respirar, moverse y nacer a la vida en ti.

Supón que el mencionado ángel te hubiera dicho que has gastado tu vida entera en dar cada vez más poder a esa carne y sangre sobre tu propio ser, en impedirte conocer y sentir esa Vida divina que hay dentro de ti. Supón que te hubiera hecho ver que has vivido hasta ahora en la más grosera idolatría de tu propio yo, amándote, sirviéndote, honrándote y adorándote a ti mismo, en vez de amar, servir, honrar y adorar a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y todo tu espíritu, que todas tus intenciones, proyectos, preocupaciones, placeres e indulgencias no habían supuesto otra cosa que un tremendo esfuerzo para llevarte a la tumba en una completa ignorancia de aquella gran obra para la cual naciste únicamente en el mundo.

Supón que el ángel te hubiera dicho que toda esta insensibilidad y ceguera de tu estado presente, te la impones a ti mismo de manera voluntaria y obstinada porque osadamente has despreciado y resistido todas las llamadas, tanto internas como externas, de Dios a tu alma, todas las enseñanzas, hechos y sufrimientos del Hijo de Dios para redimirte. Supón que te dejara con la siguiente despedida: Despierta, oh hombre; tu tarea es enorme, y dispones de poco tiempo; yo soy tu última trompeta. La tumba clama pidiendo tu carne y sangre; tu alma ha de entrar en una nueva morada. Nacer de nuevo es ser y hacerse un ángel; no nacer de nuevo es convertirse en un diablo.

Dime ahora, ¿Qué se podría esperar de un hombre que ha sido despertado y taladrado por la voz de un ángel? ¿Serías capaz de pensar que todavía le queda algún seso y sentido, si no se ha lanzado a la más profunda humildad, autoabatimiento y aborrecimiento de sí mismo? Te lo imaginarás lanzándose con un corazón roto a los pies de la Misericordia divina, no deseando nada sino que, a partir de ese momento, todos los instantes de su vida pueda estar entregado a Dios, en la más perfecta negación de cualquier humor, temple, inclinación o voluntad que haya nutrido la corrupción de su naturaleza: anhelando y rogando desde el fondo de su corazón que Dios le guíe hacia y a través de todo aquello que tanto interna como externamente pueda destruir las perversas influencias de su naturaleza, y despertar todo lo que es santo y celestial dentro de él; haciendo todo lo posible para que la semilla de la Eternidad, la chispa de la Vida, que durante tanto tiempo él mismo ha apagado, ahogado y sofocado bajo la basura terrenal, respire y vuelva en él de nuevo a la vida. [p. 70-71]

Es hora de entrar en esta gran verdad. Acabas de salir del sueño de la vida y empiezas a ver con nuevos ojos la naturaleza de tu salvación. Has quedado fascinado con el descubrimiento de un Reino de los Cielos oculto dentro de ti y ansías se te hable cada vez más acerca de la naturaleza, progreso y perfección del nuevo nacimiento o sobre el abrirse del Reino de Dios en tu alma.

Pero, amigo mío, detente un momento. Es sin duda una gran alegría el encontrar “la Perla de gran valor”; pero tienes que percartarte de que no será tuya, no entrarás en posesión de ella, hasta que, como hizo el mercader, vendas todo lo que tienes y la compres. Ahora bien, el yo es todo lo que tienes, es tu única posesión; no tienes bienes que sean tuyos propios; nada es tuyo sino tu yo. Las riquezas del yo son tus propias riquezas; pero tienes que desprenderte de todo ese yo antes de que la Perla sea tuya.

Piensas en un precio menor o no estás dispuesto a dar tanto por ella; te excusas diciendo que ya cumples los mandamientos: entonces eres como el joven rico del Evangelio, que se apartó triste de nuestro Señor, cuando éste le dijo “si quieres ser perfecto” --es decir, si quieres conseguir la Perla— “vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres”. Lo que es tanto como decir: muere a toda posesión del yo, y entonces habrás dado a los pobres todo cuanto tienes; todo cuanto tienes será consagrado al amor de Dios y de tu prójimo y usado para servirles.

Este venderlo todo es la medida de tu muerte al yo. Todo lo que a él se refiera ha de ser abandonado; pues es una naturaleza apóstata, una vida robada, engendrada y criada en rebeldía contra Dios; es un continuo distanciarse de Él. El yo corrompe todo lo que toca; mancilla todo cuanto recibe; convierte todos los dones y bendiciones de Dios en avaricia, parcialidad, soberbia, odio y envidia. Todos estos humores e inclinaciones nacen, son alimentados y cultivados en el yo; no tienen otro lugar donde vivir ni gozan de otra posibilidad de existencia sino en la criatura que ha caído desde una vida en Dios para sumirse en una vida egótica, en la vida del yo. [pp. 71-72]

¿Qué es el yo, que tantas cosas y tan importantes dependen de él?

Es el infierno, el diablo, la oscuridad, el dolor, la inquietud y el desasosiego. Es el enemigo único y exclusivo de Cristo, el gran Anticristo. Es la prostituta escarlata, el dragón de fuego, la vieja serpiente, la bestia devoradora que se mencionan en el Apocalipsis de San Juan.

El yo o ego contiene todo lo que el hombre ha de temer y aborrecer, todo lo que tiene que resistir y evitar. Pero, amigo mío, te puedo asegurar que, por muy indiferente y alborozado que esté el mundo, todo hombre que nace en él, tiene que vencer a todos estos enemigos dentro de sí mismo. Y todo hombre, en tanto no esté todavía en el camino de la regeneración, está gobernado por ellos en mayor o menor medida.

No hay ningún infierno que esté situado en algún lugar remoto, ningún diablo que esté separado de ti, ninguna oscuridad o dolor que no estén dentro de ti, ningún Anticristo en Roma ni en Inglaterra, ninguna bestia furiosa, ningún dragón de fuego fuera o aparte de ti, que te puedan hacer daño alguno. Es tu propio infierno, tu propio diablo, tu propia bestia, tu propio anticristo, tu propio

dragón, que vive en la sangre de tu propio corazón, el que te puede lastimar y dañar.

Muere a este yo, a esta naturaleza interna, y entonces habrás vencido a todos los enemigos exteriores. Vive para este yo, y entonces, cuando semejante vida egótica se exteriorice, todo lo que llevas dentro, así como todo lo que hay fuera de ti, no será otra cosa que un mero ver y sentir este infierno, esta serpiente, esta bestia y este dragón de fuego. [p. 72-73]

La codicia y la sensualidad de todo tipo son la bestia devoradora; la religión gobernada por un espíritu mundano y mercantil, y buscando satisfacer el interés parcial de la carne y la sangre, no es sino la ramera escarlata; la malicia, la astucia y la arteria son la esencia misma de la vieja serpiente; el interés por uno mismo y la exaltación del yo son la entera naturaleza del Anticristo; soberbia, persecución, ira, odio y envidia constituyen la entraña del dragón de fuego. [p. 74, f]

Esta es la naturaleza humana caída, y este es el hombre viejo que está vivo en todos y cada uno de nosotros, aunque en formas diversas, en tanto no hayamos vuelto a nacer desde arriba. El pensar, por consiguiente, sobre cualquier cosa en materia de religión o el pretender poseer una santidad real, sin morir por completo a este hombre viejo, es construir castillos en el aire, y de ello no puede salir nada si no es Satanás en forma de ángel de la luz.

¿Quieres saber a qué se debe que en este mundo hayan aparecido muchos falsos espíritus que se han engañado a sí mismos y han engañado a los demás con un falso fuego y una falsa luz, atribuyéndose inspiraciones, iluminaciones y aperturas a la Vida divina, o pretendiendo hacer milagros bajo una llamada extraordinaria de Dios? La razón es esta: se han dirigido hacia Dios sin haberse apartado de sí mismos y han pretendido vivir en Dios sin haber muerto antes a su propia naturaleza; una cosa tan imposible en sí misma, como lo es para un gran o de trigo el estar vivo antes de morir. [p. 75, 1]

VII

LA MUERTE DEL YO Y EL SURGIR DEL HOMBRE NUEVO

No hay ni puede haber más que una verdadera religión para el alma caída, y esta no es otra que el morir al ego, a la naturaleza y la criatura, y un volverse con toda la voluntad, con todo el deseo y deleite del alma hacia Dios. Sin esto, los sacrificios, ofrendas, oraciones, ritos y ceremonias no son más que sonora fanfarria y resonantes timbales. La cuestión no está en el celo, la constancia, el calor y el fervor de tales prácticas religiosas; pues la naturaleza y el amor propio pueden llevar a cabo todo eso. Pero dichas prácticas religiosas sólo son, empero, parte de la verdadera religión cuando no significan ni buscan otra cosa sino mantener una continua muerte para el yo y para todas las cosas mundanas, haciendo que la voluntad, el deseo y el deleite del alma se dirijan únicamente hacia Dios.

No hay ni puede haber más que una única salvación para el alma caída, y esta consiste en que el Cielo se abra de nuevo en el alma por el nacimiento de una Vida, una Luz y un Espíritu semejantes a los que nacen en los ángeles. Pues Adán fue creado para poseer el Cielo desde el cual cayeron los ángeles; pero nada puede entrar en el Cielo sino la vida angélica, nacida del Cielo. La pérdida de esta vida angélica fue la caída de Adán, aquella muerte que murió el día que comió del fruto terrenal. Por consiguiente, la regeneración, o nuevo nacimiento de esta primera vida angélica, es la única salvación para el alma caída. No preguntes por tanto si nos salvamos por la fe o por las obras, ya que no nos salvamos ni por una ni por las otras. La fe y las obras, en un principio, son sólo preparatorias para el nuevo nacimiento; más tarde, serán los efectos y frutos genuinos de dicho nacimiento. Pero el nuevo nacimiento, una Vida del Cielo, la nueva criatura, llamada “Cristo en nosotros”, es la única salvación para el alma caída. Nada puede entrar en el Cielo salvo esta Vida que nace del Cielo y desde él desciende. [p. 82]

El morir totalmente al yo es el único fundamento de una piedad sólida. Todas las cosa bonitas que oyes o lees sobre una vida espiritual e interior en Dios, todas tus expectativas acerca de la Luz y el Santo Espíritu de Dios, se convertirán en un falso alimento para tu alma, en tanto no las busques por medio de la muerte del ego. [p. 75, 3]

Esto es el Cristianismo, la Cristiandad: una sociedad espiritual, no porque no tenga preocupaciones mundanas, sino porque todos sus miembros, en cuanto tales, han nacido del Espíritu, y se mantienen vivos, animados y gobernados por el Espíritu de Dios. La religión cristiana es llamada constantemente por nuestro Señor el Reino de Dios, o de los Cielos, porque todo su ministerio y servicio, todo lo que en ella se hace, se hace en obediencia y sujeción a este Espíritu por el cual los ángeles viven y son gobernados en el Cielo. Por eso nuestro Señor enseñó a sus discípulos a orar pidiendo que venga este Reino y que en la tierra se

haga la Voluntad de Dios así como se hace en el Cielo; lo que no podría ser sino por medio de ese mismo Espíritu por medio del cual se hace en el Cielo.

Dicho en pocas palabras: el reino del yo es la caída del hombre, o la gran apostasía con respecto a la Vida de Dios en el alma. Y cualquiera que viva para el yo, esté donde esté, se encuentra bajo la caída y la gran apostasía con respecto a Dios. El Reino de Cristo es el Espíritu y Poder de Dios habitando y manifestándose en el nacimiento de un nuevo hombre interior; y nadie es miembro de este Reino, sino en la medida en que dentro de él ha tenido lugar un verdadero nacimiento del Espíritu. Estos dos reinos abarcan a la humanidad entera: quien no pertenece a uno de ellos, pertenece sin duda al otro; el morir al uno es vivir en el otro.

Podemos, pues, resumir las siguientes verdades. Primera: que cuando la llamada de Dios al arrepentimiento surge por primera vez en tu alma, tienes que estar retirado, silencioso y pasivo, humildemente atento a esta Luz que se alza dentro de ti, deteniendo o descuidando por completo las acciones de tu voluntad, razón y juicio. Y ello porque todos ellos son falsos consejeros, siervos implacables y esclavos sobornados de tu naturaleza caída; todos han nacido y han sido criados en el reino del yo. Y por consiguiente, si ha de instaurarse un nuevo reino en ti, si deseas que la Acción de Dios produzca efectos en ti, todos estos poderes del yo han de ser silenciados y suprimidos, hasta que hayan aprendido la obediencia y la sujeción al Espíritu de Dios. Esto no significa, sin embargo, que se te pida ser un necio, o que renuncies a tu exigencia de sentido y razón, sino que tal actitud es el camino más corto para lograr que tu sentido y tu razón se vean libres de la necedad, quedando tu naturaleza entera fortalecida, iluminada y guiada por esa Luz que es la Sabiduría misma.

No se puede decir que un niño que obedientemente niega su propia razón y voluntad, para dejarse guiar por la razón y la voluntad de un tutor verdaderamente sabio e inteligente, se condene a ser un imbécil y renuncie al beneficio de su naturaleza racional, sino más bien, al contrario: se puede afirmar que ha tomado el camino más corto para hacer que su razón y su voluntad sean una auténtica bendición para él.

Segunda verdad: aquí se puede ver, por tanto, el verdadero fundamento y la necesidad de esa mortificación y auto-negación universales con respecto a todos nuestros sentidos, apetitos, humores y opiniones. Y ello porque nuestra naturaleza en su totalidad ha caído y se ha separado de la Vida de Dios, ha devenido una fuente continua de apetitos desordenados, humores corruptos y opiniones falsas. Y por lo tanto, todo movimiento de ella ha de ser mortificado, cambiado y purificado alejándolo de su estado natural, antes de que podamos entrar en el Reino de Dios.

Así, cuando nuestro Señor dice: “A menos que un hombre odie a su padre y a su madre, incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo”; esto se debe a que nuestros mejores humores y disposiciones son todavía carnales y están llenos de las imperfecciones de la naturaleza caída. La doctrina es justa y buena; pero no quiere decir que padre y madre hayan de ser odiados, sino que el amor que una persona no regenerada, u hombre natural, siente hacia ellos ha de ser aborrecido por ser un ciego amor propio o amor del yo, lleno de toda la

debilidad y parcialidad con las cuales el hombre caído ama, honra, aprecia y se adhiere a sí mismo.

Tenemos que aborrecer este amor, nacido de la carne y sangre corruptas y contaminado por el yo, y tenemos que desprendernos de él para que podamos amarles con un amor nacido de Dios, con un amor semejante a aquél con el que Cristo nos ha amado y que esté basado en similares motivos. Y entonces el discípulo de Cristo supera con mucho a todos los demás en el amor a sus padres.

Es más, nuestra propia vida debe ser aborrecida; y la razón es clara, ya que no hay nada amable en ella. Es una legión del mal, un monstruoso nacimiento de la serpiente, el mundo y la carne; es una apostasía en relación con la Vida y el Poder de Dios en el alma, una vida que es muerte al Cielo, que consiste en pura y no mezclada idolatría, que vive únicamente para el yo y no para Dios. Y por lo tanto, toda esta vida propia tiene que ser absolutamente aborrecida, todo este yo tiene que ser negado y mortificado, si hemos de dar vida en nosotros a la naturaleza, el espíritu, el temple y disposición de Cristo. Pues es imposible vivir a la vez para estas dos vidas, como lo es para un cuerpo el moverse al mismo tiempo en dos direcciones opuestas. Y por consiguiente, todas estas mortificaciones y auto-negaciones responden a una absoluta necesidad fundada en la misma naturaleza de las cosas. [p. 55 – 56]

Todo cuanto tiene el hombre natural está poseído por el amor propio, y por consiguiente tal posesión debe ser completamente abandonada y hay que deshacerse de ella. Todo lo que tiene ha de ser puesto en otras manos, entregado al Amor divino o, de lo contrario, este hombre natural no podrá ser transformado en un discípulo de Cristo. Pues el amor al yo es terrenal, sensual y diabólico en todo lo que tiene, por lo cual hay que privarle de todo; y entonces todo se habrá perdido para el hombre natural, no le quedará nada y todo será puesto a los pies de Jesús.

Y entonces el discípulo de Cristo, aunque no tiene nada, posee todas las cosas, todo lo que el hombre natural abandonó, le es restaurado centuplicado al discípulo de Cristo. Pues una vez expulsado el amor propio, que es el mayor de todos los ladrones, y habiéndole arrebatado todo lo que él robó y escondió para ponerlos en manos del Amor divino, cualquier minucia se convierte en un gran tesoro, y Mammón abre las puertas a las moradas sempiternas.

Este fue el espíritu del primer esbozo de la Iglesia Cristiana en Jerusalén, una Iglesia edificada verdaderamente según el modelo del Cielo, en la cual reinaba el mismo Amor que reina en el Cielo, en la cual el Amor divino derribaba todas las barreras egoístas, los cerrojos y pestillos del yo, lo mío, lo que me pertenece, etc., y entregaba en común todas las cosas para los miembros de este nuevo Reino de Dios sobre la tierra. [p. 56, f – 57, 1]

Todas las verdades del Evangelio, al ser únicamente abrazadas y poseídas por el hombre viejo, no hacen más que crear diferencias superficiales como las que puedan hacer surgir los trajes o las vestimentas. Algunos se engalanan con un porte externo, solemne, formal y prudente; otros se presentan en todo el llamativo esplendor del colorido religioso y de los logros espirituales; pero bajo

todas estas diferencias externas, sigue estando la pobre alma caída, cautiva, menesterosa y desvalida, en su propio estado abyecto.

Y así tiene que ser, no pudiendo ser de otro modo, hasta que la vida espiritual comience en la verdadera raíz, creciendo a partir de la muerte y naciendo de un corazón roto, un corazón que haya roto por completo con su entera vida natural. Pues el odio al yo, el desprecio hacia sí mismo y la auto-negación (o negación del ego) son tan convenientes para el Espíritu recién nacido, como lo son el amor del yo, la estima de sí mismo y la búsqueda del ego para el hombre no-regenerado.

Yo te conjuro, amigo mío, a que no mires adelante ni te lances a conquistas o progresos espirituales, en tanto no hayas dado correctamente este primer paso de la vida espiritual. Todo tu progreso espiritual depende de ello: pues la hondura de tu religión no será más honda de lo que lo sea la profundidad de tu dolencia; el pecado hunde sus raíces en la base de tu alma, viene a la vida con tu carne y sangre, y alienta con el aliento de tu vida natural; y, por lo tanto, hasta que no mueras a la naturaleza, vivirás en el pecado; y mientras esta raíz del pecado esté viva en ti, todas las virtudes con que te revistas serán tan sólo como frutas primorosamente pintadas que cuelgan de un mal árbol. [p. 75, f- 76, 1]

Para dar ese primer paso tienes que apartarte por completo de ti mismo y entregarte por completo a Dios, mediante una fórmula como la siguiente, u otra semejante, ya se exprese en palabras o pensamientos:

“Oh Dios mío, con toda la fuerza de mi alma, asistido por tu Gracia, deseo y decido resistir y negar mi propia voluntad, mis humores terrenales, mis opiniones e inclinaciones egoístas; todo aquello a lo que me incitan el espíritu de este mundo y la vanidad de la naturaleza caída. Me entrego completa y exclusivamente a Ti, para ser todo tuyo; para hacer, tener, estar y ser, tanto interna como externamente, de acuerdo a tu Voluntad. No deseo vivir para otro fin, ni con otro propósito, sino el de realizar la obra que Tú exiges de mí, siendo un instrumento humilde, obediente, leal y agradecido en tus manos, para ser usado como Tú desees”.

No debes contentarte, amigo mío, con hacer esta ofrenda de ti mismo a Dios alguna que otra vez, o incluso muchas veces. Dicha oblación ha de ser el ejercicio diario, y hasta horario (es decir, para todas las horas) de tu mente; hasta que quede labrada en tu misma naturaleza y llegue a convertirse en un hábito y estado esencial de tu mente; hasta que te sientas tan habitualmente apartado de todo lo que es propia voluntad tuya, fines egoístas o deseos terrenos, como lo estás del robo o del asesinato; hasta que la entera orientación y propensión de tu espíritu apunte de forma tan constante hacia Dios como la aguja imantada apunta hacia el Norte.

Este es el paso primero y más necesario en tu vida espiritual; esta es la llave para todos los tesoros del Cielo; la llave que abre el libro sellado de tu alma, haciendo sitio para que la Luz y el Espíritu de Dios broten en ella. Sin esto, la vida espiritual no pasa de ser una simple charla sobre temas espirituales y únicamente sirve para que la naturaleza se complazca en una santidad que no posee. [p. 76,3 – 77, 1]

Toda nuestra capacidad y preparación para triunfar en esta gran tarea radica en ese primer paso. Quizá pienses que esta es una aseveración demasiado dura. Pero no te alejes desconsolado, como el joven del Evangelio, porque tenía grandes posesiones. Pues, mi buen amigo, difícilmente puedes imaginarte la liberación que lograrás de todas las penalidades, y el caudal de felicidad que uno llega a encontrar en esta vida, tan pronto como el alma muere de este modo al yo, quedando libre de sus pasiones y entregada por completo a Dios. Te he hablado del precio del nuevo nacimiento. Te dejaré ahora que reflexiones y consideres si serás tan buen comerciante como para entregar todas las riquezas del hombre viejo a cambio de la Perla celestial. [p. 77, 3]

VIII

LA VIDA DIVINA: LA ACCIÓN DE DIOS EN EL ALMA

Todo vivir orientado hacia el yo significa apartarse de Dios. Y cuanto más tengamos de amor propio o amor al yo, tanto más tendremos de peso terreno, infernal, del cual habremos de desprendernos, o de lo contrario no podrá haber ascenso hacia el Cielo.

Pero quizá dirás: si hay que renunciar a todo amor propio, habrá que renunciar al mismo tiempo al amor al prójimo, ya que el mandamiento reza: “ama a tu prójimo como a ti mismo”. La respuesta es clara, sin que ello suponga dar cuartel al amor propio o amor al ego. No hay más que un solo amor en el Cielo, y sin embargo los ángeles de Dios se aman entre sí con el mismo amor con el que se aman a sí mismos. Y he aquí la razón: la única e inalterable regla o norma del amor, que es ley para todos los seres inteligentes de todos los mundos, y que será una ley para toda la Eternidad, es esta: que sólo Dios debe ser amado por sí mismo, y todos los demás seres sólo en Él y por Él.

Cualquier criatura inteligente que no viva bajo esta regla del amor, se encontrará caída o desprendida del orden de su Creación y será apóstata de Dios, inepta para el Reino de los Cielos, en tanto no vuelva a esta eterna ley del amor.

Ahora bien, si sólo Dios debe ser amado por Él mismo, ninguna criatura podrá ser amada por ella misma. Y por lo tanto, todo amor propio en cualquier criatura queda absolutamente condenado.

Y si todas las criaturas pueden ser amadas únicamente en, por y para Dios, mi prójimo tiene que ser amado como me amo a mí mismo, y yo sólo tengo que amarme a mí mismo como amo a mi prójimo, o a cualquier otro ser creado, o sea, únicamente en, por y para Dios. Así, el mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos se ve afirmado, lo que no evita que el amor propio o amor al ego haya de ser extirpado de raíz.

Pero, ¿qué significa amar a una criatura en, por y para Dios? Significa amarla sólo en la medida en que es obra, imagen y delicia de Dios; amarla porque es de Dios y le pertenece a Él; esto es amarla *en* Dios. Y es amarla *por y para* Dios, cuando todo lo que le deseamos a esta criatura, lo que hacemos o pretendemos para ella, se hace desde el amor de Dios, por el honor de Dios y en conformidad con la Voluntad de Dios.

Este es el único amor que es y debe ser el espíritu de todas las criaturas que viven unidas a Dios. Pero esto no es un refinamiento especulativo, ni una ficción finamente hilada por el cerebro, sino una verdad pura y simple, una primera ley de la naturaleza y un necesario lazo de unión entre Dios y la criatura. La criatura no está en Dios, es extraña para Él, ha perdido la Vida de Dios dentro de su propio ser, siempre que su amor no empiece y termine de este modo en Dios.

La pérdida de este amor fue la caída del hombre, al abrir en él un reino del yo en el cual Satanás, el mundo y la carne pudieron todos engendrar sus propias obras. Por lo tanto, si el hombre quiere levantarse de su caída y volver a su vida en Dios, es absolutamente necesario que el yo, con toda su progenie de groseros

afectos, sea depuesto o destronado, para que en él pueda nacer de nuevo el primer amor en el cual y para el cual fue creado.

Cristo vino al mundo para salvar pecadores, para destruir las obras del mal. Ahora bien, el yo es no sólo la sede y residencia del pecado, sino su vida misma. Las obras del diablo están todas envueltas en el yo, que es su peculiar taller, y por consiguiente Cristo no ha venido como salvador del pecado, como destructor de las obras del diablo en cualquiera de nosotros, sino en tanto el yo es abatido y derrotado dentro de nosotros.

Si es literalmente verdadero lo que dijo nuestro Señor, “que su Reino no era de este mundo”, no es menos cierto que nadie será miembro de dicho Reino, sino aquél que, en el sentido literal de la palabra, renuncia al espíritu de este mundo. Que los cristianos se desprendan de la mitad de los artículos de su Credo, o los crean a medias, viene a ser lo mismo que rechazar de hecho esta negación del yo, o introducirse en ella tan sólo a medias.

Todo lo que hay en el Credo tiene como única finalidad el provocar semejante morir a todas y cada una de las partes del hombre viejo para que la Vida y el espíritu de Cristo puedan tomar forma en nosotros.

Nuestra redención es este nuevo nacimiento. Si esto no ocurre o no se va haciendo realidad en nosotros, quedamos sin redimir. Y aunque haya venido el Salvador del mundo, no ha venido a nosotros, no ha sido recibido por nosotros, es un extraño para nosotros, no es nuestro, si su Vida no está dentro de nosotros. Su Vida no está ni puede estar en nuestro interior, sino en la medida en que renunciemos y expulsemos de nosotros al espíritu del mundo, al amor propio, al auto-aprecio y a la búsqueda del yo. [p. 57, f – 58 – 59, 3]

Ahora podemos comprender la naturaleza y el valor de las mortificaciones y auto-negaciones.

Por lo que hace a su naturaleza, no tienen nada de bondad o santidad, ni son parte real de nuestra santificación, no son tampoco el verdadero alimento o nutrición de la Vida divina en nuestras almas, ni tienen el menor poder vivificante o santificante. Su único valor consiste en esto: que apartan los impedimentos para la santidad, derriban todo aquello que se interpone entre Dios y nosotros, y abren al camino para que actúe en nuestras almas el santificante y vivificante Espíritu de Dios. Acción ésta, de Dios, que es lo único que puede hacer germinar de nuevo la Vida divina en el alma, o ayudarla a alcanzar el más ínfimo nivel de santidad o vida espiritual.

Al igual que en nuestra creación teníamos sólo aquel grado o nivel de Vida divina que nos transmitía el Poder de Dios; así como entonces todo lo que teníamos y éramos no era sino la sola Acción de Dios en nuestra creación; de la misma forma, en nuestra redención, o recuperación de aquella perfección primera que hemos perdido, todo descansa otra vez en la Acción de Dios.

Cualquiera que sea el grado de Vida divina que se restaure en nosotros, por muy pequeño que sea, no puede ser otra cosa que una proporción semejante de la Vida y la Acción divinas presentes de nuevo en el alma. Toda la actividad del hombre en las obras de la negación del yo no tiene nada de bueno en sí misma, sino tan sólo en cuanto abre una vía de penetración para que el Bien uno y único, la Luz de Dios, actúe sobre nosotros. [p. 59, 4]

Ahora podrás comprender por qué hay tanta gente que no sólo pierde los beneficios de sus mortificaciones, sino que se vuelven peores con ellas. Es porque se equivocan por completo en lo que respecta a la naturaleza y valor de tales mortificaciones. Las practican como un fin en sí mismas, creen que son parte real de la santidad, y por ello descansan en ellas y no miran más allá; antes, al contrario, se llenan de auto-aprecio y admiración de sí mismos a causa de los progresos que han conseguido en ellas. Esto los hace auto-suficientes, los convierte en jueces severos y malhumorados de todos aquellos que fallan en sus mortificaciones o no consiguen cumplirlas.

Por ello, sus auto-negaciones se limitan a acarrearles lo que a otros acarrean los libertinajes y los desenfrenos: impiden y obstaculizan la Acción de Dios sobre su alma y en vez de ser realmente auto-negaciones o negaciones del yo, mantienen y fortalecen el imperio de este último. [p. 59, f – 60, 2]

Para evitar tan fatal error no hay otro camino que penetrar a fondo en esta gran verdad: que todo nuestro esfuerzo y nuestra actividad no tienen en sí nada de bueno, ni pueden hacernos ningún bien, sino en la medida en que nos dirigen y orientan del mejor modo hacia la Luz y el Espíritu de Dios, que es lo único que puede aportar vida y salvación al alma. “Extiende tu mano”, dijo nuestro Señor al hombre “que tenía una mano marchita”; así lo hizo éste, y dicha mano “quedó inmediatamente sana e íntegra como la otra”.

A propósito de este milagro, ¿tenía este hombre algún motivo para sentirse orgulloso, o para tener una alta opinión de sí mismo, por la participación que tuvo en la curación de su mano? Pues bien, una participación idéntica es la que cada uno de nosotros tiene en el surgir, despertar y crecer de la vida espiritual dentro de nuestro ser.

Todo lo que podemos hacer con nuestra propia actividad es únicamente como la acción de este hombre al extender su mano; lo demás es obra de Cristo, el único dador de vida a la mano marchita o al alma muerta. Sólo podemos, pues, hacer obras vivas, cuando hemos nacido hasta tal punto de nuevo, que somos capaces de decir con el apóstol: “No soy yo, sino Cristo quien vive en mí”. [p. 60]

Debemos considerar al Hombre nuevo en Jesucristo como la semilla de la Naturaleza divina dentro de nosotros, la cual únicamente puede crecer por su propia fuerza y unión con Dios. Es una Vida divina, y por lo tanto no puede germinar y crecer desde nada que no sea el Poder divino.

Cuando la Virgen María concibió el nacimiento del sagrado Jesús, todo lo que hizo fue este simple acto de resignación y fe en Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según Tu palabra”. Esto es todo lo que podemos hacer con el fin de prepararnos para la concepción del Hombre nuevo que tiene que nacer en nosotros.

Se suele aceptar con facilidad esta verdad, y una persona piensa que cree en ella, porque la admite o, mejor, porque no la niega. Pero esto no es suficiente; dicha verdad tiene que ser aprehendida con una certeza práctica, plena y profunda, de forma semejante a como sabemos y creemos que no hemos creado

las estrellas o que no nos hemos dado la vida a nosotros mismos. Entonces llega a ser una creencia que pone al alma en el estado justo y correcto, dejando sitio para la Acción de Dios sobre ella. Su Luz penetra entonces con toda fuerza en el alma y su Espíritu Santo mueve y dirige todo cuanto se hace en ella, de tal modo que el hombre vive otra vez como una nueva criatura. [p. 60, f]

Una vez que esta verdad es creída firmemente, producirá un doble efecto de la mayor excelencia.

Primero: mantendrá al alma fija en Dios, y continuamente dirigida hacia Él, en oración, deseo, confianza y resignación ante Él, para todo lo que Él desee que a ella y en ella se haga; lo cual será una fuente continua de todas las virtudes y gracias divinas. El alma que vive orientada de tal modo hacia Dios, estará siempre recibiendo dones de Él. Se halla en la verdadera puerta de todas las comunicaciones divinas, y la Luz de Dios penetra tan libremente en ella como la luz del sol penetra en el aire.

Segundo: fijará y arraigará al alma en una auténtica y duradera auto-negación o negación del yo (*self-denial*). Pues conociendo nuestra propia nada e inepticia, estando en posesión de ella, sabiendo que no tenemos ninguna otra capacidad para el bien que la de recibirla únicamente de Dios, el yo queda completamente negado y su reino destruido; no queda sitio para el orgullo y el auto-aprecio; somos salvados de una santidad farisaica, de opiniones erróneas acerca de nuestras obras y nuestras buenas acciones, así como de una multitud de errores, los más peligrosos para nuestra alma, todos los cuales surgen de aquel *algo* que creemos ser en naturaleza o en gracia. [p. 60, f – 61]

Una vez que hemos aprehendido, en un grado suficiente aunque sea pequeño, el Todo de Dios y la nada de nosotros mismos, hemos alcanzado una verdad cuya utilidad y beneficio no pueden expresar las palabras. Semejante verdad aporta una dosis de infalibilidad al alma en la que habita; todo cuanto es vano, falso y engañoso se ve forzado a huir y desaparecer ante ella.

Cuando nuestra religión está asentada sobre esta roca, tiene la firmeza de una montaña y su altura llega hasta el Cielo. El mundo, el demonio y la carne no pueden dañarla; se conoce a todos los enemigos, y todos quedan desarmados por esta gran verdad que mora en nuestras almas. Este conocimiento del Todo de Dios es lo que hace que los querubines y serafines sean llamas del Amor divino. Pues allí donde este Todo de Dios es verdaderamente conocido y sentido en cualquier criatura, su aliento y espíritu son por entero una llama de amor; nada sino un amor puro y desinteresado puede crecer en ella, o venir de ella: un amor que empieza y termina en Dios. Y donde este amor nace en cualquier criatura, nace junto a ella una vida seráfica. Pues este amor puro introduce a la criatura en el Todo de Dios; todo lo que hay en Dios se abre en la criatura, y ésta queda unida a Dios y con la Vida divina manifestándose en ella. [p. 61]

No hay más que una única salvación para toda la humanidad, a saber: la Vida de Dios en el alma. Dios no tiene más que un designio o intención para todos los seres humanos, a saber: el introducir o generar su propia Vida, su Luz y su Espíritu en ellos, para que todos lleguen a ser otras tantas imágenes, templos y

moradas de la Santísima Trinidad. Esta es la buena Voluntad de Dios hacia todos los cristianos, judíos y paganos. Todos ellos son por igual el deseo de su corazón; su Luz espera continuamente para entrar en todos y cada uno de ellos; vocea su Sabiduría, irradia y extiende su Voz, no aquí o allá, sino por doquier, en todas las calles de todas las partes del mundo.

Ahora bien, no hay más que un camino para alcanzar esa salvación o vida de Dios en el alma. No hay un camino para el judío, otro para el cristiano y un tercero para el pagano. No; Dios es uno, la naturaleza humana es una, la salvación es una y el camino hacia ella es uno; a saber: el deseo del alma dirigido hacia Dios.

Cuando este deseo está vivo y se enciende en una criatura bajo el cielo, entonces es encontrada la oveja perdida y el pastor la lleva sobre sus hombros. Gracias a este deseo, el pobre hijo pródigo deja sus cerdos y cáscaras, para correr hacia su padre. Movido por este deseo el padre ve al hijo, cuando todavía se encuentra lejos, y corre a su encuentro, lo abraza y besa.

Mira en todo ello de qué manera tan simple se nos enseña que tan pronto como brota el deseo y se pone en movimiento hacia Dios, la acción del Espíritu de Dios le responde, lo acaricia y da la bienvenida a sus primeros comienzos, lo que se halla simbolizado en el hecho de que el padre vea a su hijo y sienta compasión por él mientras todavía está lejos, es decir, en los primeros comienzos de su deseo.

De ahí que este deseo lo haga todo: lleva el alma hacia Dios y a Dios hacia el interior del alma; une con Dios, coopera con Dios y es una sola vida con Dios. Supongamos que este deseo no está vivo ni en movimiento, ya sea en un judío o en un cristiano: entonces todos los sacrificios, el culto o servicio divino, la adoración ya sea a la Ley o al Evangelio, no son más que obras muertas, que no aportan vida al alma ni engendran unión alguna entre Dios y ella.

Supongamos, en cambio, que este deseo se despierta y queda fijo e Dios, aunque sea en almas que no han oído nunca nada ni de la Ley ni del Evangelio: entonces la Vida divina, o la Acción de Dios, penetra en ellos, formándose el nuevo nacimiento de Cristo en quienes jamás oyeron su nombre. Y estos son “los que vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán junto a Abraham e Isaac, en el Reino de Dios”. [p. 61, f – 62, 2]

¡Oh Dios mío, justo y bueno, cuán grande es tu Amor y Misericordia hacia la humanidad, que el Cielo está en todas partes abierto, siendo Cristo el Salvador común de todos los que dirigen hacia Ti el deseo de su corazón!

¡Oh dulce poder del Aplastador del serpiente, nacido en todo hijo de hombre, que se mueve y actúa en todo hombre, y que da a todo hombre un poder y un deseo para encontrar la felicidad en Dios!

¡Oh bendito Jesús, Luz celestial, que alumbra a todo hombre que viene al mundo, que redimes a toda alma que sigue tu Luz, la cual está siempre dentro de él! ¡Oh Santa Trinidad, inmenso Océano del Amor divino en el que vive la humanidad entera, en el cual toda ella se mueve y tiene su ser!

¡Nadie está separado de Ti, nadie vive fuera de tu Amor; todos quedan abrazados por los brazos de tu Misericordia, todos participan de tu Vida divina, y de la Acción de tu Santo Espíritu, tan pronto como su corazón se dirige hacia Ti!

Oh Camino de salvación fácil, simple y sencillo, que no requiere sutilezas del arte o la ciencia, que no necesita de ningún aprendizaje prestado ni de ningún refinamiento de la razón, en el cual todo se hace por el simple movimiento natural de todo corazón que verdaderamente anhela a Dios.

Pues tan pronto como el deseo finito de la criatura se mueve hacia Dios, el Deseo infinito de Dios se une a él, coopera con él. Y en este deseo unido de Dios y la criatura se genera la salvación y vida del alma. Ya que el alma está excluida de Dios, sin poder entrar en Él y quedando prisionera en sus propias obras oscuras de la carne y la sangre, única y exclusivamente porque desea vivir para la vanidad de este mundo. Este deseo es su oscuridad, su cautiverio y su separación de Dios. [p. 62, f – 63, 1]

Cuando, por lo tanto, brote en ti la primera chispa de un deseo de ir hacia Dios, cultívalo con todo cuidado, pon en él todo tu corazón, pues es nada menos que un toque de la Divina Piedra imantada que te ha de sacar de la vanidad del tiempo para conducirte a las riquezas de la Eternidad. Ponte en pie y síguela con alegría, como los Reyes Magos de Oriente siguieron a la estrella que se les apareció en el cielo. Él hará por y para ti lo que la estrella hizo por y para ellos; te llevará al nacimiento de Jesús, no en un establo de Belén de Judea, sino en el oscuro centro de tu propia alma caída. [p. 63, 2]

El Espíritu Santo es tan necesario para nuestra Vida divina, o Vida de Gracia, como el aire de este mundo es necesario para la vida animal. Y es tan diferente de nosotros y está tan fuera de nosotros, como el aire de este mundo es distinto y está fuera de las criaturas que viven en él. Y, sin embargo, nuestro buen Espíritu es el mismo Espíritu de Dios, moviéndose y conmoviéndose dentro de nosotros.

Ningún animal puede respirar el aire de este mundo o unirse a él, hasta que no haya generado primero en sí mismo dicho aire como el verdadero aire de su vida; esta es la única posibilidad para vivir en el espíritu de este mundo. Y el aliento o espíritu que surge así en su propia vida, es el mismo aliento que hay en la naturaleza exterior, en la cual vive. Lo mismo ocurre, en rigor, con el Espíritu de Dios en nuestras almas: tiene primero que nacer dentro de nosotros, surgiendo de la vida de nuestra alma, y como tal, constituye nuestra única capacidad para tener Vida y para vivir en el Espíritu de Dios mismo; y es el mismo aliento del Espíritu de Dios, que es sin embargo tan distinto de nosotros, como el aliento de nuestra vida animal, el cual surge de nuestro propio fuego, es distinto del aire del mundo en el que vive.⁶

Por lo tanto, mi querido amigo, nuestro propio Espíritu bueno es el mismo Espíritu de la Deidad, y, sin embargo, no es Dios, sino el Espíritu de Dios, alentado, inspirado o encendido en una forma creatural. Y este buen Espíritu, divino en su origen y en su naturaleza, es lo único que en nosotros puede llegar hasta Dios, unirse a Él, cooperar con Él, ser movido y bendecido por Él, al igual

⁶ En estas reflexiones Law tiene en cuenta la conexión etimológica que la voz “espíritu” tiene etimológicamente en la mayoría de las lenguas con la respiración, el aire y el aliento: latín *spiritus* (cuya herencia se refleja en *in-spirar* y *ex-spirar*), griego *pneuma* (de donde resulta “neumático”). Es significativa la semejanza entre el alemán *Atmen*, “respirar”, y el sánscrito *Atman*, “Espíritu” o Esencia divina del ser humano.

que nuestro espíritu terrenal lo es por el espíritu exterior de este mundo elemental.

Mi buen Espíritu es el aliento de Dios dentro de mí, y se halla tan relacionado con Dios como el aliento de mi vida animal está relacionado con el aire o espíritu de este mundo exterior. Es y viene de Dios; tiene la naturaleza, la eternidad y la espiritualidad de Dios, al igual que el aliento de mi carne y sangre tiene la espesura, la naturaleza transitoria y terrena del espíritu de este mundo.

Y de la misma forma que mi comunicación con este mundo proviene del aliento de este mundo, encendido en mi propia vida, toda mi capacidad de comunicación con Dios proviene únicamente del aliento de su Espíritu Santo engendrado en la vida de mi alma. Sólo puedo vivir en Dios naciendo en mí su Espíritu, del mismo modo que sólo puedo vivir en este mundo, haciendo que su espíritu nazca en mí. [p. 154, 2-3]

CONOCIMIENTO Y VIDA: UNA SABIDURÍA VIVIDA

Escoge cualquier vida que no sea la vida de Dios y del Cielo, y habrás escogido la muerte; pues la muerte no es otra cosa que la pérdida de la Vida de Dios. Las criaturas de este mundo no tienen más que una vida, que es la vida de este mundo: esta es su única vida y su único bien. Los seres eternos no tienen más que una única vida, y un único bien, que es la Vida de Dios.

El Espíritu del alma no en sí mismo otra cosa que un Espíritu insuflado desde la Vida divina y con este único fin: que la Vida de Dios, la Naturaleza de Dios, la Acción de Dios, el temple y disposición de Dios se manifiesten en ella. Dios no podía crear al hombre para que tuviera una voluntad y una vida propias y particulares suyas, diferentes de la Vida y la Voluntad que están en Él mismo; semejante cosa es tan imposible como que un buen árbol produzca frutos podridos. Dios sólo puede deleitarse en su propia Vida, su propia Bondad y sus propias Perfecciones. Y, por lo tanto, no puede amar, gozar o morar en ninguna criatura, sino en aquella en la que se encuentren su propia Bondad y sus propias Perfecciones.

Lo semejante sólo puede unirse con lo semejante: el Cielo con el Cielo, el Infierno con el Infierno. Por lo tanto, la Vida de Dios tiene que ser la vida del alma, si esta quiere unirse a Dios. De ahí que toda la religión del hombre caído, todos los métodos de nuestra redención tengan esta única finalidad: el eliminar la vida extraña y terrenal que hemos adquirido por la caída, y encender de nuevo la Vida de Dios y del Cielo en nuestras almas. No librarnos simplemente de ese vicio sórdido y grosero llamado codicia, que los paganos pueden condenar, sino apartar completamente de nosotros el espíritu de este mundo en su totalidad. [p. 114, 2]

La herejía de las herejías es el espíritu mundano. En él está toda la naturaleza y miseria de nuestra caída; perpetúa la muerte de nuestras almas, y, en tanto perdure, nos será imposible el nacer de nuevo desde lo alto. Es la mayor ceguera y oscuridad de nuestra naturaleza, y nos mantiene en la mayor ignorancia tanto del Cielo como del Infierno. Pues aunque ambos están dentro de nosotros, no sentiremos ni el uno el otro, en tanto el espíritu de este mundo reine sobre nosotros.

La Luz y la Verdad, así como el Evangelio, en cuanto que se refieren a la Eternidad, son sonidos vacíos para el espíritu mundano. Su propio bien y su propio mal gobiernan todas sus esperanzas y temores; y por lo tanto no puede tener religión, ni preocuparse o interesarse por ella, sino en la medida en que pueda ponerse al servicio de la vida de este mundo. Publicanos y rameras han nacido todos de este espíritu mundano; pero su más alto linaje son los escribas, fariseos e hipócritas, que convierten la piedad en negocio y sirven a Dios por Mammón, y teniendo a este último como meta y motivo. Todos ellos viven, se mueven y tienen su ser en y desde el espíritu de este mundo.

Detesta, pues, entre todas las cosas, mi querido amigo, el espíritu de este mundo, o, de lo contrario, nada ni nadie podrá socorrerte: tendrás que vivir como un completo extraño para todo lo que es divino y celestial. Dejarás el mundo con la misma pobreza y muerte a la Vida divina con la que entraste en él. Pues un espíritu mundano y terreno no puede conocer nada de Dios; no puede saber nada, sentir nada, saborear nada, disfrutar de nada, sino con sentidos terrenales y siguiendo modos terrenales. [p. 115, 2]

“El hombre natural –dice el Apóstol— no recibe las cosas de Dios, que son locura para él. No puede conocerlas, porque son discernidas y percibidas espiritualmente”; es decir, se las discierne y percibe por medio de aquel Espíritu que dicho hombre natural no tiene.

El verdadero fundamento y razón de esto, la absoluta imposibilidad para el hombre natural de recibir y conocer las cosas divinas, por muy educado, culto, cortés y perspicaz que sea, es el siguiente: todo conocimiento real es vida, o una sensibilidad viviente de aquello que es conocido. No hay otra luz en la mente, sino aquella que es luz de la vida: comprendemos, sentimos y conocemos en la medida en que alcanza nuestra vida, llegando hasta donde ella llegue, y no podrá nuestra comprensión ir más allá. Todo lo que venga después no será sino juego de nuestra imaginación, que se recrea con imágenes muertas de sus propias ideas.

Pues bien, esto es todo lo más que puede hacer con las cosas de Dios el hombre natural, que no posee la Vida divina dentro de sí. Únicamente las puede contemplar como cosas extrañas para él mismo, como otras tantas ideas muertas que recoge de libros o de lo que ha oído decir. Y así puede pelear y discutir sobre ellas, riéndose de los entusiastas que poseen una sensibilidad viviente de tales cosas divinas.⁷

Lo malo que tiene este vivir o entender de oídas es que no puede versar más que sobre ideas muertas de verdades divinas, las cuales se convierten en un mal alimento de todos sus humores naturales. Esta orgulloso de discutir sobre ellas, y pierde toda humildad, todo amor de Dios y de los hombres, a través de una vana y altanera disputa en torno a tales ideas muertas. Su celo religioso no es más que envidia y cólera; su ortodoxia, soberbia y obstinación; su amor a la verdad, odio y mala voluntad hacia aquellos que se atreven a disentir de él. Este es el constante efecto de la religión del hombre natural, que está bajo el dominio del espíritu de este mundo.

Un hombre semejante no puede conocer más de la religión, ni hacer un mejor uso de su conocimiento, que lo que resulta de tales actitudes; y ello por la sencilla razón de que se encuentra tan alejado de una sensibilidad viva de la verdad, como lo está de una sensibilidad viva de la luz el hombre que ha nacido ciego. La luz tiene que ser el primer parto de su propia vida, para que pueda llegar a tener un conocimiento real de ella.

Sin embargo, el hombre natural es tan ignorante, con toda su docta agudeza, que ni siquiera llega a percibir que hay, y tiene forzosamente que haber, una gran diferencia entre el verdadero conocimiento y las ideas muertas de las

⁷ El término *enthusiasts* fue aplicado en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII a los místicos y visionarios que propugnaban una vivencia más interior, intensa y plena de la religión, frente a las corrientes dominantes, que reducían la vida religiosa a moralismo superficial o a formalismos puramente externos, cuando no a fórmulas y esquemas inventados, carentes de savia y nervio religiosos, como los defendidos por deístas y racionalistas.

cosas; y que un hombre no puede conocer cosa alguna sino en la medida en que su propia vida abra el conocimiento de ella en él mismo. [p. 115, f –116]

La medida de nuestra vida es la medida de nuestro conocimiento; y según funcione, actúe y trabaje el espíritu de nuestra vida, así concebirá el espíritu de nuestra comprensión. Si nuestra voluntad trabaja con Dios, aun cuando nuestra capacidad sea estrecha y reducida, conseguiremos un conocimiento real, auténtico y genuino, de Dios y de las verdades celestiales; pues todo tiene que sentir aquello en lo cual vive.

Pero si nuestra voluntad trabaja con Satanás y con el espíritu de este mundo, por muy brillantes que sean nuestras dotes, y por muy elevada que sea nuestra imaginación, todo nuestro conocimiento vivo, o sensibilidad real, no podrá ser más alto ni más hondo que los misterios de la iniquidad y los apetitos de la carne y la sangre. Pues donde está nuestra vida, allí, y sólo allí, está nuestra comprensión o nuestro entendimiento. Y ello por la sencilla razón de que, así como la vida es el comienzo de toda sensibilidad, de igual forma constituye y tiene que constituir los límites de ella: no hay sensibilidad que pueda ir más allá de donde va la vida, ni tener otro modo de comprender que no sea tal como es su modo de vida.

Si preguntas qué es la vida, o qué hay que entender por tal palabra, te diré que no es en sí misma otra cosa que una voluntad en acción o una voluntad operante (*working will*); y ninguna vida puede ser buena o mala, sino por esta razón: porque es una voluntad en acción. Toda vida, desde el más encumbrado ángel hasta el más ínfimo animal, consiste en una voluntad operante; y por lo tanto, según como actúe y funcione su voluntad, según como sea aquello con lo que ésta se une, así tendrá cada criatura su nivel, tipo y modo de vida. Por consiguiente, según como actúe la voluntad de su vida, así será el nivel, tipo y manera de concebir y comprender, de gustarle y no gustarle a uno las cosas.

Nada siente, paladea, comprende, gusta o experimenta desagrado sino la vida que hay en nosotros. La mente es nuestro ojo, y todas las facultades mentales ven todo de acuerdo al estado en que se encuentra la mente. Si el espíritu de nuestra vida es el orgullo egoísta, todo será visto, sentido y conocido a través de semejante cristal.

Todo es oscuro, absurdo y carente de sentido para el hombre orgulloso y soberbio, salvo aquello que aporta alimento a su ánimo. No entiende nada, no siente nada, no saborea nada, sino en la medida en que su orgullo se vuelve sensible hacia el objeto de que se trate, o en la medida en que es capaz de verse afectado por él. Su voluntad operante, que es la vida de su alma, vive y actúa únicamente en el elemento del orgullo, y por lo tanto su único bien es lo que conviene a su orgullo; lo que contradice o contraría a su orgullo es todo lo malo que puede sentir o conocer.

Su ingenio y agudeza, sus dotes y aptitudes, sus conocimientos, su progreso personal, sus amistades, sus admiradores, sus éxitos, sus logros y conquistas, todas estas cosas son su único dios y su único cielo, los únicos de los que tiene sensibilidad viviente. Quizá hable del Cielo, de un Dios o un Cristo de las Escrituras, pero todo esto no es más que aparato accesorio y ornamental de su cerebro, mientras que la soberbia es el dios de su corazón. [p. 116, 2 –117, m]

Se nos ha dicho que “Dios resiste al soberbio y da su Gracia al humilde”. Pero esto no ha de entenderse como si Dios decidiera pura y simplemente comportarse así con el soberbio y el humilde por una voluntad arbitraria. La verdadera explicación es esta: que la resistencia se halla en la parte del hombre.

La soberbia resiste a Dios, lo rechaza, se aparta de Él, y elige adorar y rendir culto a algo distinto de Él, mientras que la humildad lo deja todo por Dios, se doblega ante Él y abre todas las puertas del corazón para que Dios entre en él.

Sólo en este sentido resiste Dios al soberbio y da su Gracia al humilde. Y tal es el fundamento y razón del bien y el mal que surja en nosotros: no tenemos ni bien ni mal, sino en cuanto que es el efecto natural de nuestra propia voluntad, según esté con Dios o contra Dios. Dios lo único que hace es interponerse con sus instrucciones y amenazas para dirigirnos hacia el recto uso de nuestra voluntad, para que no nos labremos la muerte en vez de la vida. [p. 117, f]

Mira a una persona cuya voluntad operante se halle bajo el poder de la ira. Ve, oye, siente, entiende y habla completamente desde la luz y el sentido de la ira. Todas sus facultades son únicamente facultades de la ira, y no conoce otro sentido ni razón sino aquél que le descubra su ira.

Esto te confirmará la gran verdad de que el funcionamiento de nuestra voluntad, o estado de nuestra vida, rige el estado de nuestra mente, determinando de qué clase sean nuestra comprensión y nuestro conocimiento, y cuál sea su nivel. Así como arda el fuego de nuestra vida, así será la luz que en nuestra vida se encienda.

Esto te hará ver la total imposibilidad de conocer a Dios y las verdades divinas, en tanto tu vida no sea divina, muerta por completo a la vida y espíritu de este mundo, pues nuestra luz y nuestro conocimiento no pueden ser mejores o superiores al estado de nuestra vida y de nuestro corazón.

Dime ahora: ¿sientes, tocas y palpas la verdad de todo esto? Y digo “sientes”, porque no poseerás ninguna verdad hasta que no tengas una sensibilidad viviente, palpante y sentiente de ella. [pp. 117, f – 118, 1]

Los filósofos de la Antigüedad comenzaron toda su virtud en una total renuncia al espíritu de este mundo. Veían con los ojos del Cielo que la oscuridad no es más contraria a la luz de lo que el espíritu mundano lo es al espíritu de la virtud. Por ello no concebían que pudiera darse ningún progreso en la virtud, sino en la medida en que una persona se hubiera vencido, afirmando su victoria tanto sobre sí misma como sobre el espíritu de este mundo.

Esto dio a todas sus enseñanzas una solidez divina, demostrando que eran maestros de la verdadera Sabiduría.⁸ Pero la doctrina de la Cruz de Cristo, el último, supremo y más definitivo golpe dado al espíritu de este mundo, que habla más en una palabra que todas las filosofías de escritores capaces de llenar volúmenes, es empero profesada por quienes cultivan una mayor amistad con el

⁸ Law expone aquí una idea que aparece de forma reiterada a lo largo de su obra: su reconocimiento de que la Sabiduría y la Revelación divinas se hallan también presentes fuera del campo cristiano, lo que hace de él un abanderado del carácter ecuménico de la Verdad.

mundo de lo que se permitiera a los discípulos de Pitágoras, Sócrates, Platón o Epicteto. [p. 118 – 119]

No digas que la razón y las facultades intelectuales se interponen en tu camino; que éstas son los mejores dones que Dios te ha dado y que no soportan el acercarse a Cristo. Ya que todo esto es un pretexto vano y un error tan grande como si afirmaras que sólo cuentas con tus pies para llegar al Cielo. Pues tu corazón es el mejor y más grande don que Dios te ha dado; es el mayor poder, la fuerza más alta, fuerte y noble de tu naturaleza; es él quien da forma a tu vida entera, sea ésta cual sea. Todo lo bueno y todo lo malo viene de él; sólo tu corazón tiene la llave de la vida y de la muerte; hace todo cuanto quiere. La razón no es más que juguete suyo, y tanto en el tiempo como en la Eternidad no puede ser más que mera observadora de las maravillas de la felicidad, o de las formas de la miseria, en las que se ha introducido la actividad recta o incorrecta del corazón. [p. 139, f – 140, 1]

La sensación y el sentimiento dolorosos de lo que eres, encendidos en un estado operante de sensibilidad para la Luz de Dios que está dentro de ti, son el fuego y la luz de los que procede tu espíritu de oración. En su primera llamarada no es posible encontrar ni sentir nada que no sea dolor, ira y oscuridad, como puede apreciarse cuando empieza a encenderse un corazón o un fuego. Y por ello su primera oración no es otra cosa que un sentido de penitencia, auto-condena, confesión y humildad. No siente nada sino su propia miseria, y por lo tanto es todo humildad.

El Amor divino sale al encuentro de esta oración de humildad; la misericordia de Dios la abraza, y entonces su plegaria se convierte en himnos, cantos y expresiones de acción de gracias. Cuando este estado de fervor ha hecho su labor, todos los afectos y pasiones terrenales se disuelven y no queda ninguna inclinación en el alma sino el exclusivo gozarse en Dios, pues su oración cambia de nuevo. Está ahora tan cerca de Dios, ha llegado a tal unión con Él, que ya, más que rezar, vive en Dios. Su oración no consiste en una acción particular, no es obra de ninguna facultad especial, no se halla confinada a un tiempo, un lugar o unas palabras determinadas, sino que es obra de la totalidad de su ser, que permanece de manera continua en una plenitud de fe, en una pureza de amor, en una absoluta resignación, para hacer y ser lo que su Amado desea y tal como lo desea. Este es el último estado o nivel del espíritu de oración, y constituye la suprema unión con Dios en esta vida.

Cada uno de los estados precedentes tiene sus momentos, su variedad de operaciones, sus pruebas, tentaciones y purificaciones, cosas que sólo pueden conocerse por propia experiencia, al pasar por ellas. El único camino infalible para pasar sano y salvo a través de todas las dificultades, adversidades, oposición o sequedad de nuestros propios humores perversos, es este: no esperar nada de nosotros mismos, no confiar para nada en nuestras propias fuerzas, sino en todo depender de Dios, esperando de Él alivio y consuelo.

Agárrate bien a este hilo, y deja entonces que tu camino sea el que tenga que ser; ya encuentres oscuridad, tentación o rebelión de la naturaleza, serás conducido a través de todo, hacia la unión con Dios. Pues nada nos daña en

ningún estado, sino el esperar algo en él y de él, cuando sólo deberíamos esperararlo de Dios. Vamos buscando nuestra propia virtud, nuestra propia piedad, nuestra propia bondad, y por eso vivimos en nuestra propia pobreza y debilidad: satisfechos y complacidos hoy con la aparente fuerza y firmeza de nuestros propios humores piadosos, e imaginándonos que somos algo; caídos mañana en nuestro propio fango, quedamos abatidos y desanimados, pero no humillados; nos quejamos, pero es sólo la queja de la soberbia, al comprobar que nuestra perfección no era tal como la habíamos imaginado vana y vanidosamente.

Y así habrá de ser, hasta que el funcionamiento entero de nuestras mentes haya cambiado de tal modo que veamos y conozcamos tan completamente nuestra incapacidad para poseer ninguna bondad que sea atribuible a nosotros mismos, como percibimos que somos incapaces de tener una vida que nosotros mismos nos hayamos dado.

Puesto que nada es ni puede ser bueno en nosotros, sino la Vida divina manifestada en nosotros, ¿cómo podremos conseguir esto sino únicamente de Dios? Una vez que seamos felizmente llevados a esta convicción, nos habremos liberado de toda idea de ser nuestros propios constructores. Todo el espíritu de nuestra mente se convertirá en simple fe, esperanza y confianza en la única y exclusiva acción del Espíritu de Dios, que no mira ya a ningún otro poder, para formarnos como nuevas criaturas en Cristo, de la misma forma que no buscamos ningún otro poder para la resurrección de nuestros cuerpos el Último día. Se puede así ver que las pruebas y penalidades de cada estado son sus mayores bendiciones: hacen por nosotros lo que más queremos que se haga; nos obligan a conocer nuestra propia nada y el Todo de Dios. [p. 144, 2 – 145, 2]

El alma devota está siempre sana y salva en cualquier estado, si hace de todo una ocasión para elevarse o dejarse en manos de Dios, al tiempo que ejercita la fe, la confianza y la resignación en Él. El fervor es bueno y debe ser amado, pero la tribulación, la frialdad, la angustia y los apuros, en su momento, son aún mejores, ya que dan medios y poder para ejercitar una más alta fe, un más puro amor y una más perfecta resignación en Dios, que son el mejor estado del alma. Por lo tanto, el alma piadosa que sólo ve a Dios, que no quiere ni pretende nada sino ser solamente suya, no puede ser detenida en su progreso; la luz y la oscuridad acuden por igual en su ayuda: en la luz mira hacia Dios; en la oscuridad se confía a Dios; y así ambos le aportan el mismo bien. [p. 146, 1]

LA ORACION COMO FUERZA CORDIAL Y FONTANAL

Nuestra voluntad o corazón es el todo; no hay ninguna otra cosa que pueda encontrar o perder a Dios. Y toda nuestra religión es únicamente la religión del corazón.

Vemos con toda claridad y con los ojos bien abiertos que, así como un espíritu de anhelo de la vida de este mundo hizo de Adán y hace de nosotros los pobres peregrinos sobre la tierra que somos, del mismo modo el Espíritu de oración, o el deseo anhelante que el corazón siente de Cristo, de Dios, del Cielo, rompe en pedazos todas nuestras ataduras, sacándonos de las miserias del tiempo para elevarnos a las riquezas de la Eternidad.

Así, viendo y conociendo nuestro primer estado y nuestro estado actual, todo nos llama a la plegaria, y el deseo de nuestro corazón se convierte en el Espíritu de oración. Y una vez que el Espíritu de oración ha nacido en nosotros, ya no consideramos la oración como asunto de este u otro momento, sino que se convierte en el continuo suspirar o jadear del corazón en pos de Dios.

Sus peticiones no están recogidas de ningún manual de devoción; ama y prefiere su propio lenguaje; habla más cuanto menos dice. Si preguntas cuáles son sus palabras, te diré que son un espíritu, una vida y un amor que unen con Dios. [p. 112, f – 113, p]

El Espíritu de oración se diferencia de todos los actos y formas de oración exteriores exactamente igual que la honradez de corazón, o viva rectitud de la mente, se diferencia de los actos de honradez ocasionales y externos. Pero, sin embargo, si un individuo pasa por alto o descuida los momentos y ocasiones de practicar actos externos de honradez, con el pretexto de que la verdadera honradez es un vivo principio interior del corazón, ¿quién no se pecatará de que semejante individuo tiene tan poco del espíritu interior de la honradez como de sus actos externos?

Decía San Juan: “si un hombre posee bienes de este mundo y viendo que su hermano padece necesidad, le dirige palabras de compasión en vez de socorrerle, ¿cómo puede vivir en él el amor de Dios?”. De la misma forma, y con la misma verdad, cabe preguntarse: Si alguien pasa por alto, descuida o desatiende los momentos y horas de oración, ¿cómo puede vivir en él el Espíritu de oración? [p. 113, f]

Nada abandona el mundo, nada renuncia a él, nada puede vencerlo, sino única y exclusivamente el Espíritu de Cristo. A esto se debe que muchos hombres cultos, con todo el rico amueblamiento de sus cerebros, vivan y mueran esclavos del espíritu de este mundo; sólo se pueden diferenciar de los mundanos espesos y groseros, en lo mismo que los escribas y fariseos se diferencian de los publicanos y pecadores. La causa de ello es que el espíritu de Cristo no es lo único que constituye el deseo de sus corazones, y por consiguiente su saber sólo

opera en y con el espíritu de este mundo, convirtiéndose en parte no pequeña de “la vanidad de las vanidades”.

Si quieres conocer la perversa naturaleza y los efectos nocivos de un espíritu mundano, no tienes más que contemplar los poderes y efectos benditos del Espíritu de oración; pues el primero va y tira hacia abajo con la misma fuerza con la que el último impulsa y se dirige hacia arriba; aquél os desposa y casa con una naturaleza terrenal, con la misma seguridad con que éste os enlaza y une a Cristo, a Dios y al Cielo.

El Espíritu de oración supone un presionar y empujar al alma para que salga de esta vida terrenal; es un estiramiento y ensanchamiento que le lleva a buscar con ardiente deseo la Vida de Dios; es un abandonar, en la medida en que le es posible, todo su propio espíritu, para recibir un Espíritu de lo alto, para ser una sola Vida, un solo Amor y un solo Espíritu con Cristo en Dios.

Esta oración, que significa vaciarse por entero de los propios vicios e inclinaciones naturales, y abrirse a la Luz y el Amor de Dios para que entren en ella, es la oración en nombre de Cristo, a la cual nada es denegado. Pues el amor que Dios siente hacia el alma, su eterno e incesante deseo de entrar en ella, de residir en ella y abrir en su seno el nacimiento de su Santo Verbo y su Espíritu Santo, sólo se afianzará una vez que las puertas del corazón se abran para Él.

Nada mantiene ni puede mantener a Dios fuera del alma, o impedir su sagrada unión con ella, sino el deseo del corazón que se ha apartado de Él. Y la razón de ello es esta: porque la vida del alma, en sí misma, no es otra cosa que una voluntad operante, una voluntad en acción; y allí donde va o actúa la voluntad, allí, y sólo allí, vive el alma, ya sea en Dios o en la criatura.

Así como sean sus deseos, así será el combustible que alimenta su fuego; y así como sea su fuego, así será la llama de su vida. Una voluntad entregada a los bienes terrenales, está al mismo nivel que la de Nabucodonosor, y comparte la misma vida que llevan las bestias que pastan en el prado. Pues los deseos terrenos sostienen la misma vida en un hombre y en un buey. La simple razón de que los animales de este mundo no tengan sentido ni conocimiento de Dios es esta: porque en ellos no pueden brotar otros deseos que los terrenales y, por lo tanto, sólo pueden gozar de una vida terrenal. [p. 119 - 120, 2]

Detente un momento, amable interlocutor, y deja que tu escucha se convierta en sentimiento: ¿hay algo en la vida que pueda ser tan deseable como el Espíritu de oración, que vacía el alma de todo su propio mal, aparta de ella la muerte y las tinieblas, deja el yo, el tiempo y el mundo, para transformarse en una Vida, una Luz, un Amor y un Espíritu con Cristo, con Dios y con el Cielo?

Pensad, amigos míos, en estas cosas, con algo más que pensamientos; dejad que vuestras hambrientas almas se nutran del alimento que ellos contienen como pan del Cielo; y desead únicamente vivir de tal modo que, con toda la potencia activa de vuestras voluntades y con todo el ánimo de vuestras mentes, viváis y muráis unidos a Dios. [p. 121]

Para ponerte y mantenerte bajo la dirección del Espíritu de Dios no necesitas más arte ni secreto que para colocarte bajo el espíritu de la sencillez y la sinceridad. El anhelante y serio deseo del corazón te lleva a la segura posesión de

lo uno, al igual que te lleva a la posesión de lo otro. Pues, como ya hemos probado, el espíritu de oración forma el espíritu de nuestras vidas: todo hombre vive según el espíritu de oración que le guíe. Ahora bien, toda oración al Espíritu Santo es el mismo Espíritu Santo orando o rezando en ti. Pues nada puede volver a Dios, desear estar unido a El y gobernado por El, sino el Espíritu de Dios. [p. 131, 2]

El espíritu de oración es la oración propia del corazón y tiene dentro de sí toda la fuerza del corazón. Esta es la oración de la que se puede afirmar es siempre efectiva: nunca vuelve con las manos vacías, come y bebe aquello de lo que tiene hambre y sed; y nada puede en modo alguno impedir que alcance aquello por lo cual ruega.

Todo espíritu cosecha necesariamente aquello que siembra. No puede ser de otro modo, pues este es el procedimiento de la naturaleza. El espíritu es el primer poder de la naturaleza: todo procede de él, nace de él, se somete a él, y está gobernado por él. Si el espíritu siembra en la carne, cosecha aquella corrupción que pertenece a la carne; si siembra para el Espíritu, cosecha los frutos del Espíritu, que son la Vida eterna. El espíritu de oración es, por tanto, el abridor de todo lo que es bueno dentro de nosotros, y el receptor de todo lo que es bueno fuera de nosotros; une con Dios, es un poder con El; obra con El y arroja fuera del alma todo aquello que no es Dios. El alma deja de ser esclava de su impureza y corrupción naturales, deja de estar prisionera de su propia muerte y oscuridad, tan pronto como en ella se enciende el fuego del Cielo, el espíritu de oración. [p. 132, 1]

Mira la luz y el aire de este mundo; podrás ver con que libertad de comunicación inundan, impregnan, enriquecen y vivifican todas las cosas. Entran por doquier, si no hay algo que obstaculice o impida su entrada. Esto puede simbolizar para ti el permanente rebosar y derramarse de la Luz y el Espíritu de Dios a todas y cada una de las almas humanas. Ambos están por todas partes; estamos envueltos en ellos; nuestras almas están tan cerca de ellos como lo están nuestros cuerpos a la luz y el aire de este mundo; nada nos cierra a su influencia sino la voluntad y el deseo de nuestras almas, apartados de ellos y rogando por alguna otra cosa.

Digo rogando por alguna otra cosa, pues tienes que reparar en esto, como en una verdad cierta: que toda vida humana es un continuo estado de oración; no está libre de él en ningún momento, ni podrá estarlo nunca. Todos nuestros humores naturales, sean cuales sean --ambición, codicia, egoísmo, mentalidad mundana, orgullo, envidia, odio, maldad, o cualquier otra pasión--, son todos en realidad tan sólo otras tantas variedades y formas de un espíritu de oración, tan inseparable del corazón como el peso lo es del cuerpo. Pues todo humor natural no es otra cosa que una manifestación del deseo y oración del corazón, y nos muestra cómo este último actúa y quiere. Y tal como el corazón actúe y quiera, así, y no de otro modo, será su oración. Todo lo demás no es más que forma y ficción, un vacío dar golpes al aire.

Si, por lo tanto, el deseo actuante del corazón no está dirigido hacia Dios, si no es este nuestro espíritu de oración, estaremos necesariamente en un estado

de oración hacia alguna otra cosa, la cual nos aparta de Dios e introduce en nosotros toda clase de males.

Esta es la necesidad de nuestra naturaleza: tenemos que orar o rezar, de forma tan cierta como que nuestro corazón está vivo; y, por tanto, cuando el estado de nuestro corazón no es un espíritu de oración a Dios, rezamos sin cesar a algo o alguien, a algún fragmento de la Creación.

El individuo cuyo corazón tiende habitualmente hacia las riquezas, los honores, los poderes o placeres de esta vida, se encuentra en un continuo estado de oración hacia todas estas cosas. Se halla siempre inclinado hacia ellas; son ellas las que mantienen su esperanza, su amor, su fe, siendo tales cosas los múltiples dioses a los que adora y rinde culto. Y aun cuando se ponga de rodillas y use formas de oración dirigidas al Dios de los Cielos, son las cosas antes mencionadas las que en realidad constituyen el dios de su corazón, y, en el más triste sentido de la expresión, a ellas reza, venera y rinde culto en espíritu y en verdad. [pp. 134 – 135]

Ahora puedes entender la verdadera naturaleza de la oración. Comprenderás que es únicamente obra del corazón y que el corazón sólo reza o ruega en realidad (cualesquiera que sean sus palabras) por aquello que habitualmente *quiere, le gusta, ama y anhela* tener. No es, por tanto, el emplear en tus oraciones las palabras de David, o de cualquier otro santo, lo que hay que censurar, sino el emplearlas sin aquel estado del corazón del que por primera vez brotaron, y el confiarse a ellas porque son una buena forma, aunque en nuestros corazones no haya nada que sea como ellas.

Sería bueno decir sin cesar, con el santo David: “Mi corazón tiene sed de Dios. Al igual que el ciervo desea las aguas del arroyo, así va en pos de Ti mi alma, oh Dios”. Pero no hay nada de bueno en pronunciar diariamente tales palabras, si semejante sed no es sentida o deseada en el propio corazón. Y fácilmente podrás comprobar, mi querido amigo, que las formas muertas de la religión, así como la abundante repetición de ciertas oraciones, hacen que los hombres se sientan satisfechos de su nivel de devoción, por el mero hecho de que usan tales oraciones sagradas; aunque sus corazones, desde la mañana hasta la noche, estén en un estado contrario a ellas, y no se incorporen a ellas más que por el gusto que sienten de usarlas en determinados momentos.

Lo que hay que condenar no son las formas, sino las formas descorazonadas o despiadadas, sin corazón y sin piedad. [p. 136, f]

Tienes que vivir de tal modo que, como un verdadero hijo de tu madre la Iglesia, tu corazón sea capaz de hablar su idioma, adecuarse a su culto y encontrar el gozo de tu alma en el espíritu de sus oraciones. Pero esto sólo ocurrirá cuando el espíritu de oración sea el espíritu de tu corazón; pues toda buena palabra, ya sea en una forma concreta o sin forma alguna, ya sea oída, leída o pensada, será tan conveniente para tu corazón, y gratificante para él, como el alimento lo es para un alma hambrienta y la bebida para una sedienta.

Pero hasta que el espíritu del corazón se vea de tal modo renovado, hasta que quede vacío de todos los deseos terrenales, y permanezca en un hambre y sed de Dios habituales (que es en lo que consiste el espíritu de oración), todas

nuestras formas de orar serán, más o menos, como lecciones que se imparten a colegiales; y las más de las veces las diremos tan sólo porque no nos atrevemos a abandonarlas.

Pero no te desanimes. Sigue el siguiente consejo, y entonces podrás ir a la iglesia sin el menor peligro de hipocresía o superficial labor-de-labia, aunque hubiera un himno, un salmo o una plegaria cuyo lenguaje fuera más elevado que el de tu propio corazón. Haz lo siguiente: acude a la iglesia como el publicano iba al templo; permanece internamente en el espíritu de tu mente, revistiéndote de aquella forma en la que él se expresaba externamente, cuando bajaba sus ojos, se golpeaba el pecho y no podía sino decir: ¡Dios, ten compasión de mi, pobre pecador!

Mantente inalterablemente (en tu deseo al menos) en esta forma y estado del corazón; esa actitud santificará cualquier petición que salga de tu boca. Y en el caso de que leas, cantes o reces algo que resulta más exaltado de lo que lo está tu corazón, si haces de ello una ocasión para hundirte en el espíritu del publicano, serás ayudado, y altamente bendecido, por esas oraciones y alabanzas que parecen ajustarse y pertenecer sólo a un corazón mejor que el tuyo. [p. 137, 1]

Este es, mi querido amigo, el secreto de los secretos: él te ayudará a cosechar allí donde no has sembrado, y será una continua fuente de gracia en tu alma. No sólo te ayudará a extraer el bien de aquellas plegarias que parecen demasiado buenas para el estado de tu corazón, sino que te ayudarán a descubrir el bien en todo lo demás. Pues todo lo que se mueva dentro de tu ser, o que te ocurra desde fuera, se convertirá en un verdadero bien para ti, si contribuye a descubrir o excitar en ti esta humilde forma mental.

Nada ocurre en vano para la mente humilde: como la abeja, extrae la miel de las hierbas amargas; permanece siempre en un estado de crecimiento divino, y todo lo que sobrevenga o caiga sobre su ser, es para ella como rocío celestial. Enciértrate, pues, en esta forma de humildad; todo está incluido en ella: es un agua del Cielo que convierte el fuego del alma caída en la mansedumbre de la Vida divina y genera el aceite del que obtiene su llama el amor a Dios y al hombre. Vive siempre recluido en ella; que ella sea para ti como una túnica que te cubre en todo momento y el cingulo con el que te ciñes. No respires sino en y de su aliento; no mires sino a través de sus ojos; no oigas sino con sus oídos. Y entonces, ya estés en la iglesia o fuera de ella, escuchando alabanzas a Dios o recibiendo los agravios de los hombres y del mundo, todo contribuirá a tu edificación y hasta la última cosa te ayudará a crecer en la Vida divina. [p. 137, f – 138, p]

El corazón únicamente puede rezar o rogar, y no reza o ruega por otra cosa sino por aquello que ama, quiere y desea tener.

Si desde el fondo de tu corazón sientes un amor cálido y sincero por tu amigo más entrañable, ¿tendrás necesidad de comprar un libro que te diga qué sentimientos sientes en tu corazón hacia este amigo, qué consuelo, qué alegría, qué gratitud, qué confianza, qué honor y qué fe con respecto a él están vivos en tu corazón?

No pidas, por tanto, un libro de oraciones; pregunta más bien a tu corazón qué es lo que hay dentro de él, qué es lo que siente, cómo se conmueve, qué necesita, qué desea, qué es lo que cambiaría. Y entonces, en vez de acudir a alguien para que te ayude, permanece en la misma forma de petición dirigida a Dios.

Este volverse a Dios de acuerdo al sentimiento, deseo y movimiento interior de tu propio corazón, en amor, fe y confianza de que vas a recibir de Él todo lo que necesitas y anhelas tener, ya se haga este volverse hacia Dios con palabras o sin ellas, es la mejor forma de oración del mundo. [p. 142, 1-2]

Sería un tremendo error condenar un manual [de oraciones] como tal, o decir a cualquier persona, ya sea culta o ignorante, que no debe hacer uso de él. Semejante proceder sería estúpido y temerario. Pero no puede ser incorrecto, ni dañino para nadie, el mostrar que la oración es el lenguaje natural del corazón y, como tal, no necesita de ninguna forma ni de palabras prestadas. [p. 146-147]

Si un alma tiene necesidad de estallar con frecuencia en palabras como estas: “Ven, Señor Jesús, ven rápidamente y penetra en mi alma con toda tu santa naturaleza, con tu espíritu, con tu temple y disposición”, ¿será oportuno agrandar tales palabras o sustituirlas por otra forma de expresión? ¿Podrá dicha persona hacer algo mejor, o rezar más intensamente, que manteniéndose de manera continua, de vez en cuando, en semejante estado con un ardiente deseo de que Cristo se forme dentro de ella misma? En modo alguno. ¿No es más probable que su corazón quedara más dividido y disipado por frecuentes cambios en la manera de expresarse, que no permaneciendo unido a una forma de expresión que manifiesta todo cuanto desea? Pues es la realidad, la firmeza y la continuidad del deseo lo que hace la bondad y perfección de una oración y lo que la cualifica para recibir todo cuanto quiere y necesita. [p. 148, p]

Rezar no consiste en hablar con brillantez y elocuencia, sino pura y simplemente en el auténtico deseo del corazón. Y cuando el corazón es llano y sencillo en buenos deseos, se encuentra en el más auténtico estado de preparación para todos los dones y gracias de Dios.

Y he de decirte que las almas más sencillas que se han acostumbrado a comunicar sus deseos y necesidades a Dios en semejantes alientos, cortos pero auténticos, de su corazón, conocerán pronto más acerca de la oración y de sus misterios que cualquier persona que haya sacado su conocimiento únicamente del saber o el estudio y de libros eruditos. [p. 148, m]

No es, por tanto, el silencio, ni una petición sencilla, ni una gran variedad de expresiones externas, lo que altera la naturaleza de la oración, o lo que hace ser buena o mejor, sino única y exclusivamente la realidad, constancia y continuidad del deseo. Y por consiguiente, carece de importancia si una persona ofrece este deseo a Dios en el anhelo silencioso de su corazón, en peticiones breves y sencillas o en una gran variedad de palabras. Todo ello es igualmente bueno cuando está con ellos el verdadero y correcto estado del corazón.

Como podrás ver, estoy tan lejos de seguir un camino exclusivamente mío, que se puede afirmar que estoy con toda persona, sea cual sea el camino que siga, cuyo corazón tenga fija su mirada directamente en Dios. Pero si quieres saber a qué llamaría yo un gran y auténtico don de oración, siendo esto lo que yo más deseo para mí mismo, te diré que es un buen corazón que está continuamente inclinado hacia Dios. [p. 149, 3]

Comienza por ser un hombre de oración en esta forma simple, natural y sencilla, que se te ha mostrado, y si permaneces fiel a este método, no necesitarás ya en adelante ningún otro instructor en el arte de la oración. Cuando tu propio corazón esté orientado de este modo hacia Dios, no necesitará que nadie le diga cuándo tiene que ser sencillo en sus peticiones o diversificado en la manera de expresarse, o cuando debe postrarse en silencio ante Dios.

El apresuramiento por conocer las cosas antes de que nos conciernan, o antes de que nos pertenezcan, es, sin embargo, muy común. Así, un individuo que acaba de iniciar el camino de la reforma de su vida, querrá leer o escuchar un sermón sobre la perfección, con independencia de si tal sermón es accesible para él o no lo es absoluto. Y estará más ávido de aquello que pueda oír sobre ese asunto, aunque le quede tan lejos, que no de aquellas cosas que afectan al próximo paso que debe dar teniendo en cuenta el estado y nivel en que se encuentra. [p.150, 2]

Amigo mío, tú has dado ya el primer paso hacia la vida espiritual; te has dedicado por completo a Dios, a vivir enteramente para su Voluntad, bajo la luz y la guía del Espíritu Santo, no pretendiendo ni buscando nada en este mundo sino el pasar por él de tal modo que sirva a la gloria de Dios y a la recuperación de tu alma caída. Tu siguiente paso será este: esforzarte por seguir en esta primera resolución, en esta donación de ti mismo a Dios, procurando que se mantenga viva, que todo cuanto hagas pueda estar animado y dirigido por ella y que todos los acontecimientos de cada día, desde la mañana a la noche, sean recibidos por ti como lo haría un espíritu que está consagrado a Dios.

Ahora bien, este segundo paso no puede ser dado sino por un puro acto de oración. Nada tiene el menor poder aquí sino la oración. No quiero decir que tengas que leer o decir un cierto número de oraciones (aun cuando esto pueda ser bueno y provechoso para ti); la oración a la que me refiero y que debes practicar, si quieres dar este segundo paso en la vida espiritual, es la oración del corazón, o una oración tuya personal, que surja del estado de tu corazón y de su propia tendencia hacia Dios.

Pon tu mirada por encima de todo en esta oración del corazón; considérala como tu guía infalible hacia el Cielo; apártate de todo cuanto sea un impedimento para ella, que disminuya o apague su fervor; no ames nada ni te guste nada sino aquello que sea propicio para ella; y haz que cada día empiece, se desarrolle y termine dentro de su espíritu. Considérate siempre equivocado e incurriendo en el mal, como si te hubieras desviado y hubieras perdido tu recto sendero, cada vez que en tu vida surja algún goce, deseo o aflicción que no pueda ser convertido en parte de esta oración cordial, esta plegaria que el corazón dirige a Dios. [p. 150, 3]

El camino para ser un hombre de oración y para estar regido por el espíritu de esta última no consiste, pues, en echar mano de un libro lleno de oraciones. La mejor ayuda que puedas encontrar en libro alguno, es leer uno que esté lleno de tales verdades, instrucciones e informaciones despertadoras, que te impulsen a ver y saber quién y qué eres y dónde estás; que Dios es tu Todo; y que es miseria todo lo que no sea un corazón y una vida entregados a Él. [p. 151,m]

No hay vicio que pueda cobijarse en ti, no hay flaqueza que arraigue en tu ser ni buen deseo que languidezca, una vez que tu corazón practica este método de oración: no empezando nunca a rezar hasta que no hayas visto cómo te encuentras y qué es lo que te pasa, preguntando a tu corazón que es lo que quiere y necesita, y no teniendo nada en tus oraciones sino aquello que el estado conocido de tu corazón te exige que pidas, digas y ofrezcas.

Un cuarto de hora de tal oración te saca de tus habitaciones privadas como un hombre nuevo; tu corazón siente la bondad de la misma; y cada movimiento de retorno a una oración semejante da nueva vida y crecimiento a todas tus virtudes, con mayor certeza aún con la que el rocío refresca y renueva la hierba de los prados.

Por el contrario, cuando descuidas esta auténtica oración de tu propio corazón y te limitas a escoger en determinado momento alguna que otra oración que has encontrado en un libro, no debe extrañarte que, a pesar de estar todo el día rezando, te veas cada día más hundido en todas tus debilidades y flaquezas. Pues tu corazón es tu vida, y tu vida sólo puede ser alterada por aquello que es el verdadero funcionamiento de tu corazón. Y si tu oración está formada tan sólo por palabras compuestas por la pericia otras personas, semejante oración no podrá cambiarte en una buena persona, de la misma forma que un actor que en la escena emplea un lenguaje regio no se convierte por ello en rey.

En contrapartida, un pensamiento, palabra o mirada que, arrancando de tu corazón, dirijas hacia Dios no quedará nunca sin fruto o, lo que es lo mismo, no dejará de hacer un bien real a tu alma. Por lo pronto, un gran e infalible beneficio de esta clase de oración es que constituye el único camino para liberarnos de la duplicidad, falsedad y ruindad de nuestros propios corazones. [p. 152, 1]

Nuestros corazones nos engañan y defraudan porque los abandonamos a ellos mismos, estamos ausentes de ellos, estando como estamos entregados a las cosas exteriores, a normas de fuera y a formas de vida y de oración puramente externas. Pero esta forma de oración, que toma todos sus pensamientos y palabras únicamente del estado de nuestros corazones, hace imposible que seamos extraños para nosotros mismos.

Tan pronto como el corazón se convierte en nuestro libro de oraciones, nos vemos forzados a ver con la mayor claridad la fuerza de cualquier pecado, el más secreto funcionamiento de nuestro corazón, la debilidad de todas o de algunas de nuestras virtudes, y ya no rezamos por ni para nada, sino de acuerdo con lo que en él leemos y encontramos. [p. 152, 2]

Sólo hay una buena oración que puedas hacer, y ésta no es otra que la oración *en y desde* el Espíritu, o hecha según el Espíritu de Dios te mueve en ella

o hacia ella. Tal oración es la única oración divina. Ninguna otra oración tiene ni puede tener comunión con Dios.

No hay hombre alguno que haya elevado jamás a Dios una oración divina y celestial, o una oración tal que sea capaz de llegar a Dios, sino *en y por* el Espíritu de Dios que está presente dentro de él. Nuestro hombre elemental, astral, al igual que nuestra naturaleza orgullosa, insidiosa, astuta y serpentina, pueden leer o decir una oración llena de buenas palabras y buenos deseos, con la misma facilidad con que Satanás pudo emplear un lenguaje de las Escrituras en la tentación de Cristo. Pero nada puede desear ser semejante a Dios, o unirse a su Bondad y Santidad, sino ese Espíritu que, dentro de nosotros, participa de la Naturaleza divina. [p. 153, 1-3]

ORACIÓN

Oh Padre celestial, infinita e insondable Profundidad de Amor que no se agota ni cesa jamás, sálvame de mí mismo, de los movimientos e impulsos desordenados de mi naturaleza caída, corrompida desde tiempo atrás, y haz que mis ojos vean, que mi corazón y mi espíritu encuentren y sientan tu Salvación en Jesucristo.

Oh Dios que me hiciste para Ti, para mostrar tu bondad en mí, humildemente te suplico manifiestes dentro de mí el poder dador de vida de tu sagrada Naturaleza; ayúdame a tener una fe tan viva y verdadera en Ti, un hambre y una sed del nacimiento, la vida y el espíritu del sagrado Jesús en mi alma tan fuertes, que todo cuanto hay en mí se aparte de cualquier pensamiento interior o acción exterior que no seas Tú, tu Santo Jesús, y no suponga un funcionamiento celestial en mi alma. Amén. [p. 64]